### PODER ASTUTO: ESTRATEGIA DEL EMPLEO DEL PODER EN EL SIGLO XXI\*

4

Carlos Enrique Álvarez Calderón Paola Barón Sastoque Vivian Monroy Velásquez

#### 1. Introducción

El poder podría llegar a ser considerado como una fusión de la interacción entre factores materiales (geografía, demografía y economía), y la estructura y capacidad administrativa de un Estado (su capacidad de dirigir a un pueblo y aprovechar los recursos existentes). El primer grupo definiría el poder potencial de un Estado, mientras que el segundo cuánto podría ser aprovechado; su correlación convertiría el poder material desde una fase cruda a una terminada (desde los recursos a las fuerzas). Un país pobre podría continuar siendo un gran poder en razón a que sus fuerzas militares o productivas podrían ser numerosas, su posición geopolítica favorable, sus instituciones estables y sus estadistas capaces. En contraste, un país rico podría no llegar a transformar su riqueza en poder, por lo que influiría menos en los asuntos mundiales de lo que lo que su potencial le dictase. En efecto, los Estados ricos rara vez aprovecharían sistemáticamente sus recursos con fines estratégicos, lo que reforzaría la posición de cualquiera, rico o no, que si estuviese dispuesto a hacerlo; ya que, en el poder, la voluntad superaría a la riqueza.

Por lo general, las instituciones serían la principal generadora del poder, ya que convertirían los recursos primarios en una fuerza refinada; una tarea difícil, dominada por la superioridad marginal, ya que como se evidenciaría durante la mayor parte de la historia, un Estado capaz de saltar desde el 1% de su potencial poder al 2%, podría llegar a duplicar, por ejemplo, su capacidad militar. Sin embargo, la ventaja proporcionada por las instituciones se atenuaría desde 1870

<sup>\*</sup> Este capítulo del libro hace parte del Proyecto de Investigación de la Maestría en Seguridad y Defensa Nacionales, titulada "Desafíos y Nuevos Escenarios de la Seguridad Multidimensional en el Contexto Nacional, Regional y Hemisférico en el Decenio 2015-2025", el cual hace parte del Grupo de Investigación Centro de Gravedad de la Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes Prieto", reconocido y categorizado en (A) por Colciencias, con el código COL0104976.

ya que, irónicamente, se volvieron más eficaces, numerosas y comunes; en consecuencia, los Estados adoptarían muchos sistemas que mejor pudiesen transformar la riqueza en poder. No obstante, la fuerza demográfica y la fuerza bruta serían el factor clave de predicción del poder en la Primera y Segunda Guerra Mundial, por lo que el valor de la superioridad institucional aumentaría nuevamente después de 1945, al menos para los Estados en vías de desarrollo.

Si la riqueza se tradujese por si sola en poder, Europa sería la potencia más poderosa del mundo, los Estados Unidos la segunda, y Japón y China las terceras. Empero, el problema sería el matrimonio de la voluntad y la riqueza; por ejemplo, si se parte de las capacidades de poder militar convencional, en el mundo existirían cuatro tipos de actores (Ferris, 2016): 1) los Estados Unidos; 2) Estados avanzados, es decir, industrializados, capitalistas, mayoritariamente democráticos y con tamaños disímiles como Singapur y Francia; 3) potencias en desarrollo, con bases industriales pequeñas a grandes y gobiernos mayoritariamente autoritarios, como, por ejemplo, China, Rusia y Turquía; y 4) Estados débiles, la mayoría de ellos situados en África, y algunos en Asia y América Latina.

Con base en lo anterior, resultaría que la mayoría de los Estados europeos tendrían poco poder para proyectar, y casi nada de voluntad; efectivamente, aquellos Estados europeos con fuerzas en Afganistán entre 2001 y 2012, generalmente prohibirían a sus militares luchar. Con pequeñas capacidades fuera de sus respectivos territorios, sería más probable que los Estados europeos usen la fuerza contra Estados más débiles a través de intervenciones humanitarias (tomando en cuenta que Gran Bretaña y Francia apenas si tienen capacidades para enviar fuerzas expedicionarias más allá de suelo continental europeo). Por el contrario, Estados Unidos si tendría el gusto y la infraestructura para ejercer poder en todo el mundo.

Por otro lado, los Estados avanzados en Asia (como Singapur y Japón), mantendrían potentes capacidades de defensa. El poder convencional sería más importante para Israel que cualquier otro Estado en la tierra, quizás con excepción de Corea del Norte. Muchos Estados en desarrollo recurrirían a muchos más recursos para sus fuerzas y serían mucho más fuertes en sus propias regiones que cualquier país rico, excepto Israel, Corea del Sur y los Estados Unidos. Por su parte, Rusia y China seguirían siendo las segundas potencias convencionales más fuertes del mundo, después de los Estados Unidos, mientras que otras tendrían ciertas capacidades ofensivas. Sin embargo, la economía rusa sería frágil, en contraste con China, quien si lograría combinar una dinámica fuerza militar e industrial. No obstante, estos Estados serían cautelosos sobre el uso de tales fuerzas; las experiencias de Rusia contra Georgia en 2009 y Ucrania en 2014-2015, y las de Gran Bretaña y Francia

contra Libia durante 2011, mostrarían que incluso potencias más avanzadas no podrían vencer fácilmente a ejércitos de cuarta categoría. Finalmente, los Estados débiles tendrían poco poder ofensivo y su fuerza estribaría a menudo en la dificultad de su ocupación.

Por ende, ningún otro actor sobre la faz de la tierra ha tenido el poder convencional absoluto y relativo que los Estados Unidos poseían en 2017; la fuerza abrumadora estadounidense en mar, aire y espacio exterior disuadiría cualquier desafío frontal en estos escenarios físicos. En efecto, Estados Unidos tendría más portaaviones que el resto del mundo combinado, y su fuerza aérea superaría el poder de todas las fuerzas aéreas en la Tierra; estas capacidades aeroespaciales respaldarían la *Pax americana*<sup>1</sup>, al igual que el poder marítimo lo haría con la *Pax britannica*<sup>2</sup>. Sin embargo, estas capacidades de poder convencional tendrían un valor limitado en el combate terrestre; la ventaja relativa del poder militar estadounidense radicaría en el ataque distante y las estrategias del empleo del poder de la obligación, la amenaza y la disuasión. En efecto, Estados Unidos podría destruir el poder aéreo y naval de casi cualquier Estado en desarrollo, pero no podría ocupar los territorios de la mayoría de ellos y por ende consolidar la victoria; en consecuencia, la amenaza del uso de la fuerza le serviría más a Washington, que su mismo empleo.

Estas serían algunas de las paradojas del poder convencional, en un mundo contemporáneo caracterizado ahora por Guerras de Quinta Generación (Álvarez *et al.*, 2017b), en los cuales los escenarios físicos (aire, mar, tierra y espacio exterior) del ejercicio de "poder duro", compartirían asiento con los escenarios cognitivos, informativos y sociales, que entrañan el empleo de un tipo de poder distinto, y que los autores de este capítulo han definido como el "poder astuto".

#### 2. El poder en la historia intelectual de Occidente

Desde el punto de vista etimológico, el término "poder" provendría del latín possum, potes y posse, que en términos generales significaría "ser capaz" o "tener

<sup>1</sup> La *Pax americana* señalaría el periodo de relativa paz desde 1945 (sin ningún conflicto armado directo entre las principales Estados del sistema internacional), la cual coincidiría con la hegemonía militar y económica de los Estados Unidos en buena parte del mundo y que lo colocaría en un rol militar y diplomático similar al del Imperio romano durante la llamada *Pax romana*.

<sup>2</sup> Desde la derrota napoleónica hasta la Primera Guerra Mundial, el Reino Unido jugaría un papel hegemónico, en busca de mantener un equilibrio de poder en el sistema internacional, gracias a la omnipresencia de la Real Armada Británica en todos los océanos y mares del mundo. Durante la hegemonía británica, los Estados Unidos desarrollarían una "relación especial" con Gran Bretaña, similares a las que tuvo una Grecia progenitora con Roma, lo cual indicaría que la *Pax americana* sería edificada, en parte, con piezas de la desaparecida *Pax britannica*.

fuerza para algo". El término se identificaría con el vocablo potestas que traduciría "potestad", "potencia" y "poderío", y que además se utilizaría como homólogo de facultas que significaría "posibilidad", "capacidad", "virtud", "talento". Asimismo, el termino *possum* recogería la idea de "ser potente" o "capaz", pero también aludiría a tener "influencia", "imponerse", ser "eficaz", entre otras. Empero, ligados al poder como potestas o facultas (y la idea de fuerza que los acompañan), se hallarían los conceptos de "imperium (el mando supremo de la autoridad), de arbitrium (la voluntad o albedrio propios en el ejercicio del poder), de potentia (fuerza, poderío o eficacia de alguien), y de *auctoritas* (autoridad o influencia moral que emanaba de su virtud)" (Mayz-Vallenilla, 1982, pp. 22-23).

Lo anterior daría cuenta de un primer obstáculo entorno al estudio holístico del fenómeno del poder, ya que "al igual que muchas ideas básicas, el poder es un concepto controvertido. Ninguna definición es aceptada por todos los que usan la palabra, y la elección de [la] definición, por parte de las personas, reflejan sus intereses y valores" (Nye, 2011, p. 10). En efecto, algunos lo verían como una propiedad de ciertos agentes, ya sean individuales o colectivos como Estados, empresas, o partidos políticos (Simon, 1953; Dahl, 1957; Weber, 1978; Dowding, 1991; Morriss 2002); otros como una propiedad de sistemas o estructuras (Foucault, 1980; Ward 1987; Clegg, 1989; Hindness, 1989). Asimismo, algunos argumentarían que el poder no podría medirse (Lukes, 2005), en contraste con otros que considerarían que sí (Dowding, 1991). Además, algunos verían el poder como un choque de intereses o un juego de suma cero (Dahl, 1957; Weber, 1978; Mann, 1986, Mann, 1993; Lukes 2005), y otros como una dinámica consensual o juego de suma positiva (Parsons, 1963; Arendt, 1972; Barnes 1988; Arendt, 2004).

Otros conceptos de poder serían, en sí mismos, teorías generales sobre la naturaleza de las relaciones entre las personas, como, por ejemplo, la noción de biopolítica o biopoder (Foucault, 2008). Además, existirían conceptos relacionados que se utilizarían en una variedad de contextos (autoridad, autonomía, dominación, libertad, hegemonía, influencia, legitimación y manipulación), cada uno de los cuales podrían llegar a ser tan controvertido como el mismo concepto de poder. También existirían tipologías de poder que se usarían en contextos específicos como, por ejemplo, poder blando y poder inteligente (Nye, 2004; Nye, 2014), poder agudo (Walker y Ludwig, 2017), poder de votación, agenda y poder de veto (Tsebelis, 2002), poder burocrático, poder de negocios, entre otros; o por el contrario, en contextos más generales del poder que se utilizan en ciertos marcos explicativos, como la "teoría de la balanza del poder" (Spykman, 1942; Morgenthau, 1948; Strausz y Possony; 1950; Kalijarvi, 1953; Little 2007).

Por ende, independientemente de las diversas acepciones que podrían esgrimirse en torno al término, el poder ha sido un elemento esencial de la existencia humana, tanto así que su estudio, formas y aplicación habrían captado la atención de académicos, estadistas y estrategas desde hace siglos. Por ende, y si bien no es propósito de este capítulo revisar ninguno de los conceptos anteriormente mencionados de manera exhaustiva, para realizar un recuento histórico en la evolución y las teorías sobre el poder en Occidente, sería útil remontarse a los primeros escritos en la materia, como aquellos de Sócrates, Platón y Aristóteles, quienes intentarían explicar desde la perspectiva filosófica, la naturaleza de la política, y, por ende, del poder.

#### 2.1 El poder en la Antigua Grecia: Sócrates, Platón y Aristóteles

Sócrates, denominado el padre de la filosofía política, además de ser un extraordinario orador, tenía una particular forma de desarrollar su retórica con sus oyentes, haciéndolo en plaza pública con el común de la gente; una de sus grandes pretensiones en esta actividad era que la gente pensara a conciencia y así analizara e interpretara la verdadera realidad de su entorno. Aunque Sócrates obedecía las leyes de su ciudad, no compartía gran parte de las ordenanzas impartidas por los líderes políticos de la época; tanto así que sería condenado a muerte por "corromper" a la juventud, tal como lo narra Jenofonte (385 a. C.) en la "Apología de Sócrates". A sus setenta años, acogería la condena de envenenamiento y consiente de la situación, bebió la cicuta, de este modo acabó con su existencia sin contravenir a la misma autoridad que reprobaba.

Sócrates idealizaba al Estado dirigido por un régimen de filósofos, en razón a que consideraba que solo la sabiduría de estos era competente para administrar de manera idónea el poder y ser capaz de gobernar a otros; en efecto y según Platón (1872), Sócrates afirmaba que "los males de los hombres no tendrían fin mientras los verdaderos filósofos no estuvieran a la cabeza de los negocios públicos y de los Estados, o mientras los que se hallan en el poder en la ciudades no fuesen, por un favor de los dioses, verdaderamente filósofos" (p. 297).

Uno de los célebres diálogos de Sócrates narrado por Platón, sería con Glaucón, respecto al poder ejercido por los gobernantes en la República, ejercicio de poder que Sócrates reprocharía vehementemente, en razón a que consideraba que los hombres del común no podían ejercer adecuadamente el poder, debido a su falta de formación y sabiduría, con lo cual, los filósofos que recibían una educación más completa, aunque no lo quisieran, deberían asumir los "negocios públicos" como un yugo inevitable para hacer realidad el Estado ideal y no continuar como

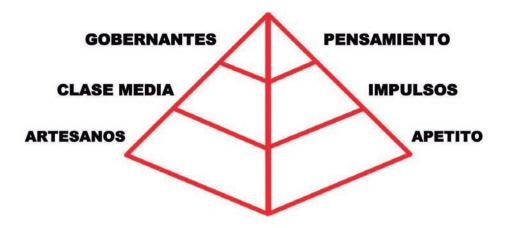
"en la mayoría de los Estados existentes, donde los hombres viven peleándose entre sí, por las sombras y peleándose por el poder, como si eso fuera un gran premio" (Platón, 1945, p. 242).

Por ende, Sócrates plantearía que los "merecedores" del poder serían solo aquellos que no estuviesen "enamorados" del poder (Platón, 1945, p. 242), ya que, para ser un buen gobernante, sería importante no tener ansias de engrandecerse en el poder, debido a que dicho poder, al permitirle mandar a otros y hacer las leyes, lo llevaría a la discordia y a la ruina del pueblo:

Porque la verdad es que puedes tener una sociedad bien gobernada solo si puedes descubrir para tus futuros gobernantes una mejor forma de vida que estar en el cargo; entonces solo el poder estará en manos de hombres que son ricos, no en oro, sino en la riqueza que trae felicidad, una vida buena y sabia. Todo va mal cuando, hambrientos por falta de algo bueno en sus propias vidas, los hombres recurren a los asuntos públicos con la esperanza de arrebatarles la felicidad que tanto ansían. Comenzarán a luchar por el poder, y este conflicto interno los arruina a ellos y a su país. (Platón, 1945, p. 230)

Por su parte, Platón y Aristóteles tendrían dos puntos de vista diferentes sobre el ejercicio del poder. Platón tenía una baja consideración de la naturaleza humana, por lo cual favorecía un sistema autoritario de gobierno, ya que la "débil" y "descarriada" condición humana requería gobiernos fuertes en los propios Estados; aunque también porque permitiría al Estado ser más fuerte en sus relaciones con otros Estados y hacerles la guerra de forma más efectiva. Para Platón, discípulo de Sócrates, la política podría ser alcanzada luego de un largo camino de preparación, mediante décadas de estudio y meditación.

De acuerdo a los planteamientos de Platón, las personas virtuosas lograrían que su alma alcanzase tres elementos: el apetito crudo, los impulsos (ira, ambición y similares), y el pensamiento; así mismo, las personas transferirían estos elementos al Estado, que se caracterizaría por una composición piramidal (figura 1), en la que los artesanos representarían la base, al personificar el elemento del "apetito" (el menos preciado); en el centro de la pirámide se ubicaría la clase media, en donde se vivirían todos los "impulsos"; y la élite gobernante situada en la cúspide de la jerarquía, estaría encargada del "pensamiento". Con base en lo anterior, el pensamiento platónico mantendría la analogía del alma virtuosa u ordenada de una persona con el Estado saludable y ordenado, es decir, el Estado figurativamente considerado como un ser vivo y estructurado en clases aristocráticas.



**Figura 1.** Elementos del Alma y el Estado. Fuente: elaboración propia.

Por el contrario, y al tener una opinión más favorable de la naturaleza humana, Aristóteles estaría en contra de las medidas severas de gobierno; creía que el bienestar de la gente era el objetivo supremo, y precisaría no solo del establecimiento de un sistema de gobierno más indulgente en cada Estado, sino la abstención de la guerra como acto político frente al exterior, ya que la justicia dependería de las relaciones humanas, en donde todos los hombres tendrían su propio lugar dentro de la naturaleza. Según Aristóteles,<sup>3</sup> el Estado continuaría siendo un ente vivo que dependería de las circunstancias y por consiguiente podría cambiar con base en ellas (Aristóteles, 1959); no obstante, para ser un buen Estado, el fin de este y de sus participantes debía ser la buena vida, representada en la felicidad, y no necesariamente en el orden idealizado del Estado platónico.

Para Aristóteles (1959), el poder lo podrían llegar a ejercer uno o varios hombres capacitados, muy bien educados e intelectuales de la élite, es decir del gobierno. Finalmente, y con especial observación sobre la naturaleza, Aristóteles establecería la "ley natural", lo bueno y malo, lo correcto y lo incorrecto y así sucesivamente. Esta ley sería posteriormente abordada en innumerables estudiosos, como el del filósofo, político y jurista Romano Cicerón, quién en la misma línea la denominaría "la verdadera ley" de aplicación universal.

<sup>3</sup> De doctrina práctica (estudioso de las estructuras de muchos Estados de la época), discípulo de la academia de Platón, y quién posteriormente crearía su propia escuela (el liceo).

#### 2.2 El poder en la Edad Media: Santo Tomás de Aquino

La ley natural bajo la perspectiva de Tomás de Aquino adoptaría un carácter cristiano concebida como una ley moral forjada por Dios. La ley natural para Aquino sería derivada de la revelación divina; en consecuencia, el poder tendría el mismo origen. Por consiguiente, surgiría la idea de la relación entre el Estado y la Iglesia, una configuración que dictaría que las leyes del Estado (la legitimidad), debían estar alineadas con las leyes de Dios. En razón a que tanto los miembros de la Iglesia pertenecían al Estado y viceversa, esto significaría que el poder ejercido por la Iglesia como por el Estado se equilibrarían entre sí.

Tanto el poder espiritual como el secular derivan del poder divino, y así el poder secular está sujeto al poder espiritual en la medida en que Dios lo ordena, es decir, en las cosas que pertenecen a la salvación del alma. En tales asuntos, entonces, el poder espiritual debe ser obedecido ante lo secular. Pero en aquellas cosas que pertenecen al dios civil, el poder secular debe ser obedecido antes que lo espiritual. (Aquinas, 2002, p. xxviii)

A pesar del aparente equilibrio que se pretendía dar entre la Estado y la Iglesia, la posición Tomasina marcaría una fuerte inclinación al poder religioso, ya que "debemos obedecer a Dios en lugar de a los hombres" (Aquinas, 2002, p. 68), en razón a que "un poder inferior no tiene derecho a imponer su ley en el tribunal de un poder superior. Pero el poder del hombre, que hace la ley humana, es más inferior que el poder Divino. Por lo tanto, la ley humana no puede imponerse en una corte divina de la conciencia" (Aquinas, 2002, p. I43). Empero a lo anterior, el bienestar general para Aquino parecería estar a cargo del poder del Estado. Sin embargo, para alcanzar dicho bienestar, cualquiera de los dos poderes (espiritual o secular) deberían estar unidos, lo que podría generar resultados positivos o negativos; no obstante, "es más dañino para un poder que produce mal estar unido que dividido" (Aquinas, 2002, p. 12). Los resultados negativos del poder espiritual y secular podrían generar castigos; Santo Tomás tendría una posición favorable con relación al castigo, en la medida que fuese un proceso curativo que rectificase el equilibrio.

Para Aquino, el poder político, aunque subordinado en su desempeño a las disposiciones de la ley de un determinado Estado dado, podría ser utilizado para lograr uno de dos objetivos (Murphy, 1997): 1) podría estar subordinado a los intereses especificados en el campo de una lucha ideológica entre personas; o 2) a los objetivos derivados de la naturaleza personal del hombre. En el primer caso, la medida indispensable para lograr las intenciones del poder parecería ser la suerte

del ganador electoral, lo que le aseguraría el dominio a nivel político; en el segundo caso, sería en última instancia la búsqueda del conocimiento filosófico, que garantizaría una comprensión basada en principios de la gama completa de las necesidades naturales del hombre.

Con base en lo anterior, ninguna forma de vida social podría funcionar sin poder. Según Aquino (1949), si el hombre fuera a vivir y desarrollarse por su cuenta "no necesitaría otra guía para su fin. Cada hombre sería un rey para sí mismo, bajo Dios, el Rey supremo, en la medida en que se dirigiría en sus actos a la luz de la razón que le fue dada desde lo alto" (p. 4); sin embargo, al vivir fuera de una sociedad, el hombre no puede realizarse a sí mismo como persona. Por el contrario, al vivir como parte de un grupo, podría diseñar planes y buscar su propio bien, lo que a menudo entraría en conflicto con los planes y actividades de otros miembros de la comunidad; razón por la cual, sin un poder por encima de ellos, las personas ciertamente se volverían unas en contra de las otras.

Asimismo, dado que las comunidades humanas existirían en última instancia para vivir una vida virtuosa, parece que quienes ejercen el poder deberían caracterizarse ante todo por virtudes apropiadas (Aquinas, 1949). Con base en lo anterior, para Aquinas (1949) aquel que ejerciese el poder debería ser antes que todo, un hombre prudente. Es decir, debería estar comprensiblemente equipado con virtudes morales (*vir bonus*), y especialmente con la virtud de la prudencia, que no solo ayudaría al hombre a conducirse, sino que también lo predispondría a gobernar a los demás. Sin embargo, un hombre que poseería la prudencia que le permitiese cumplir los deberes de un ciudadano, es decir, la prudencia que hace la virtud de un buen ciudadano (*virtus boni civis*), aún no tendría necesariamente las competencias adecuadas para gobernar a la comunidad (*virtus boni principis*). Esto se debería a que el poder requiere una mayor prudencia, resultado de una educación especial y de la capacidad de soportar la carga de la vida individual y social.

La necesidad de que las personas en el poder sean prudentes también se corroboraría por la gravedad de sus obligaciones y la naturaleza de los medios que tienen a su disposición (Cassinelli, 1961). Tomar acciones imprudentes o usar descuidadamente los medios de coerción podría llevar a situaciones indeseables y muy peligrosas; por lo tanto, sería necesario un poder prudente para la seguridad ampliamente comprendida de quienes están sujetos a ella.

## 2.3 El poder en la Modernidad: Maquiavelo, Hobbes, Locke y Rousseau

Luego de la vinculación tomasina de la religión con la ley natural creada por Aristóteles, arribaría Hobbes para retomar la originalidad del concepto y redefinir las leyes naturales en principios racionales de supervivencia. La primera ley de Hobbes, relacionada con la búsqueda de la paz y la autorización del uso de cualquier medio para lograr el objetivo, sintetizaría el interés individual sobre el colectivo, convirtiéndole en uno de los precursores intelectuales del realismo clásico. Para Hobbes (1651), entre las criaturas el acuerdo sería natural, mientras que entre los hombres se realizaría a través de pactos, que finalmente serían artificiales, ya que "los pactos, sin la espada, no son más que palabras" (Hobbes, 1651, p. 85); razón por la cual se requeriría un poder común, central y visible para mantener el control y la estabilidad, a través del Estado.

No obstante, para lograr ese poder central o soberano, que genere ley, las personas deberían transferir por su propio beneficio, su poder individual al Estado. En efecto, Hobbes sería testigo de las guerras civiles inglesas entre 1642 a 1651, que instaurarían un periodo de inestabilidad política y económica que no solo supondría un estado de constante riesgo para la vida de los hombres, sino un profundo deterioro para la economía inglesa, que colocaría a la isla en una situación de debilidad frente a las demás potencias europeas. Por ende, Hobbes (1651) consideraría que, si se deseaba asegurar la vida, la libertad y la propiedad, era primordial establecer un punto final a las hostilidades entre los grupos internos en Inglaterra, para asegurar la paz en el Reino.

Para Hobbes (1651), la guerra tendría su origen en la naturaleza "egoísta" del ser humano, donde se entiende por "egoísmo" la tendencia natural del hombre a la autoconservación, la cual estaría por fuera de todo criterio racional o valorativo. En consecuencia, lo único que podía hacerse era crear determinadas condiciones políticas para que la maldad ingénita del hombre pudiese al menos ser controlada y encauzada por el poder del Estado, o Leviatán. Por lo tanto, para Hobbes (1651) el poder sería el elemento por medio del cual se podrían obtener aquellas condiciones que garantizarían la prosecución de los bienes que el hombre consideraría buenos o deseables. Hobbes comprendía (en un sentido muy semejante al de Maquiavelo), que el poder consistía en la reunión de fuerzas, si se considera que, a mayor unidad, existiría un mayor poder; la unidad del poder se encontraría siempre amenazada en el estado de naturaleza, ya que el hombre tenía derecho ilimitado a la autoconservación, lo que pondría a los hombres en un estado de "bellum omnium contra

*omnes*" o una "guerra de todos contra todos". El derecho natural (*ius naturale*) para Hobbes es:

La libertad que tiene cada hombre de usar su propio poder según le plazca, para la preservación de su propia naturaleza, esto es, de su propia vida; y, consecuentemente, de hacer cualquier cosa que, conforme a su juicio y razón, se conciba como la más apta para alcanzar ese fin. (Hobbes, 1651, p. 46)

Este poder ilimitado terminaría generando un estado de guerra permanente entre los hombres. De ahí que Hobbes (1651) juzgaría conveniente explicitar las 3 causas principales de la guerra entre los hombres: 1) la competencia, que hacía que los hombres invadiesen el territorio de otros para adquirir ganancia (esta haría uso de la violencia, para que así los hombres se hiciesen dueños de otros hombres, de sus esposas, sus hijos y su ganado); 2) la desconfianza: para lograr seguridad (esta usaría la violencia con un fin defensivo); y 3) la gloria: para adquirir reputación (haciendo uso de la violencia para reparar pequeñas ofensas, como una palabra, una sonrisa, una opinión diferente o cualquier otra señal de desprecio dirigido hacia la propia persona o indirectamente a los parientes, amigos, a la patria, la profesión o al prestigio personal).

Por su parte, Maquiavelo se vería a menudo como un predecesor de Thomas Hobbes, "ya que sus puntos de vista sobre la naturaleza humana y la función de la autoridad del Estado tendrían mucho en común; hasta cierto punto, también compartirían el destino de que sus escritos no fueron muy apreciados durante bastante tiempo" (Holler, 2009, p. 343). Como en ninguna de las dos obras más importantes de Maquiavelo (1532; 1882) se ofrecería una definición explícita de poder, parecería correcto comenzar a analizar el estado de poder en la obra de Maquiavelo con una referencia a la famosa frase de Hobbes (1651): "el poder de un hombre es su medio actual, para obtener un aparente bien futuro" (p. 62).

Maquiavelo analizaría el poder solo en el contexto político o social. A diferencia de sus predecesores intelectuales, no estaba interesado en la naturaleza (no humana), a menos que estuviera relacionada con el "hombre". Por ejemplo, Maquiavelo (1532) sostenía que el príncipe debía "conocer la naturaleza de la tierra, cuán abruptas son las montañas, cómo desemboca el valle, donde se encuentran las llanuras, y comprender la naturaleza de los ríos y pantanos", de modo que uno podría "ver mejor cómo defenderlo" (p. 82). Con base en lo anterior, el poder sería para Maquiavelo (1532) un elemento esencial de una república, ya que los Estados libres serían aquellos "que están lejos de toda servidumbre externa, [pudiéndose] gobernar a sí mismos de acuerdo con su propia voluntad" (p. 239). En este sentido,

una fuerte organización militar sería un pilar indispensable en el ejercicio de poder del Estado, ya que solo con su existencia los ciudadanos podrían esperar "vivir sin temor a que su patrimonio les sea quitado, sabiendo no solo que nacieron como ciudadanos libres y no como esclavos, sino que pueden esperar elevarse por su capacidad de convertirse líderes de sus comunidades" (Maquiavelo, 1532, p. 240).

El conflicto entre una dependencia favorable y la autonomía del poder sería la característica medular del pensamiento de Maquiavelo. Maquiavelo estaba consciente de este dilema cuando planteaba "si [era] mejor ser amado que temido, o mejor ser temido que amado" (p. 90), a lo cual respondería:

Concluyo, sin embargo, con respecto a ser temido y amado, que los hombres aman por su propia voluntad, pero temen a la voluntad del príncipe, y que un príncipe sabio debe confiar en lo que está en su poder y no lo que está en poder de otros. (Maquiavelo, 1532, p. 91)

En efecto, Maquiavelo (1532) sostenía que el amor de la gente podía evitar conspiraciones desde el interior del Estado, y serviría como una barrera para los adversarios externos. Sin embargo, un príncipe que hiciera uso de este potencial dependería irremediablemente de las personas, lo que afectaría el rango de objetivos que pudiese alcanzar, por causa del temor a perder el apoyo de la gente. Este sería una consecuencia del pensamiento estratégico que él excesivamente proponía y que dogmatizaría en la idea de que "el fin justifica los medios" (Maquiavelo, 1532, p. 94), afirmando que, en las acciones de los príncipes, los fines justificarían los medios. En consecuencia, Maquiavelo concluía que era necesario para todo príncipe que desearía mantener su posición, aprender a no ser bueno; por lo tanto, el príncipe no debería dudar en soportar la vergüenza (infamia) por esos vicios, sin los cuales no hubiera podido salvar su poder; un ejemplo citado por Maquiavelo para ilustrar su tesis sería Rómulo, el mítico fundador de Roma, quién incluso mató a su hermano Remo para no compartir el poder (Donskis, 2011).

Por su parte, Locke (1690) abordaría en primera medida el concepto de "poder" desde una "capacidad" o "habilidad". En efecto, "nada puede operar que no tenga la capacidad de operar; y lo que no tenga la capacidad de operar, es porque que no tiene poder para operar" (p. 20). No obstante, también se referiría al poder como "la fuente de donde procede toda acción" (Locke, 1690, p. 216), de este modo posiblemente insinúa que, si el "poder" es la fuente de la acción, significaría más que una aptitud o habilidad. Posteriormente, Locke (1991) intentaría explicar el origen del poder político partiendo de la misma premisa hobbesiana que el poder político era la consecución de un acuerdo o pacto entre el pueblo. No obstante, Locke marcaría una diferencia,

Si no se quiere dar ocasión a pensar que todo gobierno en el mundo es el producto de la fuerza y la violencia puras y duras, y que los hombres viven juntos sin otras reglas que aquellas que gobiernan el reino animal, donde impera el más fuerte [...], es preciso encontrar otra fuente distinta del gobierno, otro origen del poder político (Locke, 1991, p. 3).

Para Locke (1991), el poder político estaría legitimado por el consentimiento y la aprobación del pueblo con derechos y deberes; por ende, proponía un Estado liberal que velaría por la "vida, libertad y bienes" (p. 87) y crearía una sociedad equilibrada en la que, entre otros, estaría contemplado el derecho a la propiedad privada. Planteaba que la sociedad elegiría a sus gobernantes, quienes a su vez tendrían un pacto o compromiso con sus súbditos; y para evitar la concentración del poder, debido a que esto constituiría una estructura absolutista y anárquica (como la planteada por Hobbes), dividiría el poder en tres ramas: poder legislativo, poder ejecutivo y poder federativo. De acuerdo con Locke (1991), el poder legislativo sería el de mayor nivel, ya que lo constituirían aquellos a quién el pueblo habría de elegir; en palabras de Locke (1991), "por esta razón, aquel que detenta el poder legislativo [...], ha de gobernar según leyes vigentes, establecidas, promulgadas y conocidas por el pueblo" (p. 193). Por su parte, el poder ejecutivo estaría encargado de las normas y la administración de justicia, mientras que el poder federativo sería responsable de la seguridad y las relaciones con los demás Estados.

Finalmente, Locke (1991) plantearía que el Estado debe buscar la "preservación de la sociedad, y de todas y cada una de las personas que lo componen" (p. 134). Sin embargo, los tres poderes mencionados que compondrían el Estado según Locke se podrían llegar a disolver junto con el mismo Estado, bien por causas internas o externas; es decir, por la incapacidad de los poderes de cumplir con los propósitos asignados, o por la incursión y destrucción provocada por un Estado enemigo.

Desde otra perspectiva, Rousseau interpretaría a su manera la ley natural, este pensador planteó las falencias del poder absoluto y de la concentración de este en unos pocos, así estos fueran "aparentemente" elegidos por otros. Contraviniendo de manera directa a Hobbes y Platón, proponía que el hombre es bueno por naturaleza, y, por consiguiente, "el hombre ha nacido libre, y en todas partes se halla entre cadenas" (1762b, p. 4).

<sup>4</sup> Por el contrario, para Hobbes el Leviatán no hacía pactos con el pueblo.

Tal fue o debió de ser el origen de la sociedad y de las leyes, que dieron nuevas trabas al débil y nuevas fuerzas al rico, aniquilaron para siempre la libertad natural, fijaron para todo tiempo la ley de la propiedad y de la desigualdad. (Rousseau, 1924, p. 39)

Para Rousseau, los planteamientos asociados con el poder de sus predecesores intelectuales evidenciaban la desigualdad en razón a que el poder recaía solo en "algunos", bien fuese por riqueza o por su potestad en la administración de la ley.

La voraz ambición, la pasión por aumentar su relativa fortuna, menos por una verdadera necesidad que para elevarse por encima de los demás, inspira a todos los hombres una negra inclinación a perjudicarse mutuamente, una secreta envidia, tanto más peligrosa cuanto que, para herir con más seguridad, toma con frecuencia la máscara de la benevolencia. (Rousseau, 1924, p. 37)

El deseo de poder —materializado a través de bienes, concentrados en un grupo específico, que a su vez ostentaba la representación del Estado— haría que el hombre transformara su forma de interpretar todo a su alrededor y de lo que proyectaba ser, con el deseo de abarcar y poseer aún más, cambiando así su buena concepción natural (del hombre), como si las condiciones sociales (del entorno) le hubiesen quitado un venda de los ojos y sin ella, todo a su alrededor cambiase de sentido, y por consiguiente, de interpretación.

De acuerdo con Rousseau (1762),

Todo poder emana de Dios, lo reconozco, pero toda enfermedad también. ¿Estará prohibido por ello, recurrir al médico? ¿Si un bandido me sorprende en una selva, estaré, no solamente por la fuerza, sino aun pudiendo evitarlo, obligado en conciencia a entregarle mi bolsa? ¿Por qué, en fin, la pistola que él tiene es un poder? (...) la fuerza no hace el derecho y en que no se está obligado a obedecer sino a los poderes legítimos. (p. 8)

Por consiguiente, el hombre cambiaría su libertad natural por una libertad "civil", lo cual significaría adhesión a un grupo legítimo para acatar su normatividad; "habiéndose convertido así el derecho civil en la regla común de todos los ciudadanos, la ley natural no se conservó [...] no reside ya sino en algunas grandes almas cosmopolitas [...]" (Rousseau, 1924, p. 39). Por ende, otorgaría a la colectividad un poderío transformacional, ya que "en lugar de decir que la sociedad civil se deriva del poder paternal, sería necesario decir, al contrario, que es de ella (la sociedad) de quien ese poder tiene su principal fuerza" (Rousseau, 1924, p. 42). Asimismo, afirmaría que "el poder se transmite, pero no la voluntad" (1762a, p. 23).

#### 2.4 El poder entre los académicos contemporáneos

Si bien el pensamiento moderno del poder iniciaría con las obras de Maquiavelo (1532) y Hobbes (1651), a principios del siglo xVI y mediados del siglo xVII, sería después de la Segunda Guerra Mundial que las ciencias sociales comenzarían a tomar un renovado interés en el estudio del poder (Sadan, 1997). En ese momento, el trabajo de Weber (1947) serviría como punto de partida para el pensamiento contemporáneo sobre el poder, porque continuaría con la línea racional de Hobbes; en efecto, el concepto de poder social de Weber parecería ser una restricción directa del concepto hobbesiano de poder (como capacidad) a los contextos sociales.

Para Weber (1947), el poder podría definirse como "la probabilidad de que un actor dentro de una relación social esté en posición de llevar a cabo su propia voluntad a pesar de la resistencia" (p. 152). Sin embargo, Weber (1948) ampliaría posteriormente el concepto de poder como "la posibilidad de un hombre o de varios hombres de realizar su propia voluntad, en una acción comunal incluso contra la resistencia de otros que están participando en la acción" (p. 678). Por lo tanto, la definición weberiana de poder se basaría en el grado de autonomía del que toma las decisiones; de acuerdo con esta perspectiva, cuanto más dependiente es el que toma las decisiones del apoyo de los demás, menor sería su grado de poder. Esto también se aplicaría a un agente que tiene la capacidad estratégica de manipular su entorno social para reducir o eliminar la resistencia, razón por la cual el enfoque de Weber estaría conectado con su interés en la burocracia, y vinculado con conceptos de autoridad.

Para finales de la década de los cincuenta, Dahl (1957) definiría el poder de la siguiente manera: "A tiene poder sobre B en la medida en que puede conseguir que B haga algo que de otra manera no haría" (pp. 202-203). Lo primero que debería notarse acerca de esta definición es que estaría desprovista de contenido, y no transmitiría más que la idea de una relación causal entre dos agentes (Lukes, 2015). En efecto, parecería que ese era el mismo propósito que buscaba Dahl con dicha definición, ya que intentaría "captar el sentido central intuitivamente comprendido de la palabra", con una definición formal que explicaría "la noción primitiva que parece subyacer a todos estos conceptos", como el poder, la influencia, el control y la autoridad (Dahl, 1957, p. 202). No obstante, el problema con el primer concepto de poder era su excesiva amplitud que no permitía captar las distintas manifestaciones de poder; de ahí, las sucesivas revisiones de Dahl (1958; 1961; 1968) al concepto de poder. En consecuencia, Dahl (1961) ampliaría la definición del poder como la capacidad de influir en la formulación de políticas por parte de los participantes donde hubiese desacuerdo o conflicto, aquí se entiende la "influencia" como:

una relación entre los actores humanos de modo tal que los deseos, preferencias o intenciones de uno o más actores, afectan las acciones o predisposiciones para actuar, de uno o más actores en una dirección coherente con, y no contraria a, los deseos, preferencias o intenciones de quienes ejercen la influencia. (Dahl y Stinebrickner, 2003, p. 17)

Con base en lo anterior, el enfoque de Dahl estaría dirigido a comprender las élites dominantes, en donde el poder lo ejercería un individuo en concreto, mientras que a los otros miembros del colectivo se les impediría hacer lo que prefieren hacer, lo que da lugar a la posibilidad de pensar el ejercicio del poder como una práctica social que podría estructurarse en situaciones políticas asimétricas y ser ejercida desde la dominación, la resistencia, la emancipación o la negociación (Bachrach y Baratz, 1962, pp. 947-952).

Bachrach y Baratz (1962) desarrollarían el modelo de las "dos caras del poder", con el fin de complementar la definición de Dahl (1957). Plantearían que por un lado, el ejercicio del poder podría implicar que los conflictos se mantuviesen latentes, y por el otro, presentarían el concepto de la "no toma de decisiones", en el que el actor A dedicaría todos sus esfuerzos en crear o reforzar valores políticos y sociales, así como prácticas institucionales que limitarían la consideración pública en el proceso político a solo aquellos asuntos que sean comparativamente más inocuos para A; es decir, la capacidad de A para bloquear las iniciativas de B a través del arreglo institucional en el cual ambos se hallasen inmersos (Bachrach y Baratz, 1962).

La ruptura definitiva de la simple identidad entre dominación y poder permitiría entenderlo como un ejercicio de fuerzas sociales, de energías materiales o simbólicas, que transformarían el sentido de la praxis de otros actores en campos decisionales, relacionales o de producción de sentido, mediante el empleo de estrategias de presión, represión (incluida la violencia) y legitimación, a favor o en contra de la dominación o de la búsqueda del consenso. Así mismo, facilitaría su estudio en relación tanto con la obediencia voluntaria como con la subordinación impuesta, y la superación, por esta vía, de la dicotomía entre fuerza y consenso (Múnera, 2005).

Bachrach y Baratz (1963) complementarían la definición de poder con la idea del "conflicto de intereses", en el que uno de los actores haría de hecho lo que otro u otros actores quisieran, y en el que la parte más "poderosa" podría siempre invocar sanciones; Bachrach y Baratz (1963) citarían el argumento de Friedrich sobre la "ley de las reacciones anticipadas", en la que normalmente el actor *B* obedecería a *A*, pero en el cual *A* solo le pediría a *B* lo que consideraría que *B* sería capaz de aceptar. (pp. 641-651).

En los setenta, Lukes (2005) ampliaría el debate en torno al estudio sobre el poder, al introducir un modelo tridimensional en la discusión del sujeto. La tercera dimensión que Lukes (2005) agregaría a la discusión del poder, que teóricamente ya habría reconocido dos dimensiones (las dimensiones "abierta" y "encubierta"), era la dimensión "latente" del poder. Mientras que la dimensión "abierta" del poder se ocuparía de las preferencias políticas declaradas ya que ellas mismas se revelarían en el juego político abierto (Dahl), y la dimensión "encubierta" trataría con las preferencias políticas que se revelan a través de quejas sobre temas no políticos (Bachrach y Baratz, 1962), la tercera dimensión propuesta por Lukes (2005) se ocuparía de las relaciones entre las preferencias políticas y los intereses reales.

Por lo tanto, Lukes (2005) consideraría la segunda y tercera dimensión como un desarrollo de la noción episódica del poder que subyacería al enfoque unidimensional. Esta concepción sería, desde el punto de vista de Lukes, mucho más primitiva de lo que era para Dahl, ya que cada dimensión añadiría a la anterior nuevas especificaciones que serían significativas para entender la forma en la que los *A*'s afectan a los *B*'s. En el enfoque bidimensional esto significaría que el centro de atención se trasladaría para considerar cómo B reprime intencionalmente una acción, bien por algo que A habría hecho, o bien porque B cree que *A* haría algo si B realizaría lo que planea.

La cuestión pareciera ser entonces si *A* tiene que saber algo acerca de las creencias de B sobre su comportamiento, o si tiene que hacer algo para reforzar esa creencia para que pueda decirse que *A* ejerce efectivamente poder sobre *B*. Cuanto más se insista en que tiene que existir algún tipo de intervención observable por parte de *A*, menos posible parecería la hipótesis behaviorista del enfoque unidimensional. Pero si no se exige la intervención observable de *A* en la formulación de las preferencias de *B*, entonces tendría que acabar reconociéndose que esas preferencias se producen "sistemáticamente", de modo que resulta más plausible la visión que propondría el enfoque tridimensional (Herrero, 2015, p. 57). Desde la perspectiva de Lukes (2005), el objetivo era explorar la forma en que el ejercicio del poder podría moldear las creencias y preferencias, al considerar que "*A* ejerce poder sobre *B* cuando afecta a *B* de una forma contraria a los intereses de *B*" (p. 32), por lo cual lo que caracterizaría el enfoque de Lukes sería el énfasis en los "intereses", que consideraría son siempre subjetivos.

Posteriormente hacia la década de los ochenta, Foucault (1980) ampliaría la discusión del concepto de poder a otras dimensiones de las ciencias sociales y el de humanidades, ya que si bien la historia económica y la teoría proporcionarían un buen instrumento para las relaciones de producción, y la lingüística y la semió-

tica ofrecían instrumentos para estudiar las relaciones de significación, consideraría que para las relaciones de poder no existían suficientes herramientas de estudio; en consecuencia, el objetivo del estudio de Foucault con relación al fenómeno del poder, sería el de crear una historia de los diferentes modos mediante los cuales en la cultura occidental, los seres humanos serían sujeto, ya que "mientras que el sujeto humano se coloca en relaciones de producción y de significación, también se coloca en relaciones de poder que son muy complejas" (Foucault, 1982, p. 778).

Para Foucault, el ejercicio del poder no sería simplemente una relación entre socios; sería una forma en que ciertas acciones modifican a los demás. En su perspectiva, el poder existiría solo cuando se pusiese en acción, incluso si se integrase en un campo de posibilidades dispares que se aplicarían a las estructuras permanentes. Esto también significaría que el poder no sería una función del consentimiento:

[El poder] en sí mismo no es una renuncia a la libertad, una transferencia de derechos, el poder de cada uno delegado a unos pocos (lo que no impide la posibilidad de que el consentimiento sea una condición para la existencia o el mantenimiento del poder); la relación de poder puede ser el resultado de un consentimiento previo o permanente, pero no es por naturaleza la manifestación de un consenso. (Foucault, 1982, p. 788)

Con respecto a lo anterior, lo que definiría una relación de poder es que es un modo de acción que no actuaría directa e inmediatamente sobre los demás; por el contrario, actuaria sobre sus acciones, "una acción sobre una acción, sobre acciones existentes o sobre aquellas que pueden surgir en el presente o en el futuro" (Foucault, 1982, p. 789). Asimismo, según Foucault (1980), una relación de poder solo podría articularse sobre la base de dos elementos que serían indispensables si se trata de una relación de poder. Primero, que "el otro" (aquel sobre quien se ejerce el poder) sea completamente reconocido y mantenido hasta el final como una persona que actúa; y segundo, que, frente a una relación de poder, se podría habilitar todo un campo de respuestas, reacciones, resultados y posibles inventos. Con relación a este último, cuando se define el ejercicio del poder como un modo de acción sobre las acciones de otros, se incluiría un elemento importante: la libertad. De acuerdo con Foucault (1980), el poder se ejercería solo sobre sujetos que sean libres, es decir, sujetos individuales o colectivos que se enfrentarían a un campo de posibilidades en el que se podrían realizar varias formas de comportamiento, reacciones y comportamientos diversos.5

<sup>5</sup> Por ende, la esclavitud no sería una relación de poder.

Otros académicos contemporáneos que habrían aportado al estudio del poder se encontrarían a la luz de los paradigmas de las diferentes escuelas en relaciones internacionales. Tal y como lo menciona Guzzini (2013),

En términos más generales, el poder ha sido de importancia central en las relaciones internacionales, porque parecía esencial para la comprensión de dos cuestiones centrales: ¿quién (uno o más) puede esperar ganar un conflicto? Y, relacionado con esto, ¿quién (uno o más) gobierna la política internacional? (pp. 47-48)

# 3. El poder a la luz de las cuatro teorías en relaciones internacionales

#### 3.1 El poder a la luz del idealismo

El idealismo concebido desde la perspectiva del ex presidente de los Estados Unidos Woodrow Wilson (1913-1921), partiría de la corriente del pensamiento liberal clásico (Grocio, 1609); Locke, 1690; Montesquieu, 1777; entre otros), así como de los movimientos religiosos inconformistas fuera de la Iglesia de Inglaterra que reclamarían mayor tolerancia y libertad religiosa; tanto así, que la "corriente wilsoniana de la política exterior estadounidense debe bastante a la actividad misionera realizada por los religiosos estadounidenses a finales del siglo XIX y principios del xx" (Tovar, 2014, p. 138).

Los interlocutores del pensamiento idealista en relaciones internacionales, si se asume una perspectiva optimista con respecto a la naturaleza humana, suponían que el hombre era esencialmente tolerante y pacífico, y que la comunidad humana estaría unida a través de muchos vínculos. Asimismo, afirmarían que los estadistas tenían la opción de practicar el poder político y conducir las relaciones exteriores por otros medios que no fuesen necesariamente coercitivos. Wilson y otros asumirían la suposición de que existía una correlación entre las instituciones sociales y políticas de un Estado, y la forma en que este conduciría sus relaciones exteriores. En su famoso discurso de posesión del 2 de abril de 1917, denominado "*Papers of Woodrow Wilson*", Wilson (1917) explicaba que "el problema del impulso democrático, no es tanto hacer el mundo más seguro para la democracia, sino hacer que la democracia sea más segura para el mundo" (1917, s. p.).

<sup>6</sup> Hasta el siglo XVI, reinaría un acuerdo doctrinal entre el calvinismo y el anglicanismo, que permitiría la nacionalización política y una relativa tolerancia religiosa en Inglaterra. Sin embargo, surgirían discrepancias estructurales en el seno de la Iglesia de Inglaterra hacia el siglo XVII, lo que levaría al puritanismo.

Para los idealistas, las autocracias que no consultaban a "la sociedad" solían involucrarse en el engaño y la guerra; en cambio, las democracias mostrarían tolerancia, moralidad y justicia, y solo buscarían la paz y la estabilidad. Por ende, en el nuevo orden que preveían para el periodo posterior a la Primera Guerra Mundial, las negociaciones reemplazarían las amenazas de guerra, y el consenso mundial sobre la conveniencia de la paz sostendría a los estadistas democráticos. Es con base en los presupuestos del idealismo que se desarrollarían teorías complementarias, como la de la Teoría de la Paz Democrática, que establecería que dos democracias no entrarían en guerra Rummel (1983); según Pugh (2005), de las 371 guerras interestatales entre 1816 a 2005, ninguna sería realizada entre dos democracias, ya que 166 guerras involucrarían un país democrático y uno no democrático, y 205 involucrarían una contienda entre dos países no democráticos.

Mead (2002) definiría la doctrina wilsoniana en dos sentidos: primero, como la defensa de la democracia liberal como elemento transformador; y segundo, como la búsqueda de la paz en el marco del derecho internacional, el multilateralismo y las organizaciones internacionales. En un sentido más amplio, se podría sintetizar el idealismo wilsoniano en cuatro puntos: 1) el conflicto entre los Estados podría acabarse; 2) a través del establecimiento de una normatividad internacional se permitiría regular y resolver pacíficamente los conflictos entre los Estados, mediante el derecho internacional y las organizaciones internacionales; 3) además de los Estados, existirían otros actores internacionales como las organizaciones supranacionales; y 4) el fin primordial sería garantizar el bienestar y la armonía en el sistema internacional,<sup>7</sup> lo cual se logra a través de fomentar y profundizar las relaciones políticas y económicas entre los Estados.

El idealismo podría ser de uso limitado ya que aparentaría ser principalmente normativo, debido a que enuncia cómo deberían llevarse a cabo los procesos internacionales, pero no cómo realmente ocurrirían. No obstante, a lo anterior,

El idealismo wilsoniano, en definitiva, ha constituido una de las grandes corrientes de la política exterior estadounidense. Su supervivencia a lo largo del tiempo ha enriquecido los debates académicos sobre las relaciones internacionales y la propia política internacional de sus actores, constituyendo una importante aportación al pensamiento internacional en los momentos iniciales de la disciplina con la

<sup>7</sup> Un sistema sería un conjunto de unidades vinculadas a través de distintitos tipos de dinámicas e interacciones regulares. En la década de los cincuenta, la revolución del comportamiento en ciencias sociales y la creciente aceptación del realismo político en las relaciones internacionales llevarían a los académicos a conceptualizar la política internacional como un sistema, para lo que utilizarían el lenguaje de la teoría de sistemas. Para una breve revisión de la teoría de sistemas ver Álvarez y Rodríguez (2018).

creación de organizaciones tan prestigiosas hoy como el Carnegie Endowment for International Peace o el Council on Foreign Relations. (Tovar, 2014, p. 154)

#### 3.2 El poder a la luz del realismo clásico

Si bien las diferentes escuelas de teoría en relaciones internacionales tendrían algo que decir sobre la naturaleza y el papel del poder, como ya se observó con el idealismo, sería la escuela realista la que más se ha identificado con el estudio del poder. En este orden de ideas, los realistas argumentarían que el poder se constituiría como el principal determinante en las relaciones entre los Estados, en este escenario el poder resulta de crucial importancia para comprender la dinámica de la guerra y de la paz. En efecto, Morgenthau (1948), sería el principal defensor del concepto de poder como núcleo teórico de la política internacional, ya que en su opinión, toda política sería una lucha por el poder;8 según el autor: "el poder es la consecuencia del impulso hacia la dominación, el objetivo inmediato de toda acción política y la esencia de la política internacional" (p. 25), y añadiría que "el poder político consiste en una relación entre los que lo ejercen y aquellos sobre los cuales es ejercido" (Morgenthau, 1948, p. 51). Derivaría esta afirmación de la suposición de que el "deseo de dominar" sería un elemento constitutivo de todas las asociaciones humanas (Holsti, 1964); por lo tanto, independientemente de las metas y objetivos de un gobierno, el objetivo inmediato de toda acción estatal sería el de obtener y aumentar el poder. Como por definición todos los Estados buscarían maximizar su poder, a ojos del realismo clásico, la política internacional podría concebirse y analizarse como una lucha entre unidades independientes que buscarían el dominio sobre los demás.9

El poder de un Estado podría discriminarse entre el poder nacional (interno) y el poder hacia el exterior. <sup>10</sup> De acuerdo con Morgenthau (1948), existiría un conjunto de elementos de poder nacional de los Estados: aquellos que son estables (tangibles,

<sup>8</sup> Sin embargo, Morgenthau (1948) al no someter el concepto de poder a un examen más detenido, generaría cierta ambigüedad en la medida que describía el poder como un objetivo principal de la política o un motivo determinante de cualquier acción política, así como una relación y un medio para un fin. En consecuencia, existirían diversas variaciones en cómo los realistas conceptualizarían el término.

<sup>9</sup> En contraste con el concepto de "lucha por el poder", se encontraría las teorías "anti-poder" de las relaciones internacionales, propias de escuelas de pensamiento como el idealismo.

<sup>10</sup> El poder hacia el exterior se referiría a la influencia que un Estado ejercería sobre otro, a partir del uso de sus elementos del poder nacional. Esta influencia provendría principalmente de tres fuentes: la expectativa de beneficios, el temor de las desventajas y el respeto hacia los hombres e instituciones. Podría ejercerse mediante órdenes y amenazas, mediante el ejemplo de un Estado y su capacidad de liderazgo, o bien, a través de la combinación de cualquiera de estos factores.

cuantificables) y aquellos sujetos a cambios constantes (intangibles, cualitativos). Entre los elementos tangibles se contemplarían la geografía, los recursos naturales (alimentos y materias primas), la capacidad industrial, tamaño de la economía, la preparación militar, la población, entre otros; entre los elementos intangibles, se distinguirían el carácter nacional, la moral nacional, la calidad del gobierno y la calidad de la diplomacia (Morgenthau, 1948, pp. 80-108). A cada elemento lo describiría y le otorgaría características específicas; sin embargo, develó mayor reconocimiento al poder militar, a través del cual los Estados lograrían posicionarse mejor en el sistema internacional. Al igual que Morgenthau (1948), Carr (1946) admitía que la importancia primordial del poder económico residía en su estrecha asociación con el instrumento militar, afirmaba que "la importancia suprema del instrumento militar radica en el hecho de que la última proporción del poder en las relaciones internacionales es la guerra" (p. 109); de hecho, Carr (1946) llegaría a la conclusión de que el poder militar sería un elemento tan esencial en la vida del Estado, que serviría tanto como medio y un fin en sí mismo.

Los realistas clásicos argumentarían que la lucha permanente de los Estados por el poder, en la que el objetivo de cada Estado sería el de maximizar su propio poder relativo, se explicaría en última instancia por la naturaleza pecaminosa y de búsqueda de poder del hombre. Aunque Morgenthau (1948) argumentaría que la lucha por el poder podría presentarse de manera distinta entre el ámbito doméstico y el internacional, la razón subyacente por la cual la actividad de la política era reductible a la búsqueda del poder sería, en últimas, la misma: la naturaleza humana. Como resultado, Morgenthau (1948) transferiría la suposición fundamental de la lujuria inherente del hombre al poder, al comportamiento de los Estados; es decir, al igual que los seres humanos, afirmaría que el objetivo de cada Estado era maximizar el poder, "como un esfuerzo continuo para mantener y aumentar el poder del propio Estado, así como para controlar o reducir el poder de otros Estados" (p. 211).

Es en este contexto en que Morgenthau (1948) compararía los tres patrones básicos de la lucha por el poder entre los Estados: 1) mantenimiento del poder (*statu quo*); 2) aumento de poder (imperialismo); y 3) demostración de poder (prestigio). El primer estaría representado por la aplicación de estrategias para mantener el poder ya adquirido, es decir, para el mantenimiento del *statu quo*; la ejecutaría

<sup>11</sup> Para Tucídides (1986) y Maquiavelo (1532), la emoción del miedo y los sentimientos de gloria e interés propio, se manifestarían en un impulso maléfico de dominar a los demás. Se asumiría que la voluntad de poder que surgiría de la naturaleza egoísta del hombre describiría el comportamiento de entidades políticas macroscópicas como las ciudades-Estado y los Estados-nación.

un Estado cuando este deseara conservar su poder, para evitar un cambio en la distribución de poder a nivel internacional. El segundo patrón se referiría al deseo del incremento de poder por parte de algunos Estados, que a través de una política exterior "imperialista", buscaría romper con el *statu quo* reinante, con el fin de reconfigurar las relaciones de poder entre uno o varios Estados. Finalmente, los Estados que no considerarían como una prioridad su aumento o mantenimiento del poder, bien porque no tengan los medios o la voluntad, utilizarían estrategias de prestigio, como, por ejemplo, ceremonias diplomáticas y despliegues de fuerzas militares, todo esto con el fin de demostrar su poder. Desenvoluntado de fuerzas militares, todo esto con el fin de demostrar su poder.

De acuerdo con este punto de vista, Pallaver (2011) afirmaría que la política internacional sería una lucha continua entre los Estados que buscarían mantener el *statu quo* (Estados Unidos), y aquellos Estados revisionistas que buscarían una reconfiguración de las relaciones de poder en la arena internacional (China, Rusia, entre otros). Por ende, la imagen de los Estados, la lucha perpetua por el poder y la seguridad, proporcionarían la base fundamental de la ontología realista de la política internacional, en el cual el grado de influencia de un actor sobre otro, sería proporcional a sus capacidades de poder; "de este modo, en términos generales, para los realistas el poder es algo que se posee, se puede acumular y es perfectamente medible y cuantificable mediante la utilización de diferentes indicadores" (Creus, 2013, p. 68).

#### 3.3 El poder a la luz del neorrealismo

Al igual que el realismo clásico, el realismo estructural o neorrealismo reconocería que el ámbito de la política internacional sería una lucha continua por el poder; empero, no aceptarían la suposición de que ello sea atribuible a ciertas propensiones encontradas en la naturaleza del hombre. En consecuencia, los realistas estructurales cambiarían el escenario de la lucha por el poder, desde la naturaleza humana, al ambiente anárquico del sistema internacional en el cual habitan los Estados. Waltz (1989) explicaría que "desde el punto de vista de la teoría neorrealista, la competencia y el conflicto entre los Estados se derivan directamente de hechos gemelos de la vida en condiciones de anarquía: los Estados en un orden anárquico

<sup>12</sup> A menudo, la lógica del statu quo aparecería tras una guerra, cuando la repartición de poder ha sido determinada con un tratado de paz, ver: Carrascal Jácome, Cortes Nieto y Fernandez-Osorio, 2018.

<sup>13</sup> Su finalidad consistiría en impresionar a otros Estados con el poder que se poseería, que se creería posee o que quisiera que otros Estados crean que posee; tal podría ser el caso actual de Estados como Venezuela o Corea del Norte.

deben proporcionar su propia seguridad, y las amenazas o aparentes amenazas a su seguridad abundarían" (p. 43).

Waltz suponía que el sistema sería anárquico "no solamente por la ausencia de [un] gobierno [supranacional], sino también por la presencia de caos y el desorden" (Cancelado, 2010, p. 37). Por lo tanto, en ausencia de una autoridad superior al de los Estados, los realistas estructurales argumentarían que la autoayuda sería necesariamente el principio de la acción. Con anterioridad, Spykman (1942) observaría que, en una sociedad internacional anárquica, "cada Estado individual ha seguido dependiendo tanto de su propia existencia, como del disfrute de sus derechos y la protección de sus intereses, principalmente por su propia fuerza o la de sus protectores" (p. 17). Debido a la posibilidad de que la fuerza podría ser utilizada por un Estado en contra otro en cualquier momento, el realismo estructural advertiría a todos los Estados a tomar las medidas apropiadas para la defensa de su propia supervivencia, particularmente la acumulación de una cantidad suficiente de capacidades de poder. Con base en lo anterior, sería necesario señalar que ni Waltz (1979), ni Gilpin (1981), proporcionaría una definición sofisticada de poder. Para Gilpin (1981) "el poder se refiere simplemente a las capacidades militares, económicas y tecnológicas de los Estados" (Gilpin, 1981, p. 13); de manera similar, y de acuerdo con Guzzini (2013),

Waltz no se refirió ni al concepto subyacente del poder, ni al lugar central de la teoría de la balanza del poder en las obras realistas clásicas. Waltz utiliza la teoría microeconómica para un enfoque que se centra en el nivel sistémico de análisis. (p. 48)

Guzzini (2013) mencionaría que Waltz, al confiar en la teoría económica, asumiría una analogía entre el papel del poder en las relaciones internacionales, y la función del dinero en la economía neoclásica. El esfuerzo por la maximización de la utilidad que se podría expresar y medir en términos de dinero, sería paralelo al interés nacional, es decir, la seguridad, expresado en términos de poder relativo. Por lo tanto, Waltz (1979) simplemente respaldaría el enfoque de los elementos del poder nacional de Morgenthau (1948), debido a que estaría más interesado en proporcionar una jerarquía internacional de los Estados que pudiese determinar el número de grandes poderes en cualquier sistema internacional dado; por ello, respaldaría el concepto global de poder y rechazaría la noción de poder relacional y multidimensional. Según Waltz (1979),

Las capacidades económicas, militares y de otro tipo de los Estados no se pueden dividir en sectores y sopesar por separado. Los Estados no se colocan en el rango más alto porque sobresalen de una forma u otra. Su rango depende de cómo puntúan en

todos los elementos siguientes: tamaño de la población y el territorio, dotación de recursos, capacidad económica, fuerza militar, estabilidad política y competencia. (p. 131)

En consecuencia, las capacidades de un Estado no representarían más que la suma total de una serie de atributos nacionales. Aunque Waltz (1948) identificaría algunos elementos que supuestamente determinarían el rango de un Estado, no especificaría el criterio para medirlos o cómo se podrían combinar en un puntaje agregado; no obstante, los realistas estructurales sostendrían que la distribución relativa de las capacidades en el sistema internacional sería la variable independiente clave que permitiría explicar las dinámicas internacionales, como las guerras, las alianzas y el funcionamiento del juego de balanza del poder; en efecto, Waltz (1979) afirmaría que "aunque las capacidades son atributos de las unidades, la distribución de las capacidades no lo es" (p. 98).

Waltz (1989) consideraría, a diferencia de Morgenthau (1948), que los Estados no son propensos a la búsqueda constante del poder y de la influencia, sino que lo que pretenderían es mantener su posición relativa en el sistema internacional. Según Waltz (1989), el poder sería un medio para alcanzar la seguridad del Estado, ya que "en situaciones cruciales, sin embargo, la preocupación fundamental de los Estados no es por el poder, sino por la seguridad" (p. 40). Es decir, en lugar de la búsqueda en la maximización del poder, los Estados favorecerían la maximización de su seguridad. Al contrario del realismo clásico que veía el poder como un fin en sí mismo, el neorrealismo vería el "el poder como un medio posiblemente útil, con Estados que corren riesgos si tienen demasiado o demasiado poco" (Waltz, 1989, p. 40).

En efecto, Waltz (1979) argumentaría que los Estados tenderían a ser sensibles con relación a las capacidades de poder de otros Estados; y que, para garantizar su propia supervivencia, los Estados prudentes solo buscarían una cantidad apropiada de poder, ya que el comportamiento agresivo y expansionista podría desencadenar una alianza temporal (coalición de Estados) en contra, lo que resultaría contraproducente para la propia seguridad. Como resultado de la creencia de que los Estados estarían fuertemente inclinados a equilibrarse contra los poderes agresivos, "buscarán únicamente el nivel mínimo de poder que se necesita para alcanzar y mantener su seguridad y supervivencia" (Grieco, 1997, p. 167). Por ende, el neorrealismo asumiría el enfoque del "realismo defensivo", en el cual los Estados buscarían el poder solo para minimizar las brechas del poder internacional, en lugar de maximizar tales brechas para su propio beneficio (Schmidt, 2007).

En dirección opuesta, Mearsheimer (2001) ofrecería una explicación distinta de la lucha por el poder bajo una lógica de anarquía, a través del enfoque de realismo ofensivo"; 14 según Mearsheimer (2001), "el realismo ofensivo se distingue" del realismo defensivo sobre la cuestión de cuánto poder quieren los Estados" (p. 21). Para Mearsheimer (2001), la estructura del sistema internacional obligaría a los Estados a maximizar su posición relativa de poder a expensas de los rivales, ya que el entorno en el que habitarían los Estados sería responsable de la competencia ubicua por el poder. En ese sentido, Mearsheimer (2001) articularía cinco supuestos básicos sobre el sistema internacional: 1) el sistema sería anárquico; 2) todos los grandes poderes poseerían alguna capacidad militar ofensiva; 3) los Estados nunca podrían estar seguros de las intenciones de otros Estados; 4) la supervivencia sería el objetivo principal de los Estados; y 5) los Estados serían actores racionales. Como resultado, el patrón de comportamiento más importante derivado de las suposiciones anteriormente mencionadas sería la maximización del poder, ya que "preocupados por las intenciones finales de otros Estados y conscientes de que operan en un sistema de autoayuda, los Estados entienden rápidamente que la mejor forma de asegurar su supervivencia es ser el Estado más poderoso del sistema" (Mearsheimer, 2001, p. 33).15

En resumen, el poder sería el concepto clave del realismo ofensivo, definido como "nada más que activos específicos o recursos materiales disponibles para un Estado" (Mearsheimer, 2001, p. 57). Asimismo, Mearsheimer (2001) distinguiría dos tipos de poder estatal: el poder militar y el poder latente. Con relación al primero, la esencia del poder efectivo de un Estado sería su poder militar, basado en gran medida en el tamaño y la fuerza de sus fuerzas militares ejército, en comparación con las de otros Estados, debido a "que la fuerza es el máximo indicador de la política internacional" (Mearsheimer, 2001, p. 56). Para Mearsheimer, existiría una clara jerarquía de poder militar, en el cual los poderes marítimo, aéreo, terrestre y nuclear contribuirían de manera diferente al poder general de un Estado. Ahora bien, la capacidad de un Estado para construir unas fuerzas militares poderosas dependería de su poder latente; Mearsheimer (2001) definiría el poder latente

<sup>14</sup> Para una revisión al debate entre el realismo defensivo y ofensivo, ver Lynn-Jones (1998) y Schmidt (2004).

<sup>15</sup> A diferencia de Waltz, Mearsheimer sostendría que los Estados considerarían que el mejor camino hacia la supervivencia es acumular más poder que los demás, por lo que la posición ideal sería consolidarse como un hegemón global. Sin embargo, para Mearsheimer (2001) la imposibilidad de alcanzar la preeminencia global se debería particularmente a las dificultades de proyectar el poder más allá de los mares; lo cual indicaría porque Estados Unidos, como máxima poder marítimo en el mundo, es la actual superpotencia global, y porque las grandes potencias como China y Rusia tienen objetivos revisionistas y persiguen políticas expansionistas, particularmente en escenarios marítimos.

como "los ingredientes socioeconómicos que intervienen en la construcción del poder militar; se basa en gran medida en la riqueza de un Estado y el tamaño total de su población" (p. 55), el cual es medible. Es importante resaltar que para Mearsheimer el poder latente no sería equivalente al poder militar, ya que a través de la historia se ha evidenciado que los Estados habrían tenido diferentes niveles de éxito, al traducir el poder latente en poder militar, lo que haría imposible equiparar la riqueza con el poder militar.

En definitiva, la inquietud con respecto a si los Estados maximizarían su poder o su seguridad, sería importante tanto para realistas clásicos como realistas estructurales y tendría implicaciones para dilucidar cuestiones como la cooperación internacional, el grado en que los Estados se equilibran, y los debates sobre la Gran Estrategia. Al utilizar diferentes supuestos sobre las motivaciones de los Estados, tanto el realismo defensivo como el ofensivo operarían desde la premisa de que la estructura del sistema internacional explicaría el comportamiento de búsqueda de poder de los Estados, y sus consecuentes efectos en la política internacional.

#### 3.4 El poder a la luz del constructivismo

Al concordar en la opinión de que el poder sería equivalente a la posesión de recursos materiales, tanto Waltz (1979) como Mearsheimer (2001) pasarían por alto que el poder, es en últimas, una cuestión de percepción. Ya hacia finales de la década de los setenta, Keohane y Nye (1977) reconocerían que la naturaleza del poder en las relaciones internacionales se habría vuelto más compleja, producto de los avances tecnológicos y la aparición de nuevos tipos de poder en un contexto de creciente interdependencia y globalización. Por ende, "dado que la fuerza militar es ineficaz frente a ciertos problemas, la noción convencional de poder carece de precisión. Por lo tanto, pueden llegar a ser necesarios distintos conceptos de poder para enfrentar problemas diversos" (Keohane y Nye, 1977, p. 22);¹6 en concordancia, al reconocer la importancia que tenía el poder y el interés nacional, los neoliberales comenzarían a argumentar que las instituciones internacionales también desempeñarían un papel importante en la política internacional.

Si bien los neorrealistas y neoliberales no estarían de acuerdo sobre el peso relativo del poder militar, si estarían de acuerdo en que el poder, la seguridad y

<sup>16</sup> Al reconocer la importancia del poder y el interés nacional, los neoliberales comenzarían a argumentar que las instituciones internacionales también desempeñarían un papel importante en la política internacional. Los neorrealistas y los neoliberales no estarían de acuerdo sobre el peso relativo del poder militar, pero probablemente estarían de acuerdo que el poder, la seguridad y la riqueza explicarían en gran parte la variación en los resultados internacionales.

la riqueza explicarían en gran parte la variación en los resultados internacionales; en razón de ello, "tanto el neorrealismo como el neoliberalismo se referirían habitualmente al poder y al interés, y en ocasiones incluso a las instituciones, como factores materiales" (Wendt, 1999, p. 92). Por ende, una teoría sería materialista si diera cuenta de los efectos del poder, los intereses o las instituciones en referencia a las fuerzas materiales "brutas" (cosas que tuviesen ciertos poderes causales independientes de las ideas). Sin embargo, las ideas también aparentarían tener efectos constitutivos sobre el poder y el interés en sí mismos.

En consecuencia, se introduciría al debate de las relaciones internacionales una línea sociológica que prestaría mayor importancia a las "ideas" y desafiaría la primacía académica del paradigma realista y neoliberal;<sup>17</sup> en efecto, en contravía del "consenso" materialista, la teoría del constructivismo enfatizaría que las "ideas" jugarían un papel primordial en los sistemas de creencias y las percepciones en la toma de decisiones de política exterior de los Estados (Snyder et al., 1954); en este orden de ideas, para el constructivismo, "el poder está constituido primariamente por ideas y contextos culturales, más que por fuerzas materiales brutas" (Wendt, 1999, p. 1). Por ello, cuestiones como la identidad, la ideología, el discurso, la cultura y las ideas monopolizarían la atención en el estudio constructivista del poder y la influencia de los Estados en el sistema internacional, lo que superaría los supuestos materialistas que habían dominado los estudios sobre el poder y la influencia en la disciplina de las relaciones internacionales en la segunda mitad del siglo xx. Lo cual no significaría que "para el constructivismo los recursos no cuentan, sino sencillamente que estos por si solos no tienen la capacidad explicativa que pretenden los abordajes tradicionales" (Creus, 2013, p. 12).

Por lo tanto, la tesis central del constructivismo es que el significado de poder y el contenido de los intereses estarían en gran medida una función de las ideas (Wendt, 1999). Un argumento podría ser que los intereses serían en sí mismos "cogniciones" o "ideas"; según D'Andrade (1992), las motivaciones, los deseos o los intereses deberían entenderse como "marcos" o "representaciones" de conocimiento que "hacen posible la identificación de objetos y eventos" (p. 28), muchos de los cuales serían simplemente creencias sobre el mundo que no tendrían conexión con los deseos, mientras que otros marcos o representaciones serían metas o deseos que conducirían a la acción. Por su parte, Howe (1994) sostendría que incluso los deseos dependerían de las creencias acerca de lo que sería deseable, por lo que las

<sup>17</sup> Los neoliberales asumirían que las ideas solo importarían en la medida en que tuviesen efectos más allá del poder, el interés y las instituciones, por lo que se centraría en las formas en que las ideas podrían tener un efecto causal independiente de otras causas como el poder y el interés.

creencias definirían y direccionarían las necesidades materiales. Es decir, sería en la percepción de valor en un objeto lo que constituiría el motivo para perseguirlo.

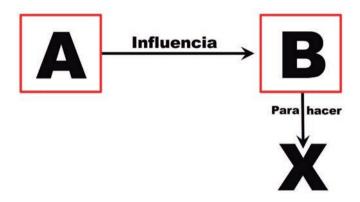
En este orden de ideas, la teoría cognitiva del deseo dirigiría el foco de atención a las representaciones a través de los cuales los Estados definirían sus intereses (Weldes, 1996; 1999). Por ejemplo, y de acuerdo con Wendt (1999), los Estados que perseguirían el mantenimiento del *statu quo* en el sistema internacional, tendrían esquemas de "satisfacción" con su posición internacional, como "miembros de una sociedad de Estados", cuyas reglas se considerarían "legítimas"; estas creencias constituirían una cierta identidad del Estado y guiarían su comportamiento con relación a otros, en virtud de sus percepciones del orden internacional y posición dentro de él. Por el contrario, los Estados revisionistas tendrían el deseo de conquistar a otros, tomar parte de su territorio o cambiar las reglas de juego del sistema internacional, a partir de representaciones como "víctima" o "raza superior", entre otras; estos esquemas estarían en función de las cogniciones constituidas culturalmente.

En conclusión, para el constructivismo la distribución del poder en el sistema internacional estaría constituida en gran parte por la distribución de los intereses, y el contenido de los intereses estaría constituido, a su vez, por las ideas (Wendt, 1999). Con ello, el constructivismo no pretendería afirmar que las ideas serían más importantes que el poder y el interés, o que serían autónomas del poder y el interés; más bien, que los efectos que tendrían el poder y el interés en la política internacional, estarían dados en virtud de las ideas que los conforman. Las explicaciones de poder e interés presupondrían a las ideas, y en esa medida no serían rivales en absoluto a las explicaciones sobre las ideas (Wendt, 1999).

#### 4. Empleo del poder por parte de los Estados

Los Estados podrían buscar a través de distintas formas y estrategias de empleo del poder, la garantía del cumplimiento de sus intereses nacionales y, por ende, la salvaguardia de su Seguridad y Defensa. En este orden de ideas, los Estados habrían usado el poder como un medio para "lograr que otros actores hagan lo que no harían de otra manera por amenaza de sanción o el uso de la fuerza" (Mansbridge, 1994, p. 53).

Así las cosas, el uso del poder podría entenderse a través de la distinción entre un juego de suma cero y uno de suma positiva. En el de suma cero, un jugador ganaría poder a expensas de su contraparte, mientras que en el de suma positiva ambos tendrían la posibilidad de ampliar su poder colectivo, a través de la cooperación; para lograr objetivos que no podrían lograrse por sí solos (Haugaard, 2012, p. 35). Holsti (1964) describiría el poder como un "acto" o "actos" en los cuales *A* comprometería a *B* a que siga un curso de comportamiento de acuerdo con los deseos de *A* (figura 2).



**Figura 2.** Poder como influencia. Fuente: elaboración propia, con base en Holsti (1964).

En este sentido, *A* buscaría influir en *B* porque ha establecido ciertos objetivos que no podrían lograrse a menos que *B* haga *X*. Por ende, en el marco de los procesos políticos internacionales, Holsti (1964) identificaría a partir de la relación causal anteriormente descrita, varios elementos: 1) La "influencia" (un aspecto del poder), sería esencialmente un medio para un fin; 2) El "acto" también implicaría una base de capacidades<sup>18</sup> que el actor usaría o movilizaría para influir en el comportamiento de *B*; 3) El acto de influir en *B* involucraría una relación entre *A y B*, aunque la relación podría no contemplar la comunicación; 4) Si *A* puede hacer que *B* haga algo, pero *B* no puede hacer que A haga algo similar, entonces podría afirmarse que *A* tiene más poder que *B* en comparación con esa acción; por lo tanto, el poder podría ser cuantificable, solo si llegara a ser comparado con el poder de otros (por lo que sería relativo).

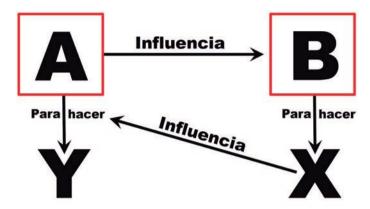
<sup>18</sup> Una "capacidad" sería cualquier objeto o calidad física o mental disponible como un instrumento de incentivo. Por ejemplo, suponiendo que un ladrón entrase en un banco y le pidiera al cajero que le dé todo su dinero, pero el empleado observase que el ladrón no cuenta con un arma, podría negarse a cumplir con su orden. En este caso, el ladrón ha tratado de influir en el comportamiento del cajero del banco, pero ha fracasado. Sin embargo, si en la siguiente oportunidad el ladrón regresara armado con una pistola, y amenazara con disparar si no se cumple con su demanda, sería posible que esta vez el cajero del banco acate lo que se le exige bajo coerción. En este caso, el ladrón habría movilizado ciertos recursos o capacidades (el arma) e influenciado al empleado para que este haga lo que desea el delincuente. Por ende, el arma del ladrón, al igual que las fuerzas militares de un Estado, no sería sinónimo del acto de influencia, pero si el instrumento que se utilizaría para inducir al cambio de comportamiento del otro.

En consecuencia, para Holsti (1964) el poder podría verse desde varios aspectos: sería un medio, se basaría en capacidades, sería una relación y un proceso, y también podría ser cuantificable. En ese orden de ideas, al formular la política y la estrategia para alcanzar ciertos objetivos, los Estados formularían explícita o implícitamente las siguientes cuatro preguntas siguientes (Holsti, 1964): 1) Dados los objetivos de A, ¿qué se desearía que haga o no haga B?; 2) ¿Cómo se debería hacer para que B haga o no haga X?; 3) ¿Qué capacidades estarían a disposición de A para inducir a B a hacer o no a hacer X?; 4) ¿Cuál sería la respuesta probable de B a los intentos de A, de influir en su comportamiento?

Pues bien, Singer (1963) señalaría que el ejercicio de la influencia implicaría algo más que la capacidad de A para cambiar el comportamiento de B, ya que el ejercicio de la influencia no necesariamente cesaría una vez que B haya hecho X, en razón a que la "influencia" sería un continuo proceso de reforzamiento del comportamiento de B. Sin embargo, el poder sería "situacional", en la medida en que se ejercería dentro de un marco de objetivos; A también podría desear que B haga W, Y y Z, lo que podría ser incompatible con el logro de X. No obstante, "sería casi imposible encontrar una situación en la que B no tuviese también alguna influencia sobre A, lo cual supondría que la influencia sería, en realidad, multilateral" (Holsti, 1964, p. 182).

Según Holsti (1964), A rara vez buscaría un objetivo particular a menos que haya sido influenciado en una dirección determinada por las acciones de otros Estados en el sistema internacional; como mínimo, existiría el problema de la retro-alimentación en cualquier relación: si B cumpliera con los deseos de A y hace X, ese comportamiento podría hacer que A cambie su comportamiento, tal vez en el interés de B. Por ejemplo, que Estados Unidos, después de hacer ciertas amenazas económicas, obligase a China a presionar seriamente a Corea del Norte en el desmonte de su capacidad nuclear. Este parecería ser una influencia unidireccional; sin embargo, cuando China lograse que el régimen de Kim Yung Un iniciara el proceso de desnuclearizar la península coreana, esa acción podría hacer que Estados Unidos recompense a China de alguna manera, como, por ejemplo, abandonando la guerra comercial y la eliminación de aranceles al 25% sobre productos chinos (figura 3).

Sería importante señalar que la cantidad de veces que un Estado se involucraría en actos de influencia dependería del nivel general de participación de ese actor en el sistema internacional; como resultado, el primer requisito para intentar ejercer influencia sería la percepción de que *B* estaría relacionado, de alguna manera, con el logro de los objetivos de *A*, y que por lo tanto existiría algún tipo de relación



**Figura 3.** Retroalimentación de la influencia. Fuente: elaboración propia, con base en Holsti (1964).

de interdependencia. Es decir, cuanto mayor fuese la participación de un actor en el sistema, mayor sería la necesidad de ejercer influencia sobre otros actores. Por ejemplo, a excepción de algún intercambio comercial muy limitado, habría poca percepción de la interdependencia entre Colombia y Etiopia, por lo cual sería poco necesario que el gobierno colombiano intentase influir en las políticas internas o externas de ese país africano.

También existiría un tipo de relación en la que A, queriendo que B haga X, aun así, no trataría de influir a B, por temor a que este haría Y, lo que resultaría desfavorable para A. Por ejemplo, Colombia podría desear obtener un sistema de defensa antiaéreo de China, pero no solicitaría tal sistema de defensa por el temor a que China insistiría en ciertas condiciones para su venta, que podría comprometer, por ejemplo, la actual postura diplomática de Colombia en contra del régimen antidemocrático de Maduro en Venezuela. Esta reacción "anticipada", también podría ser multilateral, donde A, por desear que B haga X, no intentaría que lo haga, porque teme que C (un tercer actor), haga Y (desfavorable para los intereses de A); por ejemplo, Colombia desearía comprar aviones caza de Rusia, pero no buscaría influenciar a Rusia para venderlas, por temor a que Estados Unidos (C) podría tomar represalias económicas o diplomáticas contra Colombia. En esta situación, los Estados Unidos (C) tendrían evidentemente influencia sobre las acciones del gobierno colombiano, a pesar de que hipotéticamente no ha intentado deliberadamente influir en Colombia sobre este asunto en particular. El gobierno colombiano simplemente percibiría que hay una probabilidad relativamente alta de que, si busca influir en Rusia, los Estados Unidos reaccionarían de manera contraria a los intereses colombianos. Finalmente, A podría tratar de influir en B para que no haga X. Esto se podría denominar poder "negativo", en la medida que A actuaría de cierta manera para evitar una determinada acción de B, a la cual consideraría indeseable para sus intereses.

#### 4.1 Formas de empleo del poder

Como pudo haberse evidenciado en los apartados anteriores en este capítulo, a medida que evolucionaba la disciplina de las relaciones internacionales, la rígida interpretación del poder comenzaría a cambiar paulatinamente. A lo largo de los años, varios analistas habrían tratado de proporcionar fórmulas que pudiesen cuantificar el poder en los asuntos internacionales. Por ejemplo, Cline (1977) publicaría una fórmula para estimar el poder de un Estado (ecuación 1):



**Figura 4.** Fórmula del poder percibido, según Cline. Fuente: elaboración propia, con base en Cline (1977).

Después de ingresar una serie de datos en su fórmula, Cline (1977) concluiría que la Unión Soviética era el doble de poderosa a los Estados Unidos. No obstante, una década después, la Unión Soviética se derrumbaría, lo que significaría el final del periodo de la Guerra Fría y proclamaría a los Estados Unidos como la única superpotencia global. De acuerdo con Nye (1990), la naturaleza cambiante del marco internacional había vuelto a enfatizar el uso de formas intangibles de poder, como la cultura, la ideología y las instituciones, ya que la creciente movilización social hacía que factores como la tecnología, la educación y el crecimiento económico, tuviesen más relevancia que la geografía, la población o los recursos. En correspondencia, Baldwin (2016) aseguraba mientras la importancia del poder militar se había exagerado previamente, se había subestimado el papel de algunas formas de poder no militares. Por ende, un esfuerzo más reciente para crear un índice de poder incluiría los recursos de un país (tecnología, empresa, capital humano, capital financiero), y el rendimiento nacional (restricciones externas, infraestructura, ideas), y cómo estas determinarían la capacidad militar y la competencia en el combate (Tellis, 2000); empero, si bien ilustraría el poder militar relativo, no daría cuenta sobre todos los tipos relevantes de poder, ya que la fuerza militar y la capacidad de combate no

explicarían adecuadamente los resultados, por ejemplo, en el mundo financiero o en fenómenos relacionados con el cambio climático, así como del poder que perecerían esgrimir en la actualidad los actores no estatales<sup>19</sup> (Nye, 2011).

Ello sugeriría que cualquier intento de desarrollar un solo índice de poder estaría condenado al fracaso, porque el poder dependería de las relaciones humanas, las cuales variarían según el contexto; Guzzini (1993) sostendría que la dependencia del poder de la teoría significaría que "no hay un concepto único de poder aplicable a todo tipo de explicación" (p. 446). En consecuencia, Nye (1990) dividiría el poder en dos formas: poder duro (*hard power*) y poder blando (*soft power*), entendiendo el poder como "la capacidad de influir en el comportamiento de los demás para obtener un resultado deseado" (p. 154). En este sentido, el poder duro y el blando podrían considerarse dos formas "puras" de poder. Sin embargo, Nye (2014) también contemplaría una tercera forma de poder, resultado de la combinación de los dos anteriores: poder inteligente (*smart power*).

#### 4.1.1 EL PODER A TRAVÉS DE LA COERCIÓN: PODER DURO O HARD POWER

El "poder duro" se referiría a la habilidad que tiene un Estado para influenciar el comportamiento de otro, por medio del uso o la amenaza del uso de la fuerza, a través de la intervención militar, la aplicación de sanciones económicas o el retiro de ayuda o concesiones financieras, militares, comerciales o diplomáticas. En consecuencia, el poder duro o coercitivo seria la forma más antigua de poder; estaría conectado a la idea de un sistema internacional anárquico, en donde los Estados no reconocerían ninguna autoridad superior a ellas, llevándolos a perseguir estrategias del empleo de poder orientadas a satisfacer su propio interés. Entonces, el poder duro se definiría como la capacidad que tendría A de alcanzar sus objetivos, a través de acciones coercitivas que obliguen a B a hacer algo que cumplirían con los intereses de A, pero no necesariamente los de B.

Históricamente, el poder duro se habría medido según criterios como el tamaño de la población, el territorio, la geografía, los recursos naturales, la fuerza militar y la fortaleza económica. Estos elementos tangibles de poder se podrían emplear de manera manifiesta o simbólica, para obligar a otros actores a someterse o a cumplir con los propios intereses; por ende, el poder duro de un Estado dependería de la capacidad coercitiva que tendría sobre otros Estados, ya que según Waltz

<sup>19</sup> En términos militares, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) sería un enano en comparación con las Fuerzas Militares de Colombia; sin embargo, el impacto de este grupo terrorista se basaría menos en el tamaño de sus fuerzas, que, en los efectos teatrales de sus acciones y narrativas, y en las reacciones exageradas que pudiesen llegar a producir sus actos criminales. En ese sentido, la acción delictiva y terrorista sería como el deporte del *jiu-jitsu*, en el que el jugador más débil usaría la fuerza del más poderoso contra sí mismo.

(1979), "en la política internacional, la fuerza sirve no solo como último recurso, sino como el primero y el más constante" (p. 32). Por el contrario, y según la visión de los realistas, las fuentes de poder intangibles (blandas), no podrían ofrecer las garantías suficientes a la Seguridad y la Defensa.

Si bien la amenaza o el uso de la capacidad militar sería más difícil de emplear en la actualidad, debido en parte al crecimiento por el respeto a los derechos humanos, esta dificultad no significaría que la fuerza militar haya perdido su capacidad distintiva para asegurar algunas decisiones políticas (Garay Acevedo y Guecha, 2018). Si bien la calidad de la justificación requerida para el uso de la fuerza militar ha aumentado, no significaría necesariamente que la relevancia militar haya desaparecido. De acuerdo con Gray (2011), la utilidad de la fuerza variaría según la cultura y las circunstancias, y tanto para bien como para mal, los códigos éticos se adaptarían y se aplicarían bajo la presión de circunstancias más o menos estresantes; lo que un Estado autorizaría o toleraría a través del comportamiento militar efectuado en su nombre, dependería hasta cierto punto de cuán desesperados y determinados sean sus políticos, militares y estrategas. Además de la voluntad de usar su enorme capacidad militar, el ejercicio exitoso del poder duro supondría la existencia de una relación asimétrica muy marcada, en la cual el actor más débil estaría atado al apoyo político, militar o financiero del actor más poderoso, permitiéndole al actor más poderoso a emplear su influencia para obtener ciertos resultados del actor más débil (Nye, 1990).

Armitage y Nye (2007) plantearían cuatro argumentos por los cuales el uso del poder duro sería cada vez más difícil de aplicar: 1) el elevado costo económico que implicaría el uso de la fuerza militar; 2) el crecimiento de la democracia en el sistema internacional ha servido para demostrar la inutilidad de la coacción y la fuerza, ya que los actores que soportarían la mayor carga de tal coacción y fuerza (la sociedad), tendrían influencia sobre los tomadores de decisiones y podrían generar sólidos impedimentos frente al uso de la fuerza y la coacción; 3) la modernización y la asistencia socioeconómica y política disminuirían aún más la utilidad del poder duro; y 4) al hacer que las poblaciones modernas sean más sensibles a sus problemas económicos, se ha permitido que en determinados casos tenga más peso una sanción económica que una acción militar. Finalmente, el crecimiento de las organizaciones y regímenes internacionales en la posguerra ha incrustado a los Estados con mayor firmeza en las redes de cooperación: en efecto, los Estados funcionarían cada vez más en un mundo de leyes y normas, donde las acciones unilaterales podrían ser contraproducentes. Razones por las cuales, el poder blando e inteligente habrían tomado mayor relevancia (Armitage y Nye, 2007).

#### 4.1.2 EL PODER A TRAVÉS DE LA PERSUASIÓN: PODER BLANDO O SOFT POWER

El "poder blando" se referiría a la habilidad que tiene un Estado para influenciar el comportamiento de otro, por medio persuasión<sup>20</sup> o la atracción, que permitiese configurar las preferencias del otro, sin el uso de la fuerza o la coacción, sino a través de activos intangibles como la cultura, valores políticos, instituciones y políticas económicas que se considerarían legítimas o con autoridad moral (Nye, 2004). Entonces, el poder blando se definiría como la capacidad que tendría A de alcanzar sus objetivos, a través de acciones persuasivas que convenzan a B a hacer algo que cumplirían con los intereses de A, pero también con los de B; razón por la cual, la legitimidad sería un aspecto central para el poder blando.

Una de las raíces del poder blando se remontaría al argumento de Lukes en la "tercera cara" del poder (Lukes, 2005), que ya se mencionó anteriormente. Las dos primeras caras del poder describirían cómo se podría usar el poder para lograr que *B* haga lo que quisiera *A*, incluso si es contra su propia voluntad. A la inversa, la tercera cara del poder describía cómo el poder podría usarse para que *B* ajuste sus preferencias, deseos o pensamientos con los de *A*. También podría rastrearse las raíces del poder blando a Carr (1946), quien dividiría el poder en tres categorías: poder militar, poder económico y poder sobre la opinión. Los poderes militares y económicos serían obviamente los atributos del poder duro, mientras que el poder sobre la opinión una variante del poder blando de Nye.

De acuerdo con Nye (2008), el poder blando de un Estado se basaría principalmente en tres recursos: 1) cultura (conjunto de prácticas que crean significado para una sociedad); 2) valores políticos (representados en las políticas gubernamentales que guarden relación con los ideales que buscaría cumplir dicho Estado); 3) política exterior (cuando se la considera legítima y con autoridad moral). Por lo tanto, cuando un Estado pudiese atraer y convencer sinceramente a otros con el uso de su cultura, valores políticos y conjunto de prácticas gubernamentales, se consideraría que dicho actor tendría un poder blando efectivo; por ejemplo, los Institutos Confucio de la República Popular de China serían un instrumento

<sup>20</sup> La persuasión sería la influencia social de las creencias, actitudes, intenciones, motivaciones y comportamientos, destinado a cambiar la actitud o el comportamiento de un actor hacia algún evento, idea, objetivo o interés. Buscaría guiar hacia la adopción de una idea, actitud, o la acción mediante significados racionales y simbólicos.

<sup>21</sup> La "primera cara" del poder se asociaría con Dahl (1961), quien afirmaría que un actor que ganase un argumento o un problema tendría el poder. Alternativamente, Bachrach y Baratz (1962) argumentarían que el enfoque de Dahl (1961) descuidaría una "segunda cara" de poder, representada en la capacidad de establecer la agenda (Baldwin, 2012). Posteriormente, Lukes (2005) introduciría la "tercera cara" del poder, ilustrada en la ya mencionada capacidad de A para hacer que B haga algo que B no haría de otra manera, pues afectaría las preferencias, los deseos o pensamientos de B.

del poder blando chino, tal como Hollywood podría ser una capacidad del poder blando de los Estados Unidos. Sin embargo, al evaluar los componentes del poder blando de Nye (2008), McClory (2011) ampliaría los recursos del poder blando de los Estados en 5 categorías: 1) gobierno (valores políticos del país); 2) cultura (conjunto de prácticas que crean significado para la sociedad); 3) diplomacia (política exterior); 4) educación; y 5) negocios/innovación.

Como el poder blando sería una herramienta que se ejecuta de forma indirecta, Nye (2004) plantearía que es "más difícil de manejar, porque muchos de sus recursos fundamentales están fuera de control de los gobiernos, y sus efectos dependen en gran medida de la aceptación de las audiencias receptoras" (p. 99). En consecuencia, ejercer poder blando requeriría de un trabajo de largo plazo, ya que, por ejemplo, cambiar las actitudes extranjeras sería un proceso gradual que tomaría años en producir los resultados esperados (Nye, 2004). A las características propias del poder blando, debe añadirse un factor que puede facilitar o a su vez dificultar el uso de sus herramientas: el acceso a la información. Los avances tecnológicos han permitido que una gran parte de la población tenga mayor disponibilidad de la información. En consecuencia, los gobiernos no solo compiten por la credibilidad con otros gobiernos, sino con una "amplia gama de alternativas, incluidos los medios de comunicación, corporaciones, organizaciones no gubernamentales, intergubernamentales, organizaciones y redes de comunidades científicas" (Nye, 2004, p. 106).

Una herramienta que permitiría enfrentar este nuevo reto de los Estados sería la diplomacia pública, encargada de crear un entorno propicio para la implementación de políticas gubernamentales entre la opinión pública nacional o extranjera. La diplomacia pública tendría tres dimensiones: 1) las comunicaciones diarias, en donde la prensa extranjera debería ser el objetivo más importante; 2) la comunicación estratégica, que se encargaría del manejo de las crisis y la información engañosa; 3) la construcción de vínculos duraderos a través de becas, intercambios, capacitación, seminarios, conferencias y acceso a los canales de los diferentes medios. Cada una de las tres dimensiones jugaría un papel importante en la construcción de una imagen atractiva del país.

Sin embargo, una estrategia de comunicación no podría llegar a funcionar si el poder duro la contrarresta, ya que las "acciones hablan más que las palabras" (Nye, 2004, p. 109). Al respecto podrían plantearse dos soluciones para lograr un balance entre el poder duro y el poder blando. La primera sería el uso de las empresas del sector privado, que se encargarían de aplicar la diplomacia pública de forma indirecta, para llegar a públicos distintos a los cuales el Estado no lograría alcanzar por

su cuenta, o asumiendo ciertos riesgos en los intercambios culturales; por ejemplo, podría ser difícil para los gobiernos invertir recursos públicos en arte que solo atraería a las élites y ofendería los gustos populares (Rosenberg, 1982). La segunda opción sería generar las acciones a través de fondos encubiertos de las agencias de inteligencia, como sucedería en "las primeras etapas de la Guerra Fría, [cuando] la Agencia Central de Inteligencia apoyó de forma encubierta los presupuestos de organizaciones culturales" (Ninkovich, 1981, p. 176).

En efecto, los militares y las agencias de inteligencia jugarían un papel importante en la generación de poder blando; el desarrollo de la confianza y las relaciones a largo plazo con sus pares en el extranjero mediante la cooperación militar, la transferencia de conocimiento y el intercambio de inteligencia, podría tener un efecto poderoso en otros países y en los acontecimientos mundiales. En varias ocasiones, tales canales de influencia no estarían disponibles a través de la diplomacia ordinaria; de hecho, en el caso de Estados Unidos, algunos observadores estimarían que los cinco comandantes militares de Estados Unidos en los comandos de combate geográficos.<sup>22</sup> tendrían más recursos y un mejor acceso local a dichos territorios, que los propios embajadores estadounidenses (Priest, 2000).

#### 4.1.3 PODER INTELIGENTE O SMART POWER: PODER DURO + PODER BLANDO

Maquiavelo diría que era más seguro ser temido que ser amado. En la actualidad, sería "mejor ser ambas cosas" (Armitage y Nye, 2007, p. 6). En efecto, pereciera que, en la actualidad, algunos Estados fuesen cada vez más sofisticados en el uso de sus instrumentos de poder. Por ejemplo, sin desconocer ciertas fallas significativas, el liderazgo de la República Popular de China habría venido desplegando sus recursos de poder de manera estratégica; ya que las decisiones en política exterior de Xi Jingping y sus asesores reflejarían un análisis sofisticado del mundo, al desplegar una serie de instrumentos de poder "duros" y "blandos" de manera equilibrada e integrada, que permitirían la consecución de sus objetivos políticos y el avance de sus propósitos nacionales.

La principal diferencia entre el poder duro y el poder blando se podría entender de la siguiente manera: las estrategias de poder duro se centrarían en la intervención militar, la diplomacia coercitiva y las sanciones económicas para hacer cumplir los intereses nacionales (Art y Waltz, 1996; Cooper, 2004; Campbell y O'Hanlon, 2006). En contraste con el poder coercitivo, el poder blando sería la capacidad de

<sup>22</sup> AFRICOM: Comando de los Estados Unidos de África; EUCOM: Comando Europeo de los Estados Unidos; NORTHCOM: Comando del Norte de los Estados Unidos; INDOPACOM: Comando Indo-Pacífico de los Estados Unidos; SOUTHCOM: Comando Sur de los Estados Unidos.

persuadir a otros para que hagan lo que uno quisiera (Nye, 1990b), lo que abarcaría todas las estrategias del empleo del poder no sea el obligar al otro a través del poder económico y militar (Cooper, 2004). Por ende, el poder inteligente podría entenderse como la capacidad de un actor para combinar elementos de poder duro y blando de manera que se refuercen mutuamente, lo que permitiría promover los objetivos del actor de manera efectiva y eficiente (Wilson, 2008)

Para Nye (2014), el poder inteligente sería la habilidad de combinar los recursos del poder blando y del poder duro en estrategias eficaces. Asimismo, el Departamento de Estado de los Estados Unidos definiría el poder inteligente como la integración eficaz y la actuación en red de la diplomacia, la defensa y otros instrumentos de los poderes duro y blando. Un marco conceptualmente sólido para el poder inteligente debería basarse en algunas consideraciones adicionales (Wilson, 2008): 1) conocer la naturaleza interna y el contexto global del actor sobre el cual se buscaría ejercer el poder, ya el poder no podría ser "inteligente" si se llegase a ignorar los atributos de las poblaciones y regiones objetivo; 2) autoconocimiento y comprensión de los propios objetivos y capacidades, debido a que el poder inteligente requeriría que aquel que ejerce el poder, supiese que busca su país, así como su voluntad y capacidad para lograr dichos objetivos; 3) tener claro cuál sería el contexto regional y global más amplio dentro del cual se llevaría a cabo la acción.

Ahora bien, la relación entre los dos componentes del poder inteligente (el poder duro y el blando), sería complicada, compleja e interactiva, ya que los dos no son sustitutos perfectos ni complementos perfectos, aunque a menudo se refuerzan entre sí. Por ejemplo, la posesión del poder duro en sí mismo podría hacer que un Estado sea un modelo para seguir en una variedad de formas, ya que los grandes arsenales militares y las estrategias militares exitosas podrían generar un poder blando significativo, al aumentar el respeto y la admiración por parte de otros Estados, como habría sido el caso de Colombia en la región, gracias a su experticia en la lucha contra las drogas y guerra contrainsurgente.

De acuerdo con Gallarotti (2015), otro efecto interesante de la interacción entre los dos tipos de poder sería que el uso de un conjunto de recursos podría economizar o mejorar la necesidad de otro conjunto de recursos, ya que una imagen positiva podría crear resultados dentro de límites tan favorables para un Estado que realmente reduciría su necesidad de usar recursos duros para lograr el cumplimiento en temas importantes. Por ejemplo, una reputación de lealtad podría atraer a más aliados, cuya lealtad propia podría llegar a viciar la necesidad del gasto de recursos para alcanzar los objetivos de la política exterior (Chavarro Miranda, Grautoff Laverde y Riaño Cruz, 2017). Además, aceptar restricciones en

acciones unilaterales, a través de la ratificación de un tratado, podría no afectar negativamente las posiciones relativas de poder duro, si tal acción fomentase restricciones similares por parte de otros Estados, como sería el caso de los tratados de reducción de armamento. Por lo tanto, una reducción del poder duro podría ser compensada por un efecto de poder suave.

Finalmente, el estar familiarizado con el repertorio completo o el inventario de los instrumentos del gobierno para el empleo del poder inteligente, así cómo y cuándo implementarlas individualmente y en combinación, sería una condición necesaria en el ejercicio de la proyección de influencia del Estado, ya que el poder inteligente significaría conocer las fortalezas y limitaciones de cada instrumento. Además, se necesitaría tener la capacidad de reconocer cuándo usar un tipo de poder en lugar de otro para lograr los intereses nacionales, según el contexto. Esto estaría relacionado con la sabiduría de saber cómo combinar los elementos del poder coercitivo con el poder de persuadir e inspirar a la emulación. Por ende, sería útil estar familiarizado con instancias pasadas de combinaciones efectivas de poder duro y blando, como guías para el presente y el futuro. Alcanzar el poder inteligente requeriría una ingeniosa combinación de elementos conceptuales, institucionales y políticos en un movimiento de reforma capaz de sostener las innovaciones de la política exterior en el futuro.

# 4.2 Estrategias de empleo del poder

La palabra "estrategia" se podría emplear de tres modos. Primero, como la designación de los medios empleados para alcanzar un cierto fin (se trataría de la racionalidad empleada para el logro de un objetivo). Segundo, para designar la manera en que un compañero en un cierto juego actuaría con relación a lo que cree debería ser la acción de los otros, y lo que él considera que los demás pensarían que es suyo (sería la obtención de ventajas sobre otros). Y tercero, como designación de los procedimientos utilizados en una situación de confrontación que privaría al oponente de sus medios de combate, obligándole a abandonar la lucha (tratándose, por lo tanto, de los medios destinados a obtener la victoria).

Estos tres significados se combinarían en situaciones de confrontación o competencia, en donde el objetivo sería actuar sobre un adversario, de tal manera que la lucha fuese imposible para él; entonces la estrategia se definiría por la elección de soluciones ganadoras. Sin embargo, según Foucault (1982), también se podría hablar de una estrategia propia de las relaciones de poder, en la medida en que constituirían modos de acción sobre la acción posible o la acción de otros. Por lo tanto, se podría interpretar los mecanismos que entrarían en juego en las relaciones de poder, en términos de estrategias.

#### 4.2.1 ESTRATEGIA DE DEFENSA (STRATEGY OF DEFENSE)

La estrategia de defensa sería una predecesora del derecho internacional a la legítima defensa, que es enmarcaría en la tradición occidental de guerra justa. La tradición de guerra justa sería una conversación sobre la legitimidad de la guerra que se viene desarrollando desde hace dos mil años,<sup>23</sup> en busca de establecer en qué circunstancias serían justificables algunas guerras y otras no. Para ello, las normas de la guerra justa se dividirían generalmente en dos listas: las que regirían la decisión de iniciar la guerra (jus ad bellum) y las que regirían su conducta (jus in bello); empero, se vendría formulando en los últimos años un tercer grupo de normas que regirían la conducta de los victoriosos, una vez terminada la guerra (*jus post bellum*). El jus ad bellum<sup>24</sup> contendría 4 criterios sustanciales: 1) intención correcta: los individuos deberían hacer la guerra en pro del bien común, y no en busca del engrandecimiento personal ni por odio al enemigo; 2) justa causa: que solería limitarse a la autodefensa, la defensa de otros, la restauración de la paz, la defensa de los derechos y el castigo de los infractores; 3) proporcionalidad de los fines: si el daño global que podría causar la guerra sería menor que el causado por el mal que se intentaría corregir; 4) uso de la Fuerza como último recurso: ;sería la única manera o la más proporcionada de reparar el daño sufrido? Por su lado, el jus in bello<sup>25</sup> contendría 3 normas básicas: 1) principio de discriminación: los no combatientes nunca deberían ser atacados deliberadamente; 2) principio de Proporcionalidad: solo se podría atacar objetivos militares cuando su valor militar es mayor que la destrucción previsible que resultara del ataque; 3) los combatientes no deberían usar armamento prohibido y su conducta, además, no debería violar las leyes de la guerra.

Desde comienzos del siglo xx, tomaría forma un consenso que sostendría que el *jus ad bellum* y el *jus in bello* serían dos tipos de derecho separados. Según Walzer (1977), la guerra siempre sería juzgada dos veces y los dos juicios serían independientes, ya que el *jus ad bellum* entraría a fiscalizar a los líderes políticos que tendrían la potestad de establecer los objetivos políticos de la guerra (es decir, cuando se va a la guerra), mientras que el *jus in bello* consideraría la responsabilidad de los soldados en su forma de actuar ya estando en guerra, si se toma en cuenta

<sup>23</sup> Aunque la tradición de guerra justa tendría sus orígenes en Grecia y Roma, habría civilizaciones previas que intentarían limitar la guerra. Por ejemplo, los hindúes, egipcios y hebreos formularían reglas que regían el tratamiento humano de prisioneros y no combatientes en tiempos de guerra.

<sup>24</sup> El *jus ad bellum* sería el término utilizado para referirse a la rama del derecho que definiría las legítimas razones que un Estado tendría para entrar en guerra.

<sup>25</sup> El *jus in bello* sería un término usado para referirse a la rama del derecho que definiría las prácticas aceptables mientras se está en guerra.

que una guerra justificable podría librarse injustamente, y una guerra injusta podría librarse justamente.

Por lo tanto, una estrategia de defensa sería el conjunto de modos a través de los cuales se permitiría el uso legítimo de las capacidades de poder de un Estado, para la garantía de sus intereses más importantes (seguridad y desarrollo), no solo en términos militares, sino también económicos, políticos, diplomáticos, etc. Es decir, una estrategia de defensa que utilizaría una o varias de las capacidades del poder nacional. Desde el punto de vista operacional, una postura defensiva no sería necesariamente una postura pasiva, ya que como lo afirmaría Clausewitz, "la forma defensiva de la guerra no es un simple escudo, sino un escudo formado por golpes bien dirigidos" (Gat, 1988, p. 20). Para Clausewitz (1976), la destrucción de las fuerzas enemigas sería un medio muy efectivo en la garantía de la defensa en un nivel inferior, lo cual no significaría que el potencial de combate del adversario siempre tendría que ser completamente neutralizado. El objetivo siempre sería, en palabras de Hart (1929), lograr una situación estratégica tan ventajosa que, si no produjera por sí misma la decisión, su continuación en la batalla estaría garantizada para hacerlo.

En este contexto, podría evidenciarse que la defensa en un nivel superior siempre sería congruente con una ofensiva en un nivel inferior. En última instancia, el propósito de las operaciones militares sería político; por lo tanto, el definir un objetivo ofensivo o defensivo dependería de las concepciones políticas, tanto éticas como legales (Frühling, 2009). En este orden de ideas, la estrategia de defensa podría implicar acciones ofensivas; en un compromiso defensivo, el propósito del elemento de retención sería absorber el empuje del enemigo, mientras que el elemento de ataque se dirigiría hacia el enemigo, antes de que pueda explotar cualquier avance. Esta sería la base sobre la cual descansaría la doctrina de guerra preventiva adoptada por los Estados Unidos en respuesta a los ataques terroristas del 11 septiembre de 2001.

Según Ørebech (2014), si bien los Estados miembros de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) estarían obligados a abstenerse de la amenaza o el uso de la fuerza, la defensa propia estaría legitimada, siempre y cuando se produzca de acuerdo con las disposiciones contenidas en el Artículo 51 de la Carta de la ONU. Este artículo reconocería específicamente el "derecho inherente a la autodefensa individual o colectiva"; por ende, si se produjera un "ataque armado", es decir, el abuso militar y físico de personas o instalaciones en el país atacado, el Estado atacado tendría un derecho inherente a enviar fuerzas para combatir al agresor, siempre y cuando la fuerza sea necesaria y proporcionada. El propósito y las inten-

ciones serían fundamentales para aquel Estado que implementaría una estrategia de defensa; y debido a que la regla de la autodefensa sería parte del derecho consuetudinario, no tendría que ser aprobada previamente por la comunidad internacional o el Consejo de Seguridad de la ONU.

#### 4.2.2 Estrategia de disuasión (Strategy of Deterrence)

En correlación con la estrategia de defensa, la estrategia de disuasión sería una estrategia para la paz y no para la guerra, ya que estaría diseñada a persuadir a los adversarios de que una agresión de cualquier tipo sería la menos atractiva de todas las alternativas. De acuerdo con Gray (2000), la "disuasión se referiría al efecto que produce un actor que decide no tomar medidas que de otra manera se hubieran tomado, debido a la creencia o la fuerte sospecha de que tales acciones podrían derivar en consecuencias intolerables" (p. 18). La disuasión induciría a ciertos Estados a disuadir, no a coaccionar u obligar, por lo que el efecto psicológico sería su principal propiedad, mientras que las intenciones opuestas su principal objetivo, en los cuales las capacidades de poder del antagonista permanecerían intactas.

Además, los Estados "disuasores" deberían proteger a los principales protagonistas y aliados en todo el espectro de la guerra política, económica, tecnológica, social y militar, preferiblemente antes de que ocurriese el conflicto, pero también durante su conducta, por si se hiciera necesario contener la escalada y concluir las hostilidades en términos aceptables. Las aplicaciones secundarias de una estrategia de disuasión buscarían desalentar a los aliados y actores no afiliados de seguir cursos de acción que impactarían negativamente en los propios intereses nacionales; ya que los aliados, por ejemplo, podrían cambiar de "bando", a menos que los incentivos no los convenzan de lo contrario.

Por lo tanto, tres características serían claramente quintaesénciales en una estrategia de disuasión: 1) amenazas de castigo; 2) promesas de recompensa; 3) capacidades conectadas. Sin embargo, la lógica de la disuasión sería mucho más complicada que los principios básicos que la definirían, ya que la esencia sería evitar que un adversario iniciase un ataque por temor a las consecuencias que la respuesta a este le traería. Para ello, en el sistema debe haber dos condiciones claras: 1) que los actores empleen las amenazas como elemento disuasorio, para hacer evidentes las consecuencias negativas de un ataque; 2) la capacidad del "disuasor" y "disuadido" para calcular los costes y beneficios del ataque, bajo el modelo del actor racional. En términos generales, este modelo postularía que la toma de decisiones de un oponente se seguiría de un proceso estructurado y predecible de percepciones, normas, objetivos y valores, en los cuales el adversario determinaría sus condiciones

específicas e identificaría cursos de acción alternativos, así se estimarían las posibles consecuencias de dichos cursos de acción y se elegiría el que más conviniese (Payne, 2011).

En este sentido, la era nuclear obligaría a Estados Unidos y la Unión Soviética a reconfigurar sus estrategias de seguridad nacional con base en el modelo de actor racional, sobre la base de su propia capacidad nuclear y la del adversario, lo que dejaría atrás las estrategias de defensa tradicionales. Por ende, desde que Estados Unidos lanzara las bombas nucleares sobre Hiroshima y Nagasaki, este tipo de armas se habrían convertido en la piedra angular de la estrategia de disuasión nuclear, que desecharía el enfrentamiento armado como forma de resolver los conflictos entre Estados nucleares. La disuasión se basaría en la consideración de que los riesgos de emprender una guerra, donde pudieran emplearse este tipo de armas, sería inasumible para cualquier Estado, por cuanto aseguraría su propia destrucción (Teoría de la Destrucción Mutua Asegurada). Por ello, la eficacia de la disuasión nuclear sería una de las principales razones por las que la Unión Soviética y los Estados Unidos evitaron a toda costa el enfrentamiento directo, a lo largo del periodo de Guerra Fría. No obstante, para que una estrategia de disuasión sea exitosa, requeriría de la credibilidad de las capacidades de poder que tenga un Estado, así como la voluntad que tendría ese Estado en emplearlas (Morgan, 2012). Es decir, la credibilidad sería "producto de dos factores, uno técnico que representa el valor operativo de los medios militares de represalia y el otro, subjetivo, expresa la voluntad de la nación amenazada para usar la fuerza" (Freedman, 2003, p. 42). Entonces, para hacer una amenaza creíble, debe tenerse la capacidad técnica de ejecutarla, y debe estar dispuesto a llevarla a cabo a pesar de los costos que probablemente se acumulen como resultado.

Un buen ejemplo que ilustraría una preferencia por la defensa estratégica sería Bizancio o el Imperio Romano de Oriente, un actor que estaría en guerra durante la mayor parte de su historia. De no haber favorecido estrategias disuasivas, los comandantes bizantinos habrían agotado sus recursos luchando en demasiados frentes simultáneos (Cimbala, 2008). En cambio, supieron innovar, adaptándose a las diversas culturas estratégicas de sus adversarios y encontraron las resistencias adecuadas para cada una de ellas. La política bizantina, totalmente volcada hacia la eficacia, utilizaría todos los recursos de la diplomacia antes que recurrir al uso de la fuerza, ya que se servía de un adversario contra otro, lo que constantemente producía aliados indirectos, compraba la paz cuando se podía evitar la guerra, y estaba siempre al corriente, gracias a sus agentes, del estado de ánimo y de los proyectos de los adversarios. En consecuencia, Bizancio utilizaría la diplomacia

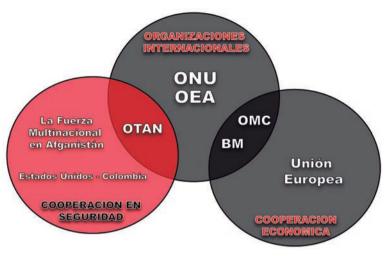
para obtener aliados contra los enemigos más inmediatos y así minimizaría el riesgo de ataques inesperados y dividiría enemigos potenciales contra sí mismos.

## **4.2.3 Estrategia de alianzas y coaliciones** (strategy of alliances and coalitions)

No existiría una definición unificada del concepto de alianza; en términos generales, podría referirse a casi a todo, desde una cooperación de partidos políticos, a la cooperación militar entre Estados, hasta una cooperación empresarial entre empresas privadas. Otros términos relacionados y parcialmente superpuestos serían los pactos de "defensa colectiva", "defensa multipartidista" y "seguridad colectiva", "asistencia de seguridad", "unión", "confederación", "coalición", "liga" u "organización internacional". Sin embargo, como el concepto derivaría del ámbito militar, podría entenderse en términos generales como una forma de cooperación en materia de seguridad entre Estados (Oest, 2007).

Snyder (1997) definiría las alianzas como "asociaciones formales de los Estados para el uso (o no uso) de la fuerza militar, en determinadas circunstancias, en contra de Estados fuera de su propia membresía" (pp. 13-14); es una definición limitada que enfatizaría que los compromisos serían formales, el carácter de la alianza sería la fuerza militar y el objeto de la cooperación estaría dirigida explícitamente contra otro Estado o alianza de Estados. Las definiciones más amplias del concepto de "alianza" o "alineación" no harían hincapié en el compromiso formal en la misma medida que las definiciones limitadas. La definición de Walt (1987) sería la más representativa y ampliamente utilizada entre las definiciones más amplias; de acuerdo con Walt (1987), una alianza sería un "acuerdo formal o informal de la cooperación de seguridad entre dos o más Estados soberanos" (p. 12). Por lo tanto, este sería un concepto más amplio que la estrecha definición de Snyder (1997). En la definición de Waltz (1979), el grado de compromiso no estaría definido y el carácter de la cooperación sería la seguridad defensiva, aunque insistiría en que el objetivo es contrarrestar otros Estados.

En suma, las definiciones amplias argumentarían que las alianzas, en relación con el compromiso, podrían ser tanto formales como informales, y el objeto de la cooperación a quién estaría dirigida en contra no siempre se definiría explícitamente. Además, no definirían el carácter específico de la cooperación, a excepción de que sea en materia de seguridad. Entonces, las alianzas se podrían definir de manera amplia o limitada si se toma en cuenta la existencia de tres características que las diferencian entre sí: compromiso, objeto y carácter. En este sentido, una segunda definición de alianza podría llegar a ser "la cooperación explicita de seguridad formal o informal entre dos o más Estados soberanos" (Oest, 2007, p. 15).

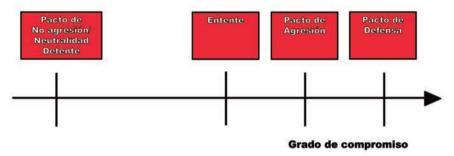


**Figura 5.** Diferentes formas de cooperación internacional. Fuente: elaboración propia, a partir de (Oest, 2007).

Como puede observarse en la figura 5, las diferentes formas de cooperación para la seguridad en el círculo rojo serían manifestaciones de la cooperación organizada en materia de seguridad internacional; podrían constituirse desde una alianza formal de defensa militar institucionalizada de larga duración como la OTAN, hacia una informal como el acuerdo de cooperación en seguridad entre Colombia y Estados Unidos. Y en algún lugar entre estas dos formas de cooperación para la seguridad, es decir, de una cooperación formal pero no institucionalizada, se situaría la Fuerza Multinacional militar en Afganistán, dirigida contra el régimen del Talibán y Al-Qaeda.

En este orden de ideas, habría un consenso entre los académicos en que las formas de cooperación se ven caracterizadas por tres variables: compromiso, objeto y carácter. El compromiso se referiría tanto al grado como a la forma de compromiso en la cooperación; el grado oscilaría entre una relación estrecha, buenas relaciones, relaciones fluidas, a las de intensa hostilidad y qué tipo de promesa es inherente al compromiso de defensa mutua o simple consulta. Mientras que la forma podría ser formal e informal, institucionalizado o *ad hoc*. El compromiso podría ser mutuo o unilateral, lo que cubriría un espectro más amplio; históricamente se ha visto que es posible tener alianzas formales entre Estados con relaciones frías o intensamente hostiles, como, por ejemplo, el Tratado de amistad soviético-egipcio de 1971. Por su parte, el objeto de la cooperación se referiría a contra quien se dirige la cooperación, es decir, si se dirige directamente contra otro Estado o alianza de Estados. Finalmente, el carácter de la cooperación se referiría a los medios que se utilizan en

la cooperación, que pueden ser militares, diplomáticos, entre otros (Snyder, 1997). Ahora bien, una manera de determinar qué tipo de alianza sería una cooperación en seguridad consiste en caracterizar el nivel de cooperación; una vía ampliamente aceptada sería la de tres tipologías de Singer y Small (1969), utilizada desde hace 50 años en los estudios de las alianzas (figura 6).



**Figura 6.** Tres tipologías de Singer y Small + 1. Fuente: elaboración propia, a partir de (Singer y Small, 1969).

Los "pactos de neutralidad" o de no agresión serían aquellos compromisos para permanecer militarmente neutral; por su parte, los "ententes" serían compromisos para consultar con o cooperar en una contingencia militar, mientras que los "pactos de disuasión", "tratados de defensa" o "pactos de defensa" serían los compromisos que obligarían a los signatarios a intervenir militarmente en nombre de los otros si estos fuesen atacados, como se contemplaba en el Tratado Interamericano de Ayuda Reciproca (TIAR). Si se aplicase una definición limitada de alianza como la de Synder (1997), tan solo los pactos de defensa y los pactos de agresión serían considerados alianzas, ya que este autor distinguiría específicamente entre ententes y alianzas. Sin embargo, si se aplicase una definición más amplia de alianza como la de Waltz (1979), las cuatro categorías podrían ser definidas como alianzas.

Combinando el grado de compromiso (es decir, lo cerca que están los Estados entre sí) y el tipo de alianza (es decir, lo que se han prometido unos a otros), este modelo de alianzas se podría ilustrar mediante una metáfora de relación afectiva, comparando los pasos en una relación de una alianza con los pasos en una "historia de amor"; las alianzas han sido a menudo comparadas con un matrimonio, aplicándose por ejemplo, a la relación estratégica entre Estados Unidos y sus aliados europeos. Mearsheimer (2001) ha argumentado que las alianzas son, en general, matrimonios temporales de conveniencias, ya que los aliados de hoy, podrían ser los enemigos de mañana y viceversa.

Р	PASOS EN UNA RELACION AFECTIVA	PASOS EN UNA RELACION DE ALIANZAS	
1	Enemigos, tal vez resentidos ex amantes	Enemigos	China Rusia durante La Guerra Fría
2	Conocidos, llegando a conocerse	Normalización; Pacto de Neutralidad/Detente	Años 80 - Desmilitarización de la frontera sino-soviética
3	Amigos	No Agresión	
4	Coqueteo, "echando los perros"	Reuniones formales e informales	1996 - Shanghai Five
5	Citas, saliendo juntos	Cooperación esporádica informal	1997 – Definición de la frontera binacional
6	Compromiso	Entente, cooperación formal y extensiva	2001 – Organización de
7	Matrimonio	Alianza de Defensa	Cooperacion de Shanghai

**Tabla 1.** Proceso de enamoramiento-alianzas

Fuente: elaboración propia, a partir de (Oest, 2007).

Las "alianzas" y "coaliciones" serían frecuentemente utilizadas como sinónimos tanto en las declaraciones políticas como en la literatura académica. No obstante, académicos como Dibb (2002) definiría las coaliciones como acuerdos de cooperación militar de carácter temporal. Asimismo, Snyder (1997) enfatizaría el corto tiempo, mediante la apreciación de que las coaliciones se disolverían después de haber logrado el objetivo específico al que se propusieron desde un principio. En el mismo sentido, Morrow (1986) haría hincapié en la duración limitada, mientras que Weitsman (2004) utilizaría directamente el término *ad hoc*<sup>26</sup>.

Por ende, las "coaliciones" no podrían ser definidas como una amplia definición del concepto de "alianzas", sino como una subcategoría muy específica de "alianzas". Por tanto, las coaliciones serían: "la cooperación institucionalizada *ad hoc* no formal e informal en materia de seguridad, formada entre dos o más Estados soberanos como una respuesta a una situación específica y con el fin de realizar una tarea específica" (Oest, 2007, p. 21). En este orden de ideas, las coaliciones formadas en relación con los conflictos podrían por sus medios y fines, ser divididos en tres subgrupos:

<sup>26</sup> Ad hoc sería una locución latina que significaría literalmente "para esto". Generalmente se referiría a una solución específicamente elaborada para un problema o fin preciso y, por tanto, no generalizable ni utilizable para otros propósitos. En sentido amplio, ad hoc podría traducirse como "específico", "especial" o "especializado".



**Figura 7.** Subgrupos de coaliciones. Fuente: elaboración propia, a partir de (Oest, 2007)

Las alianzas internacionales han sido siempre un objeto central de estudio de las teorías en relaciones internacionales, al menos por tres razones: 1) las alianzas serían vistas como formas centrales de la cooperación internacional y como indicadores visibles de los compromisos que los Estados establecen entre sí; 2) las alianzas serían a menudo vistas como medios de la política exterior de los Estados; y 3) las alianzas se relacionarían con el brote, la prevención, difusión y los resultados de la guerra y los conflictos internacionales. Por tanto, para entender la guerra, también sería necesario entender las estrategias de las alianzas y las coaliciones. En resumen, para comprender plenamente la dimensión de la cooperación y conflicto en la mutua relación entre los Estados, también habría que comprenderse la estrategia del empleo del poder a través de las alianzas y las coaliciones. La Teoría de Balanza de Poder de Waltz (1979) sería una de las teorías dominantes es el estudio de las alianzas, 27 en la cual se sugeriría que los Estados forman alianzas para equilibrar

<sup>27</sup> Las alianzas podrían estudiarse desde distintas propuestas teóricas tales como: 1) Teoría de juegos de Morrow (Morrow, 1991); 2) Teoría de Elección Racional de Smith (Smith, 1995); 3) Teoría de la Gran Estrategia de Posen (Posen, 2002); Modelo del Bien Público de Sandler (Sandler, 1993); 4) Teoría de la Balanza de Poder del Realismo Clásico (Morgenthau, 1948); 5) Teoría de la Balanza de Poder del Neorrealismo (Waltz, 1979); 6) Teoría de la Balanza de Poder de la Amenaza (Walt, 1987); 7) Teoría de la Paz Democrática (Siverson y Emmons, 1991; Simon y Gartzke, 1996; Mousseau, 1997; Haas, 2003; Gibler y Wolford, 2006); 8) Teoría de los Incentivos Económicos (Mansfield, 1994; Dorussen, 1999; Long, 2003; Powers, 2004); 9) Teoría Económica de los Bienes Públicos (Olson y Zeckhauser, 1966; Gates y Terasawa, 1992; Sandler, 1993; Palmer y David,

a Estados o coaliciones de Estados más fuertes, por dos razones: en primer lugar, mediante la alineación contra el poder más fuerte o el poder hegemónico potencial, los Estados asegurarían que no habría un Estado que dominará el sistema. Al hacerlo, estabilizarían el sistema y por lo tanto se establecería una nueva balanza de poder. En segundo lugar, al unirse a la parte más débil y más vulnerable, los Estados aumentarían su influencia relativa en la coalición más débil. Waltz (1979) argumentaría que, si las potencias medias o regionales son libres de elegir, acudirían a la parte más débil porque es el lado más fuerte el que los amenaza; en el lado más débil serían más apreciados y se sentirían más seguros, siempre y cuando la coalición a la que se uniesen logre suficiente fuerza defensiva o disuasiva para disuadir a los adversarios de atacar. Según Waltz (1979), las alianzas estarían conformadas por Estados que tienen algunos, pero no todos sus intereses en común. Ese interés en común sería, sobre todo, el temor de otros Estados.

Para entender el uso de esta estrategia resultaría muy interesante el estudio de Resnick (2015), que presentó el fenómeno del liderazgo de la alianza en tiempos de guerra, a través del prisma conceptual de poder inteligente de Nye (2014), para ello usó como ejemplo a los Estados Unidos como líder de alianzas. En este orden de ideas, Resnick (2015) plantearía dos argumentos. El primer argumento es que las fuentes del poder blando diferirían sustancialmente durante tiempos de paz y de guerra, ya que en gran medida se encontrarían más allá del control de los políticos. Por ende, las tres fuentes principales del poder blando (cultura, valores políticos y legitimidad) de la política exterior, solo operarían en un contexto de paz; en cambio, durante la guerra, el poder blando del líder provendría de fuentes diferentes; la magnitud de la amenaza externa que enfrentaría un Estado, el poder del líder de la alianza para enfrentar esa amenaza y la provisión del líder de la alianza para tener una comunicación efectiva con sus socios. El segundo argumento es que las alianzas serían forzadas a mantenerse a través del despliegue de poder duro y suave. El uso de poder duro por parte del líder de la alianza para coaccionar sus socios debería variar inversamente con la cantidad de poder blando que posee, lo que daría paso al poder inteligente (Resnick, 2015)

De acuerdo con Resnick (2015), para los Estados Unidos los principales intereses de seguridad nacional serían la defensa de su territorio soberano y mantener un equilibrio de poder en las tres regiones que son estratégicamente más importantes para ellos: Europa, Asia y el Golfo Pérsico. La forma más rentable y prudente

<sup>1999); 10)</sup> Teoría Liberal Estructural (Deudney y Ikenberry, 1999); 11) Teoría de la Etnicidad (Huntington, 1996; Davis y Moore, 1997); 12) Teoría del Constructivismo (Wendt, 1987; Barnett y Levy, 1991; Adler y Barnett, 1998; Buzan y Wæver, 2003); y 13) Teoría de la Estabilidad Hegemónica de Kupchan (Kupchan, 1998).

de lograr estos fines sería confiar en los actores locales para hacer el trabajo de contrarrestar el surgimiento de potenciales regionales. Entonces, los Estados Unidos lograrían que los intereses de los actores regionales estén aún más directamente comprometidos, y evitaría que Washington quede involucrado en peleas locales y conflictos que serían tangenciales a sus intereses vitales. En consecuencia, el hecho de que Estados Unidos tengo menos necesidad de gastar en recursos de poder duro agregaría un importante elemento adicional de ahorro. Las guerras dirigidas por los Estados Unidos pasarían de ser campañas de contrainsurgencia, para lo cual habría tenido que desplegar un gran poder duro en forma de sobornos y recursos condicionados para la guerra, para lograr de esta forma mejorar la cooperación aliada y prevenir las deserciones, en un contexto de redistribución del poder y la influencia en el sistema internacional.

#### **4.2.4 Estrategia de intervención** (STRATEGY OF INTERVENTION)

La intervención aparentaría ser una forma menos problemática del empleo del poder, ya que se aplicaría en casos de violaciones a los Derechos Humanos o cuando la seguridad colectiva de los Estados se vería seriamente amenazada. La intervención sería una lente interesante a través de la cual se examinaría el propósito de la fuerza entre los Estados, porque establecería las condiciones limítrofes para dos instituciones centrales de la vida internacional, la soberanía y la guerra. En términos generales, las políticas de intervención definirían la soberanía y el Estado, ya que la condición necesaria para la soberanía entre los Estados sería el principio de "no intervención" (Finnemore, 2003).

En efecto, si los Estados fuesen Estados solo porque tuviesen control sobre la fuerza dentro de su territorio, y otros Estados reconociesen ese control, entonces la intervención militar sería un desafío explícito a la soberanía. Si los Estados interviniesen libremente desde el punto de vista militar en los asuntos de los demás cada vez que se obtuviera alguna ganancia, el sistema internacional sería muy diferente al actual. Las asimetrías de poder continuarían siendo enormes en el sistema internacional, y la gran mayoría de los más de 190 Estados soberanos del mundo, no podrían montar en la actualidad una defensa significativa si una de las grandes potencias decidiera intervenir militarmente.

Empero, la noción de intervención habría recibido un empuje cualitativamente nuevo y diferente en los últimos treinta años, ya que la intervención se definiría cada vez más en términos de propósitos u objetivos que se diferenciarían radicalmente de aquellos objetivos tradicionales que se esperaba que la intervención alcanzara antes de la década de los noventa. Se supondría que estos nuevos objetivos

serían humanitarios y universales, en vez de políticos y estratégicos y, por lo tanto, de naturaleza específica (Ayoob, 2002). Por lo tanto, se pretendería que la intervención sea llevada a en nombre de la comunidad internacional, en lugar de ser llevado a cabo por un Estado o una coalición de Estados; es decir, los Estados que emprenderían la intervención se describirían como agentes de la comunidad internacional.

Por ende, la intervención humanitaria generalmente no sufriría de cuestionamientos legítimos, ya que, así como ganar las guerras, también el asegurar la paz sería una responsabilidad preeminente del aparato de defensa y de la política exterior de los Estados. Entonces, las Operaciones de Mantenimiento de la Paz (OMP), no incluidas en la Carta Fundacional de la ONU, se habrían convertido en una herramienta fundamental de esta organización en la búsqueda de la paz y seguridad internacional, así como el de algunos Estados en proyectar su influencia a través de canales multilaterales. No obstante, el hecho de no estar contemplada en la carta, la intervención humanitaria deja muchos de sus principios de funcionamiento con un vago apoyo jurídico; faltarían además las definiciones sobre cómo debe planearse una misión de paz de última generación, cuáles son sus objetivos principales y con qué áreas críticas cuenta una misión de este tipo para asegurarse una consecución eficaz del mandato que la contiene.<sup>28</sup>

Durante la Guerra Fría, la estrategia de intervención a través de las OMP, tenía como principal misión el mantenimiento de cese el fuego y la estabilización de situaciones tensas sobre el terreno para lograr avances a nivel político y así lograr la resolución del conflicto por medios políticos. Una misión típica tradicional constaba de observación, monitoreo, patrullas de reconocimiento, sobrevuelos, etc., con el fin de informar, y siempre con el acuerdo de las partes. También incluía la supervisión del alto el fuego, la creación de zonas desmilitarizadas la investigación de violaciones, etc. Estas misiones tradicionales eran esencialmente militares en su carácter y pretendían impedir una violación al acuerdo de paz, lo que ayudaba a crear condiciones en las que la única vía de llegar a la paz final fuese por medio de la negociación. Uno de los principales problemas de estas antiguas misiones, era que no tenían un papel directo a la hora de resolver el conflicto por vía política.

Esto provocaría que otros actores, como las organizaciones regionales, trabajasen durante largos periodos de tiempo para conseguir la transición y salida del contingente después de haber llegado a un acuerdo entre las partes. Por otro lado,

<sup>28</sup> En setenta años de vida de las OMP, se ha echado de menos una doctrina que defina cómo debería ser una misión de este tipo, cómo se ejecutaría, cómo se realizaría su transición o cómo se llevaría a cabo su salida del área. El mayor logro sería la Doctrina Capstone de 2008, que abarcaría y compilaría todas estas áreas, antes diseminadas en cartas, informes y recomendaciones de Estados miembros para buscar una mejor eficacia en las OMP.

los mandatos eran ambiguos o mediaban los intereses de algún país miembro del Consejo de Seguridad (como los Estados Unidos o la Unión Soviética), esto generaba en la opinión internacional la certeza de la inutilidad de la organización además del gasto absurdo de tiempo y dinero. Opinión que provocaría aún en la actualidad, la reticencia en la participación de misiones por parte de algunos Estados, que se negarían a emplear sus tropas o personal al servicio de una organización controlada por unos pocos, y con mandatos poco convincentes e incapaces tanto de conseguir los objetivos para los que fueron enviados, como de proporcionar la seguridad de sus hombres en el área de conflicto.

Sin embargo, con el fin de la Guerra Fría, la estrategia de las Naciones Unidas en el mantenimiento de la paz cambiaría drásticamente; y el Consejo de Seguridad empezaría a trabajar más activamente para conseguir la contención y la resolución pacífica de conflictos cada vez más regionales. Estos conflictos regionales, basados en disputas de recursos o poder dentro de una misma frontera, son los que mejor definirían lo que estaría ocurriendo en África en estos momentos. Es por ello por lo que el 80% de la capacidad militar y de personal al servicio de las OMP de las Naciones Unidas se encontraría en este continente. De acuerdo con Olson et al. (2011), sería posible asegurar que un número importante de guerras civiles se habrían provocado por el deterioro del conflicto dentro de los primeros cinco a diez años del término de este; razón por cual, la transformación a esta nueva realidad geopolítica mundial habría dado lugar a las OMP de última generación, conocidas como omp multidimensionales. Estas operaciones serían desplegadas en un entorno peligroso tras un conflicto interno, con personal combinado-conjunto militar y policial, y con capacidades civiles para apoyar la ejecución de un acuerdo de paz (Fernandez-Osorio, 2017).

Algunas de estas operaciones habrían sido enviadas tras un requerimiento previo de las autoridades nacionales para apoyar la transición a un Gobierno legítimo en ausencia de un acuerdo de paz. En otras circunstancias más excepcionales, el Consejo habría autorizado estas modernas operaciones para asumir temporalmente las tareas legislativas y administrativas del Estado, con la finalidad de apoyar la transferencia de un Gobierno soberano a otro hasta que las cuestiones de soberanía hayan sido completamente resueltas; o para ayudar a Estados a establecer estructuras administrativas, judiciales y de seguridad que no habían existido previamente, o no eran respetadas.

El Estado modelo actual donde se desplegaría una OMP, sería un Estado con capacidad muy débil de proporcionar seguridad a su población y mantener el orden público. Por lo tanto, una OMP moderna tendría como objetivos principales (Mamdani, 2010): 1) crear un entorno seguro y estable mientras se refuerza la

capacidad del Estado para mantener la seguridad, con total respeto a los derechos humanos; 2) facilitar el proceso político, con el fin de fomentar el diálogo y la reconciliación y de apoyar el establecimiento de instituciones de gobierno legítimas y efectivas; 3) proporcionar un marco seguro donde tanto las Naciones Unidas como otros organismos internacionales puedan desarrollar sus actividades en la zona de manera segura, coherente y coordinado; 4) Supervisar y observar el cumplimiento del cese el fuego mediante el apoyo operacional en las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado; 5) garantizar la seguridad de instalaciones de seguridad gubernamentales, puertos y otras infraestructuras vitales; 6) establecer las condiciones de seguridad para la libertad de desplazamiento de la población y bienes, así como la asistencia humanitaria; y 7) asistir al desminado

Entre los objetivos que buscaría cumplir una misión de última generación, que no se contemplaba entre las tradicionales, sería el de jugar un papel directo en los esfuerzos políticos para resolver el conflicto. Mientras el despliegue de la misión actuaría a corto plazo como inhibidor de la violencia, el conflicto podría volver a estallar en cualquier momento, bien fuese a medio o largo plazo. Por ello, estas nuevas OMP buscarían la puesta en práctica de una serie de medidas críticas que aseguren la prevención de la violencia, que incluirían (Mamdani, 2010): 1) restaurar las funciones del Estado para proporcionar seguridad y mantener el orden público; 2) fortalecer el respeto al derecho internacional humanitario y el respeto a los derechos humanos; 3) apoyar la creación de instituciones políticas legítimas y facilitar su operación; y 4) promover la recuperación económica, el desarrollo social y el entorno de los desplazados y refugiados por el conflicto y su reasentamiento.

Otros programas de construcción de la paz en una OMP multidimensional contemplados en el mandato propuesto por el Consejo de Seguridad incluirían: 1) procesos de DDR (Desarme, Desmovilización y Reintegración) de los combatientes; 2) desminado; 3) reformas del sector de seguridad y otras actividades de respeto al Derecho Internacional Humanitario; 4) asistencia electoral; y 5) apoyo a la restauración y extensión del Estado.

## 4.2.5 Estrategia de compromiso (STRATEGY OF ENGAGEMENT)

En la frontera entre el empleo del poder y la proyección de influencia, se encontraría la estrategia del compromiso. El objetivo de la estrategia sería reducir el potencial uso de la fuerza, mediante tratados, convenios, etc. Intentaría emplear todas las capacidades de poder en un esfuerzo por construir comunidades con intereses comunes; las alianzas militares serían un ejemplo en el campo de la seguridad, mientras que los bloques económicos, los tratados de libre comercio, entre otros,

lo serían en el campo comercial. Entre más relaciones tuviese un Estado con otros actores del sistema, y entre más compromisos adquiriese con instituciones supranacionales y el derecho internacional, más susceptible sería ese Estado a la influencia del poder blando.

#### 4.2.6 Estrategia de obligación (Strategy of Compellence)

La estrategia de obligación estaría directamente asociada con el poder "duro", entendida esta última como "el arte de influir en el comportamiento de los demás a través de las amenazas" (Schelling, 1966, p. 70). Por lo tanto, forzar a un adversario a hacer algo sería un acto de obligación, constreñimiento o imposición. Es decir, una estrategia de obligación sería aquella en la que un Estado obligaría a otro Estado a actuar, por lo general con el uso de la amenaza de la fuerza o del castigo. Tal coerción (que con frecuencia se usaría cuando la disuasión ha fallado), sería el uso más obvio del poder. Y precisamente por ser tan obvia, sería también muy difícil de poner en práctica, en parte porque el adversario sintiéndose obligado, no desearía rendirse (así sea tan solo por mantener su reputación, evitar la humillación, o sostener su posición).

No obstante, la obligación suele ser confundida a menudo con la disuasión; sin embargo, tendrían diferencias en varios aspectos. De acuerdo con Dekker (2010), la mayoría de ellos corresponderían a algo así como la diferencia entre la "estática" y la "dinámica", ya que la disuasión implicaría preparar el escenario y esperar, en el cual el acto abierto dependería del adversario. La obligación, por el contrario, generalmente implicaría iniciar una acción (o un compromiso irrevocable a la acción), que solo podría cesar, o volverse inofensivo, solo si el adversario responde favorablemente. El acto manifiesto, el primer paso, estaría a la altura de la amenaza competitiva; para disuadir, uno establecería un campo minado, y esperaría, en aras de la inacción. Para obligar, uno obtendría suficiente impulso (en sentido figurado, pero a veces "literalmente") para hacer que el otro actúe, ya que el objetivo de la estrategia de obligación sería "hacer", mientras que el de la estrategia de disuasión buscaría "evitar" que alguien haga algo. En resumen, la diferencia entre el uso de la amenaza para hacer que un adversario haga algo, y una amenaza destinada a evitar que inicie algo, sería la diferencia básica entre obligación y disuasión. En otras palabras, la obligación llamaría a la acción, mientras que la disuasión llamaría a la inacción; la una promovería el inicio de una acción, versus la otra, que propondría preparar el escenario y esperar; mediante una se obliga y con la otra no se es hostil (tabla 2).

Disuasión llama a la inacción

Requiere menos esfuerzos coercitivos

No es hostil, intrusiva o provocativa

Obligación llama a la cooperar

**Tabla 2.** Disuasión versus obligación

Fuente: elaboración propia.

Una aplicación de esta estrategia sería el bombardeo de la OTAN contra Yugoslavia en 1999, conocido también como *Operation Allied Force* (Thies, 2003). Estados Unidos pretendió obligar a los serbios a suspender las hostilidades contra los albaneses en Kosovo a través de bombardeos aéreos que abrirían paso a la guerra, iniciada unilateralmente y sin autorización del Consejo de Seguridad de la ONU. La estrategia de obligación, aplicada para coaccionar a otros, frecuentemente sería implementada por los gobiernos para librar guerras asociadas por el control territorial, a lo cual Pape (1990) denominaría "coerción militar". El poder aéreo sería frecuentemente catalogado como una herramienta coercitiva de la obligación; es por ello por lo que en la mayoría de los casos, en el desarrollo de esta estrategia, la primera y principal acción de poder son bombardeos aéreos. No obstante, opiniones contrarias indicarían que "una guerra aérea se entiende mejor como un último recurso que ocurre solo después del fracaso de los intentos de disuadir o forzar mediante amenazas verbales y gestos amenazantes" (Thies, 2003, p. 244).

#### **4.2.6 Estrategia de contención** (*Strategy of Contention*)

Por contención se entendería la acción desarrollada por un Estado o grupo de Estados, con el fin de impedir la expansión ideológica, política, económica o estratégica de otro Estado fuera de su acordada o presunta "esfera de influencia". En este sentido, la contención sería la principal estrategia mediante la cual los Estados Unidos libraría la Guerra Fría, en contra de la Unión Soviética; y si bien tenía una variedad de significados en sus inicios, terminaría evolucionando a lo largo de los cuarenta y cinco años de existencia. Los objetivos clave de la contención durante la Guerra Fría sería el de limitar la propagación del poder soviético y la ideología

comunista; sin embargo, la contención nunca fue pensada como una estrategia defensiva; por el contrario, sería concebida como un instrumento para lograr la victoria de los Estados Unidos en la Guerra Fría.

Sería importante señalar que, aunque el término "contención" se utilizaría por primera vez para la estrategia en la década de los cuarenta, se producirían importantes precedentes históricos conocidos por los estadounidenses y los europeos. Por ejemplo, en la década de 1850 las fuerzas antiesclavistas de los Estados Unidos desarrollarían una estrategia de contención para detener la expansión de la esclavitud y forzar su colapso. Después de la revolución comunista de 1917 en Rusia, hubo llamamientos de los líderes occidentales para aislar al gobierno bolchevique, que parecía decidido a promover la revolución mundial; en marzo de 1919, el Primer ministro francés, Georges Clemenceau, llamaría a un cordón sanitario o "anillo de los Estados no comunistas" para aislar a la Unión Soviética, mientras que el presidente Woodrow Wilson pediría en cambio una "cuarentena", casi que comparando al comunismo con una enfermedad contagiosa. Asimismo, el Acuerdo de Múnich de 1938 sería un intento de contener la expansión nazi en Europa, mientras que, en el frente oriental, los Estados Unidos tratarían de contener la expansión japonesa en Asia entre 1937 a1941, a lo cual Japón reaccionaria con el ataque a Pearl Harbor.

Pero en su acepción moderna, la estrategia de contención sería formulada por Kennan (1946), quien sería designado como ministro consejero en la embajada de Estados Unidos en Moscú en 1944. Dos años después de su labor, escribió el famoso "telegrama largo" (1946), en donde advertía sobre la política interna de la Unión Soviética en general y con respecto a la negación de compromiso con el poder rival, reflejado en el ideal "que el trabajo constructivo solo puede comenzar cuando domina el poder comunista" (1946, 4ta parte); así mismo, propuso la que sería la política exterior estadounidense para enfrentar las aspiraciones comunistas soviéticas. En el extenso documento sostendría que el poder soviético era "impermeable a la lógica de la razón" pero "muy sensible a la lógica de la fuerza" (1946, 5ta parte). En 1947, fue publicado un artículo denominado *The Sources of Soviet Conduct*, del cual el autor aparecía con el seudónimo de Mr. "X"; no obstante, todos, incluso en la Unión Soviética, sabían que había sido escrito por Kennan. En ella, Kennan (1947) expondría su ideal de "doctrina de contención", refiriéndose al Kremlin (comunismo), a partir de la siguiente metáfora con el agua:

Es una corriente fluida que se mueve constantemente, donde sea que se le permita moverse, hacia un objetivo determinado. Su principal preocupación es asegurarse de que haya llenado todos los rincones disponibles en la cuenca del poder mundial. Pero si encuentra barreras inexpugnables en su camino, las acepta filosóficamente y se

adapta a ellas. Lo principal es que siempre debe haber presión, presión constante e incesante, hacia el objetivo deseado. (Kennan, 1947, p. 575)

Pero Kennan tenía en mente más que la contención de la expansión soviética; creía que la Unión Soviética era fundamentalmente débil debido a que sus habitantes estaban física y espiritualmente cansados, especialmente por la vulnerabilidad de su economía y los sucesos políticos vividos desde el reinado del Zar Nicolás II. Por consiguiente, argumentaba que los problemas que afectaban al país eran endémicos del sistema, y que no podrían ser superados. En el mismo texto, bajo los mismos lineamientos afirmaría, que "la presión soviética contra las instituciones libres del mundo occidental es algo que puede contenerse mediante la aplicación hábil y vigilante de la contrafuerza en una serie de puntos geográficos y políticos en constante cambio" (Kennan, 1947, p. 576). Aquello se traducía en aislar a la Unión Soviética en favor de su propio estancamiento, junto con financiar y sostener a los países vulnerables como forma de detener su avance, además de insertar presencia militar en esas zonas.

En noviembre de 1948, el recién formado Consejo Nacional de Seguridad aprobaría una política que enumeraba los objetivos de los Estados Unidos con respecto a la Unión Soviética; en tiempos de paz, así como tiempos de guerra, los objetivos de Estados Unidos serían: 1) reducir el poder y la influencia de la Unión Soviética a los límites en que ya no constituyera una amenaza para la paz, la independencia nacional y la estabilidad del concierto mundial de naciones; y 2) lograr un cambio fundamental en la conducción de las relaciones internacionales de la Unión Soviética, y así hacerlo cumplir con los propósitos y principios enunciados en la Carta de las Naciones Unidas. Pero a pesar de haberse formulado la estrategia de contención, los funcionarios de Estados Unidos no tenían ideas precisas, en 1947 y 1948, sobre la forma de aplicar la contención, ya que ¿debería la contención aplicarse en todas partes? o ¿en términos exclusivamente militares?

Inicialmente, en lo que se conocería como la Doctrina Truman, el presidente de Estados Unidos propondría la ayuda militar a Grecia y Turquía, y declararía que Estados Unidos se opondría a la expansión del totalitarismo en cualquier lugar; pero sus asesores rápidamente reconocerían que tenían que calcular cuidadosamente las prioridades, y decidieron concentrarse en la reconstrucción económica de Europa occidental (en lugar de un rearme militar), erosionar el apoyo a los partidos comunistas de Francia, Italia y Grecia, así como el de gestionar la revitalización de Alemania occidental y Japón, con el propósito de cooptar su futuro poder. En consecuencia, Estados Unidos anunciaría, en junio de 1947, el Plan Marshall o

European Recovery Program para la reconstrucción de Europa. Pero muy rápidamente los funcionarios de Estados Unidos comenzarían a pensar que sus esfuerzos en el núcleo industrial de Eurasia, dependía también de contener la influencia comunista y el poder soviético en la periferia del sudeste de Asia, Oriente Medio y África del Norte. Japón, por ejemplo, no podía ser reconstruido sin preservar los mercados y las materias primas en el sudeste asiático y Corea del Sur, para cual, como resultado, se desarrollaría el Plan MacArthur para la reconstrucción económica de Japón, Taiwán y Corea del Sur.

Sin embargo, hacia la década de los sesenta, muchas áreas del globo fueron amenazadas por fuerzas insurrectas dirigidas por los nacionalistas revolucionarios, sujetos a diversos grados de influencia comunista. Por lo tanto, la contención requeriría tomar decisiones difíciles sobre dónde ampliar los compromisos de los Estados Unidos. En este sentido, la administración Truman se daría cuenta de que no tenía los recursos para contener el comunismo y el nacionalismo revolucionario en todas partes; por ello no intervendrían, por ejemplo, a detener la toma de posesión comunista de China. Sin embargo, después de que la Unión Soviética detonara su primer artefacto atómico en agosto de 1949, Truman animaría a sus subordinados a repensar la naturaleza de contención, por lo que la influencia de Kennan se desvanecería, y la mayoría de sus colegas ahora favorecían el rearme, las alianzas militares, y la contención en la periferia.

A principios de 1950, el Departamento de Defensa de los Estados Unidos compondría un nuevo documento de estrategia, la NSC 68. Con el fin de alcanzar estos objetivos de la NSC 68, el rearme militar era indispensable, ya que la contención, después de todo, sería una política gradual de coerción calculada, y sin un poder militar superior, la estrategia no era más que una política de engaño. Si bien el presidente Truman aprobaría la estrategia de NSC 68, dudaría en asignar los recursos financieros para apoyarlo; solo después de que la Guerra de Corea estallara en junio de 1950, se le pediría al Congreso el dinero para financiar el rearme militar previsto en el NSC 68. Por considerar que la agresión de Corea del Norte había sido inspirada por Stalin, Truman desplegaría tropas estadounidenses a Corea y comprometería, a su vez, a los Estados Unidos a contener la expansión de la influencia de la China Comunista; a partir de entonces, la contención asumiría dimensiones globales.

A partir de las siguientes administraciones estadounidenses, la estrategia de la contención fue adoptando nuevas tácticas, en combinación con otras estrategias de empleo de poder, para lograr sus objetivos. Durante la administración de Dwight D. Eisenhower, se apoyaría el derrocamiento de Mohammed Mossadegh en Irán y de Jacobo Arbenz Guzmán en Guatemala, ya que se consideraba para el momento que

los líderes nacionalistas e izquierdistas, carismáticos y populistas, eran hábilmente manejados por los partidos comunistas ligados al Kremlin. Al mismo tiempo, los Estados Unidos apoyarían a los dictadores de derecha, porque consideraban que eran necesarios para contener la propagación de la influencia comunista y el poder soviético, debido a que en caso de que una solo Estado cayera bajo las "garras" del comunismo, se temía que este tendría un efecto "dominó" sobre sus vecinos. Por lo tanto, la estrategia de contención ya vinculaba estrategias de intervención, negación, interferencia, engaño, y otras a su caja de herramientas.

Durante el Gobierno de John F. Kennedy, la estrategia de contención se apoyaría en una política fiscal y monetaria; y si bien haría un llamamiento para una carrera armamentista, unas fuerzas convencionales más flexibles, y unas tácticas de contrainsurgencia más imaginativas, solicitaría al Congreso más ayuda económica para las naciones emergentes de África, Asia y América Latina. Es en este contexto en el cual Kennedy lanzaría la Alianza para el Progreso en América Latina, con la esperanza de una reforma social y agraria, así como una modernización industrial. Tras el asesinato de Kennedy, Lyndon B. Johnson intensificaría los esfuerzos de contener el comunismo, al desplegar más de quinientas mil tropas a Indochina y aumentar el bombardeo en Vietnam del Norte. Con la llegada de Richard Nixon en 1968, se consideraría que la fuerza de Estados Unidos estaría menguando; Nixon tenía la esperanza de que a través de la distensión con Rusia (Teoría del Detente), y el acercamiento con China (Estrategia de Congagement<sup>29</sup>), se podrían manejar el retiro de las tropas estadounidenses de Vietnam y maniobrar a los dos rivales comunistas para que se equilibraran entre sí. Por ende, con promesas de comercio e inversión, se esperaría animar a la Unión Soviética y China a actuar con moderación en Asia y Africa.

Con la elección de Jimmy Carter en 1976, se hablaría de una reconfiguración de la estrategia de los Estados Unidos con ambos Estados, ya que estrechar las relaciones con la Unión Soviética y China parecía más importante que contenerlos. Pero tal pensamiento terminaría abruptamente en diciembre de 1979, cuando la Unión Soviética envió tropas a Afganistán. Ante la debilidad de la Presidencia de Carter en relaciones internacionales, percibida por la opinión pública norteamericana, sería elegido Ronald Reagan en 1980. Por ende, Reagan desplegaría una nueva generación de misiles de alcance intermedio en Europa; en secreto, y a veces no tan en secreto, respaldaría facciones anticomunistas en el tercer mundo, en

<sup>29</sup> Sería una estrategia para contener a un adversario al comprometerlo con las propias reglas de juego (Congagement: contention + engagement).

lugares como Angola y Nicaragua, y apoyaría abiertamente la ayuda militar a los *mujaidines* que luchaban contra las fuerzas soviéticas en Afganistán. Más discretamente, asistiría al movimiento político Solidaridad en Polonia. Además, cuando un nuevo líder soviético, Mikhail Gorbachev, consolidaría su poder e iniciase la reforma de la Unión Soviética a través de las políticas de *glasnost* y la *perestroika*, Reagan entraría en conversaciones sobre el control de armamentos, con el conocimiento que Gorbachov quería limitar los gastos en armamento, y en su lugar, prestar más atención a la revitalización de la economía soviética y la mejora de las condiciones de vida de sus habitantes.

En conclusión, la estrategia de la contención había funcionado; aislada del circuito económico internacional, y obligada a mantener el ritmo de crecimiento en el gasto de defensa para disuadir a Occidente, la Unión Soviética terminaría en bancarrota. En consecuencia, la caída del Muro de Berlín en 1989 y la disolución del Pacto de Varsovia en 1991, dejarían como única potencia hegemónica a los Estados Unidos. Luego de la desaparición de la Unión Soviética y durante la administración de Bill Clinton, Estados Unidos adoptaría una política exterior "estabilizadora" en el sistema internacional, en regiones como el Medio Oriente; entonces, Estado Unidos comenzaría a desarrollar una "contención dual" orientada hacia Irán e Irak. Este concepto sería acuñado por Indyk (1993), quién en un discurso emitido en el Washington Institute for Near East Policy, indicaría que,

el vigor de los Estados Unidos y sus amigos en la región —Egipto, Israel, Arabia Saudita, Turquía y los países del Consejo de Cooperación del Golfo (GCC)—permitirá a Washington contener a ambos regímenes, el de Irak y el de Irán. No necesitamos de uno para contener al otro (p.vii).

Así mismo, Lake (1994) ampliaría el concepto de "contención dual", al reconocer que, si bien la mayoría de los Estados promovían la democracia existían otros que podían alterar el orden. Lake designaría a estos Estados (Cuba, Corea del Norte, Irán, Irak y Libia) como *backlash states*, que por exteriorizar un comportamiento hostil y desafiante planteaban la necesidad de contenerlos.

Como la única superpotencia, Estados Unidos tiene la especial responsabilidad de desarrollar una estrategia para neutralizar, contener e incluso a través de una presión selectiva, eventualmente transformar esos *backlash states* en miembros constructivos de la comunidad internacional. Cada *backlash state* es único en su historia, cultura y circunstancias y la estrategia de los Estados Unidos debe adaptarse adecuadamente [...]. Nosotros procuraremos contener la influencia de esos estados, a veces aislándolos, a veces a través de presión, a veces a través de medidas económicas y diplomáticas. (Lake, 1994, pp. 47-48)

### 4.2.7 Estrategia de negación (Strategy of Denial)

De acuerdo con Sullivan (1995), la negación sería una "estrategia que tiene como objetivo negar la capacidad del enemigo para lograr sus beneficios u objetivos" (p. 7). Es decir, toda estrategia de negación buscaría evitar que los adversarios accedan a capacidades o recursos de poder que pudieran amenazar los propios intereses nacionales. Según Pape (1993), los Estados tomarían decisiones desde una posición racional; por consiguiente, el fin sería buscar conscientemente la obtención de los máximos beneficios, a través de medios tales como la superación de la estrategia militar, que negaría la posibilidad al adversario, alcanzar los mencionados beneficios. De acuerdo con Sullivan (1995), "los Estados realizan evaluaciones de costo-beneficio para determinar el mejor curso de acción. Teóricamente, uno puede forzar a un Estado objetivo elevando los costos esperados a un nivel prohibitivo" (p. 5). Con base en lo anterior, se definiría que la negación sería la acción desarrollada por un Estado o conjunto de Estados, con el fin de impedir el acceso de otro Estado o grupo de Estados a recursos económicos, tecnológicos o de conocimientos dispuestos en el sistema internacional.

La negación dirigiría sus esfuerzos a la voluntad del adversario, ya que intentaría inducir una situación en la que el oponente no tendría la determinación de resistir las demandas de quien ejerce la coerción. Cuando finalmente, y después de une estrategia de negación de ciertos recursos, se deteriorase la voluntad y la determinación del adversario, este quedaría vulnerable al ataque militar, económico o tecnológico. Según Sullivan (1995), la negación haría parte de la teoría de la utilidad, ya que giraría entorno a la relación o comparación del costo-beneficio; bajo esta lógica, un Estado podría participar en una guerra cuando los beneficios esperados excediesen los costos esperados (BE>CE). En tal caso, una estrategia de negación buscaría elevar exponencialmente los costos futuros previstos por el adversario, con la intención de obligarlo a desistir de sus intereses u objetivos (CE>BE). En la Segunda Guerra Mundial, la rendición de Japón como último sobreviviente de las potencias del eje, otorgaría de inmediato la victoria a los aliados. Pape (1993) afirma que Japón implementó la negación de la estrategia militar como medio para su rendición, en razón a que la probabilidad de obtener beneficio era mínima o nula; por su parte, Engelbrecht (1992) atribuiría la decisión al incremento de los costos futuros en la continuación de la guerra, los cuales superaban cuantiosamente el beneficio.

Las estrategias de negación serían difíciles de implementar, ya que por su magnitud requerirían de la cooperación internacional para ser eficaces. Una muestra de ello son las políticas relacionadas con la no proliferación de armas de destrucción masiva, protección de tecnologías críticas, dominio del espacio exterior, entre otras. Durante la Segunda Guerra Mundial las Tesorerías del Reino Unido y de Estados Unidos comenzarían a formular una nueva arquitectura económica mundial, mediante la creación de instituciones financieras multilaterales. En 1942, John Keynes del Reino Unido y Harry White de los Estados Unidos, habían preparado sus respectivos anteproyectos; Keynes recomendaría limitar la participación a unos pocos países, mientras que White adoptaría un enfoque más amplio, al permitir la participación de los 45 países aliados en las sesiones de redacción y en las principales decisiones.

En consecuencia, se celebraría en 1944 la conferencia de Bretton Woods, que buscaría crear 3 instituciones multilaterales: el Banco Mundial (вм), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Internacional del Comercio (OIC). Si bien las dos primeras fueron creadas, la idea de crear la OIC expondría fuertes desacuerdos políticos, por lo que se decidiría establecer como alternativa, una entidad con menos facultades: el Acuerdo General sobre Preferencias Arancelarias (GATT). Estas tres instituciones tuvieron como objetivo estratégico el monopolio del movimiento del capital internacional, así como el establecimiento de las reglas de juego para aquellos Estados que quisieran obtener empréstitos internacionales, negándoles a la Unión Soviética y sus aliados el acceso a capital, tecnología y mercados. Al anular efectivamente la estrategia militar, económica o política del adversario, la negación disminuiría la probabilidad del adversario de lograr los beneficios deseados. La negación también podría referirse al intento de bloquear información que podría ser utilizada por un oponente para alcanzar sus objetivos. Una estrategia de engaño, por el contrario, se referiría al esfuerzo de un Estado para hacer que un adversario crea algo que no es verdad. A pesar de que son actividades distintas, la negación y engaño podrían también entrelazarse en la práctica.

#### 4.2.8 Estrategia de desgaste (Strategy of Attrition)

Una estrategia de desgaste tendría como objetivo erosionar la voluntad de lucha del adversario, mediante la aplicación de la fuerza bruta; en contraposición, una estrategia de maniobra apuntaría a explotar las debilidades en el plan de guerra del adversario para forzar al ejército contrario a una parálisis estratégica. Para hacerlo, el atacante penetraría la línea de defensa e interrumpiría los sistemas de comando y control del oponente, como lo contemplan las guerras de tercera generación (Álvarez *et al.*, 2017b). Una estrategia de desgaste tendería a ser bastante costosa, porque se basaría principalmente en ataques a lo largo de un largo periodo de tiempo, que a menudo conllevan pérdidas considerables de tropas y material.

Además, ofrecería una pequeña posibilidad de lograr una rápida victoria, ya que no podría evitar que el adversario derrotado huya del campo de batalla y reorganice su defensa.

Sin embargo, los Estados con estrategias de desgaste podrían evitar errores de cálculo peligrosos de las capacidades militares y, por lo tanto, tendrían una mejor oportunidad de llegar a un acuerdo diplomático (Lee, 2006). Por lo tanto, las estrategias de desgaste permitirían a los Estados estimar con precisión las capacidades militares de sus oponentes y evitar tomar medidas excesivamente provocativas. En consecuencia, el éxito de la estrategia dependería principalmente del poder material, que sería fácil de medir en comparación con factores no materiales como la sorpresa o el engaño.

En este sentido, una guerra de desgaste sería, en gran medida, contrario del blitzkrieg (Álvarez et al., 2017b). Tanto el desgaste como el blitzkrieg podrían definirse en términos de la relación entre los logros militares y el tiempo, pero difieren entre sí con respecto a esta relación (Kober, 2005), ya que el blitzkrieg apuntaría a grandes logros en un periodo extremadamente corto. Esta cerca de la idea de Maquiavelo de una guerra "corta y grande" (p. 342), o de la idea napoleónica que "la fuerza de un ejército, como el poder en la mecánica, se calcula multiplicando la masa por la rapidez" (Napoleón, 1831, p. 12). Por otra parte, el desgaste se trataría en términos de Clausewitz (1976), de "desgastar al enemigo en un conflicto, [lo que] significa usar la duración de la guerra para provocar un agotamiento gradual de su resistencia física y moral" (p. 93). En otras palabras, una estrategia de desgaste se trataría principalmente de un juego de resiliencia, en el cual se colocaría énfasis en la fuerza de voluntad y la moral del adversario, en lugar de sus capacidades materiales.

Sería importante señalar que mientras las estrategias de maniobras como el blitzkrieg tradicional se habrían restringido a los niveles militares de guerra, la estrategia de desgaste a menudo se relacionaría con el nivel de la Gran Estrategia, y particularmente con las dimensiones sociales y económicas de la guerra. El desgaste se habría venido adaptando con bastante flexibilidad a los cambios en las generaciones de la guerra, e iría ajustando su forma a lo largo de los años (Álvarez et al., 2017b). En general, las guerras de desgaste se habrían alejado del campo de batalla físico, convirtiéndose en una combinación de enfrentamientos militares en el nivel táctico, y de confrontación en el gran nivel estratégico. Y si bien las estrategias de desgaste parecerían estar diseñadas a la medida para adaptarse a las limitaciones del actor que sería militar y tecnológicamente más débil, como ocurriría en las guerras de cuarta generación (Álvarez et al., 2017b), los actores más fuertes también lo

habrían usado de vez en cuando. En efecto, Malkasian (2004) argumentaría que, en Corea y Vietnam, los Estados Unidos (el actor militar más fuerte), preferirían el desgaste como un medio para superar y adaptarse a restricciones estratégicas y operacionales como el riesgo de escalamiento del conflicto (en Corea) o inferioridad numérica (en Vietnam).

Desde la Segunda Guerra Mundial, la estrategia de desgaste se habría vuelto más ofensiva que defensiva, particularmente cuando es usada por libertadores y revolucionarios nacionales. Una guerra de desgaste también podría resultar de un estado de asimetría en las capacidades, equilibradas por la asimetría en la tolerancia de costos de las sociedades respectivas (Rosen, 1972). Por ende, cuatro modelos de desgaste figurarían en el pensamiento militar moderno (Álvarez et al., 2017b): 1) el modelo de Delbruck con relación a Federico el Grande; 2) el modelo tipo "Goliat" de Liddell Hart con base en el frente occidental de la Primera Guerra Mundial; 3) el modelo de guerra popular prolongada de Mao Tse-Tung, con sus respectivas versiones; 4) el modelo de guerra post heroica. Los cuatro modelos reflejarían los diferentes puntos de vista de los pensadores militares respectivos, que surgieron de las realidades particulares de las guerras que presenciaron. También reflejaría el enfoque cambiante de los conflictos de alta intensidad a los de baja intensidad, debido a la importancia y la omnipresencia de los conflictos de baja intensidad en la guerra moderna y posmoderna (Kober, 2002).

Desde la Segunda Guerra Mundial, las democracias se habrían involucrado en modelos de desgaste relacionados a la guerra popular prolongada o a la guerra post heroica. En este sentido, del debate habría girado en torno a sí: ¿se cansarían más fácilmente las democracias en guerras de desgaste, en comparación con otros regímenes? Una de las principales hipótesis de la "teoría del cansancio" de la guerra, es que las democracias serían más propensas al cansancio de la guerra debido a restricciones morales, sociales y políticas (Garnham, 1986); en el mismo tenor, Larson (1996) ha sugerido que los Estados occidentales no tolerarían bajas o pérdidas extensivas para el logro de objetivos poco importantes. La "teoría del cansancio" de la guerra también afirmaría que los jugadores que han experimentado guerras largas o destructivas en el pasado, serían más reacios a participar en conflictos futuros.

Sin embargo, algunos investigadores y filósofos de la guerra han desafiado estas hipótesis (Lake, 1992; Stam, 1996; Reiter y Stam, 2002). Según Reiter y Stam (2002), las pruebas empíricas habrían demostrado que las democracias tendrían más probabilidades de ganar las guerras en las que luchan, ya que la responsabilidad política las obligaría a participar solo en aquellas guerras que probablemente ganarían; y porque las sociedades democráticas tenderían, al parecer, a producir

mejores ejércitos. Los estudios también habrían señalado que a veces es la falta de voluntad por parte de los políticos, que malinterpretan el potencial de resiliencia de la sociedad, lo que explicaría la tolerancia de bajo costo atribuida a las sociedades democráticas, en lugar de un problema crónico de "aguante" (Kull y Destler, 1999). Como descubrirían Maquiavelo (1950) y Tocqueville (1988), las democracias podrían ser muy resistentes y eficientes en la guerra; a pesar de una naturaleza orientada a la paz, una vez que se induciría a tales Estados a librar una guerra que se cree es justa, aun de mala gana estarían dispuestos a sacrificar mucho en el esfuerzo por ganarla; cuando hay intereses vitales en juego, estos Estados sabrían cómo luchar con vehemencia.

# 5. Nuevas categorías del poder en el marco de las guerras de quinta generación

Al término de la Guerra Fría y con el colapso de la Unión Soviética, Estados Unidos lideraría por un tiempo una era de integración global a partir del monopolio del poder blando, y su principal canal de difusión, el ciberespacio. Sin embargo, la popularidad de Internet en los últimos años habría llevado a una difusión del poder blando, en el cual potencias en ascenso estarían impugnando el liderazgo digital de Estados Unidos e impulsando sus propios intereses nacionales. Si bien Estados Unidos había guiado el crecimiento de Internet desde sus orígenes como un pequeño programa del Pentágono, hasta la plataforma global que conecta en la actualidad a más de la mitad de la población mundial, parecería que los Estados Unidos vendría cediendo el liderazgo en el ciberespacio a otros actores, que, como China, buscaría en poco tiempo convertirse en una "superpotencia cibernética". Incluso la heterogeneidad de actores que buscarían utilizar el ciberespacio para sus fines estratégicos escaparía a la lógica exclusiva de los Estados; en efecto, actores no estatales como los grupos extremistas y terroristas, estarían ahora explotando los nuevos medios de comunicación y la cultura juvenil, como poderosas herramientas de reclutamiento e influencia, para comunicar sus puntos de vista y sus cosmovisiones del mundo contemporáneo (Michael, 2012).

Desde su creación, el ciberespacio habría sido reconocido como un nuevo escenario para la competencia entre los Estados, por ser entre otras, la columna vertebral del comercio y la comunicación global. En consecuencia, actores estatales y no estatales estarían utilizando las herramientas de la ciberguerra y la guerra de redes para socavar la confianza, a través de capacidades no militares, como, por

ejemplo, acciones de propaganda, agitación política, sabotaje, crimen, espionaje industrial y político, entre otros, llevados a cabo en, a través o en combinación con el ciberespacio. Por lo tanto, y como resultado de los impactos políticos, económicos, sociales y tecnológicos de la era de la información y de la globalización, parecerían configurarse nuevas dinámicas en la proyección de influencia por parte de los Estados y otros actores no estatales a través del ciberespacio; estos nuevos tipos de poder se ubicarían en el marco de las "guerras de quinta generación", en el cual los escenarios de competencia desbordarían los tradicionales dominios físicos y políticos, <sup>30</sup> hacia los escenarios informativo y cognitivo (Álvarez *et al.*, 2017b). El escenario de la información sería aquel donde se crearía, manipularía y compartiría la información (lo que también abarcaría el ciberespacio), mientras que el escenario cognitivo sería aquel dominio donde surgirían los conceptos decisivos y la Gran Estrategia, donde residiría la voluntad, la intención, la doctrina, las tácticas, las técnicas y los procedimientos (Álvarez *et al.*, 2017b).

El desarrollo de la tecnología de la información ha cambiado la dinámica de los conflictos al crear una capa adicional de complejidad en los espacios de batalla tradicionales. El acceso casi global al entorno virtual crearía numerosas oportunidades para llevar a cabo batallas en línea que afectarían eventos tanto en el dominio físico, como en los sistemas informáticos y en el dominio cognitivo de las actitudes y creencias de las personas. Por lo tanto, la expansión de la guerra para abarcar los escenarios físico, informativo y cognitivo del conflicto significaría que la guerra ya no se limitaría a los adversarios armados, sino que se expandiría para abarcar todos los aspectos de la experiencia humana. Por lo tanto, el ciberespacio sería el campo de batalla dominante en el siglo xxI, en el cual los actores que operarían en dicho entorno obtendrían una serie de ventajas asimétricas (Rosenzweig, 2013): 1) al ser el ciberespacio un campo de batalla de grandes dimensiones resultaría relativamente fácil asegurar el anonimato; 2) las operaciones se podrían realizar sin necesidad de efectuar fuertes inversiones en recursos humanos y materiales; 3) la naturaleza encubierta y sorpresiva de los ciberataques forzaría a la mayoría de los adversarios a adoptar una postura defensiva; 4) Podría operarse desde cualquier parte del mundo con el único requisito de tener acceso al ciberespacio; 5) proporcionaría las herramientas necesarias para que actores más débiles puedan enfrentarse a adversarios más poderosos, con unos riesgos mínimos para ellos.

<sup>30</sup> El escenario físico comprendía los dominios tradicionales de la guerra (terrestre, marítima, aérea y espacial), donde usualmente se proyectaba el poder duro de los Estados, a través de sus instrumentos militares. Por su parte, el escenario político comprendía el dominio de la guerra donde usualmente se proyectaba el poder blando de los Estados, a través de los tradicionales canales de la comunicación, la cultura y la diplomacia.

En las guerras de quinta generación, el mecanismo de derrota<sup>31</sup> a través del uso de los dominios informativo y cognitivo sería el de destruir la conectividad de la información entre las partes de un sistema complejo, lo que conduciría a la destrucción de la voluntad de luchar, ya que los sistemas complejos operan con información fluida y confiable. Este "ciberchoque" buscaría negarle al enemigo la información completa que necesita, a través de la seguridad operativa, las operaciones psicológicas y el engaño, causando como resultado, sorpresa, una sensación de pánico, confusión y desorden, con el objetivo estratégico de que los esfuerzos de un oponente sean irrelevantes por cualquier medio, dejándolo vulnerable a la "implosión" o colapso de sus instituciones políticas, económicas y sociales.

Para lograr estos fines, los medios serían militares y no militares, letales y no letales, en cual la instrumentalización de las redes sociales como "arma de elección" se haría estratégicamente importante, ya que se utilizaría para moldear la opinión pública, movilizar partidarios, coordinar actividades militares y recopilar información para objetivos de orientación; su eficacia ha quedado en evidencia desde las primeras "guerras de Internet" en Kosovo en 1999, hasta el conflicto entre Hezbollah e Israel, la "Primavera árabe" en el norte de África y el Medio Oriente, los conflictos actuales en Siria y Ucrania, los tweets del Presidente Trump, la cosecha de información de usuarios de Facebook por parte de Cambridge Analítica para influenciar las elecciones presidenciales en los Estados Unidos, o los memes políticos de las elecciones presidenciales en Colombia, entre muchos otros.

# 5.1 El poder a través de la manipulación: poder agudo o sharp power

De acuerdo con Walker *et al.* (2017), las técnicas de influencia autoritaria en los últimos años, aunque no serían "duras" en el sentido abiertamente coercitivo, tampoco serían "blandas" en el sentido persuasivo o de atracción. Por ejemplo, la influencia ejercida por China y Rusia, a través de iniciativas en los medios de comunicación, la cultura, los tanques de pensamiento y la academia, no podría ser tipificada como un esfuerzo por compartir ideas alternativas o ampliar el debate político y cultural en el sistema internacional. La naturaleza de los sistemas políticos de Estados como Rusia, China, Venezuela, Corea del Norte, entre otros, haría que emprendiesen iniciativas educativas, culturales, informativas, comerciales y diplomáticas, con una determinación autoritaria de monopolizar ideas, suprimir

<sup>31</sup> Un mecanismo de derrota sería una acción singular dirigida contra un oponente que garantizaría el éxito de un curso de acción determinado.

narrativas alternativas y explotar a las instituciones sociales, lo que sembraría duda y desorden entre sus rivales.

No se trataría entonces de atracción o incluso de persuasión; en cambio, se centraría en la distracción y la manipulación (Walker y Ludwig, 2017). Estos regímenes autoritarios poderosos y ambiciosos, que suprimirían sistemáticamente el pluralismo político y la libre expresión para mantener el poder en casa, aplicarían cada vez más los mismos principios a nivel internacional. Entonces, los esfuerzos de influencia autoritaria a través de la manipulación serían "agudos" en el sentido de que penetrarían o perforarían los entornos cognitivos y de información en los países objetivos, razón por la cual estas técnicas de "poder agudo" de los regímenes represivos deberían verse como la "punta de la espada" en el ejercicio de proyección de poder por parte de estos Estados, en el marco de las "guerras de quinta generación". En este sentido, el "poder agudo" se referiría a la habilidad que tendría un Estado para influenciar el comportamiento de otro a través de la manipulación de la información, lo que afectaría los dominios informativo y cognitivo del adversario. No buscaría necesariamente "ganar corazones y mentes", a través de la atracción y la persuasión, sino mediante estrategias de engaño o desinformación. Entonces, el "poder agudo" se definiría como la capacidad que tendría A de alcanzar sus objetivos, a través de acciones manipulativas que engañen a B a hacer algo que cumplirían con los intereses de A, pero no con los de B.

De acuerdo con Nye (2018), la manipulación de ideas, percepciones políticas y procesos electorales no sería algo novedoso; tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética recurrirían a tales métodos durante la Guerra Fría, y los gobiernos autoritarios habrían intentado durante mucho tiempo utilizar noticias falsas y trastornos sociales para reducir el atractivo de la democracia. Entonces, si bien lo nuevo no sería el modelo básico, si lo sería la velocidad con la que se puede difundir tal desinformación, así como el bajo costo de propagarla, ya que con sus ejércitos de trolls y botnets pagados, los diversos actores estatales y no estatales podrían distraer e interrumpir los ciclos de noticias semana tras semana, lo que generaría confusión, duda y eventualmente parálisis al limitar las elecciones voluntarias del adversario.

En efecto, China habría gastado decenas de miles de millones de dólares en las últimas décadas para dar forma a la opinión pública y a las percepciones en todo el mundo, por medio del empleo de un conjunto diverso de herramientas que incluirían miles de intercambios estudiantiles, actividades culturales y programas educativos de gran alcance. El más notable de ellos sería la red de los 500 Institutos Confucio y las 1000 aulas Confucio en universidades y escuelas de todo el mundo para enseñar lengua y cultura china, y que funcionarían como un brazo del Estado

chino en su estrategia de influencia y promoción de sus ideas y valores (Nye, 2018). Aunque algunas de estas actividades podrían ubicarse en la categoría de la diplomacia pública y por lo tanto del poder blando, ya que los Institutos Confucio, por ejemplo, pretenderían ser similares a los Institutos Goethe, los Consejos Británicos o las Alianzas Francesas, se ha comprobado que su integración en los campus universitarios de todo el mundo pondría en riesgo la libertad académica de esas instituciones a través del enredo financiero, la presión para autocensurarse y la evasión deliberada de temas sensibles para las autoridades chinas, como los casos del Tíbet, Taiwán, Xinjiang o el Mar del Sur de China.

Empero, el poder agudo operaría más eficientemente a través del ciberespacio; por ejemplo, con la red de televisión en línea Russia Today (RT), Rusia desarrollaría una capacidad para manipular contenido en línea, lo que aumentaría su apoyo a los institutos de políticas afiliados al Estado y, en general, serviría para cultivar una red de actividades de influencia con el objetivo de alterar las visiones internacionales a su favor (Walker y Ludwig, 2017). Es en este contexto en el cual las redes sociales<sup>32</sup> tomarían una mayor relevancia, ya que, si bien habrían sido creadas para expandir y enriquecer el mercado de las ideas, pareciera que también habrían sido secuestradas por contenido malintencionado y desinformativo del poder agudo de ciertos actores estatales y no estatales. Lo anterior presentaría una seria amenaza a la seguridad y defensa de los Estados, si se tuviese en cuenta que la forma en cómo se comunicaría, obtendría y procesaría la información para decisiones personales, laborales y estratégicas, dependería con mayor frecuencia de un tipo de información que estaría socialmente construida a partir de los desarrollos de las tecnologías de la Web 2.0,33 que habrían mejorado el alcance y la efectividad de las redes sociales (Power y Phillips, 2011).

En efecto, las redes sociales estarían aumentando su penetración en la vida cotidiana y transformando los modelos organizativos y los métodos de colaboración, además, reducirían considerablemente el tiempo y los costos de transmisión, al tiempo que incrementarían sustancialmente la complejidad y el alcance de la información compartida. En portales web como YouTube, las personas estarían pasando por alto los medios de comunicación convencionales, permitiéndoles publicar videos de elaboración propia en los que comparten sus opiniones del

<sup>32</sup> Kaplan y Haenlein (2010) definirían las redes sociales como un grupo de aplicaciones basadas en Internet que se basarían en los fundamentos ideológicos y tecnológicos de la Web 2.0, que permitirían mejorar la comunicación humana y crear diálogos dinámicos e interactivos.

<sup>33</sup> Las aplicaciones Web 2.0 facilitarían el intercambio de información, el diseño centrado en el usuario y la colaboración.

mundo a un público masivo que les seguiría de forma fiel. Según Jenkins (2006), esta nueva cultura participativa habría penetrado en los medios de comunicación, ya que los consumidores interactuarían cada vez más entre sí, lo que produciría una mayor "inteligencia colectiva".

En este aspecto, el proceso de construcción en la identidad al que los jóvenes se enfrentarían consistiría en la apropiación de elementos que conviven en la cultura que rodea al sujeto; por ende, si se toma en cuenta que más del 90% de los jóvenes serían usuarios intensivos de las redes sociales virtuales, se encontraría que este este nuevo modelo de comunicación sería un foco de influencia en el proceso identitario de los jóvenes en el presente, y por lo tanto, de las sociedades del futuro (Corredor et al., 2011). Entonces, las comunidades de afinidad forjadas a través de Internet crearían un sentido de identidad colectiva, lo que daría como resultado "comunidades virtuales", no muy diferentes a las "comunidades imaginadas" de Anderson (1991) sobre el estudio del nacionalismo.<sup>34</sup> En este aspecto, las teorías relacionadas con los fenómenos sociales, mediáticos y de comunicación, parecerían relevantes en el análisis de cuál podría ser el impacto del uso expandido de las redes sociales en la formación de identidades y toma de decisiones estratégicas, desde el dominio cognitivo en el marco de guerras de quinta generación. Entre las más significativas estaría la "teoría de la riqueza de medios o información", "la teoría de contagio del comportamiento en masa", la "teoría de la convergencia de la multitud", la "teoría de la conformidad", la "teoría de la presión de grupo" y la "teoría de la saturación informativa".

De acuerdo con la teoría de la riqueza de los medios, las percepciones sociales, la claridad del mensaje y la capacidad de evaluar a otros afectarían la forma en que la riqueza de los medios alteraría la calidad de la decisión (Daft y Lengel, 1984). Los medios más ricos facilitarían las percepciones sociales y la capacidad percibida para evaluar el engaño y la experiencia de otros; en sintonía con lo anterior, Kahai y Cooper (2003) encontrarían que la construcción mediadora en la calidad de la decisión dependía de los niveles de experiencia y engaño de los participantes.

Las redes sociales también crearían nuevas formas de presión de grupo<sup>35</sup> que tendrían un alcance más inmediato y más amplio, que cualquier experiencia en situaciones "cara a cara". En este orden de ideas, y con base en la teoría de la presión

<sup>34</sup> Como observaría Anderson (1991), la mayoría de los miembros de una comunidad nacional tal vez nunca se conocerían, pero, sin embargo, se identificarían como una nación unificada; en ese sentido, serían una "comunidad imaginada", con un parentesco ficticio.

<sup>35</sup> La presión de grupo se referiría a la influencia ejercida por un grupo de compañeros para alentar a una persona a cambiar sus actitudes, valores o comportamiento.

de grupo, la conformidad tanto "informativa" como "normativa" parecería ocurrir en las redes sociales. La conformidad "informativa" podría tener un impacto en la toma de decisiones, porque el responsable de la toma de decisiones recurriría a los miembros de su red social para obtener información precisa; por su parte, la conformidad "normativa" también podría sesgar las decisiones, ya que el responsable de la toma de decisiones se conformaría en un esfuerzo por ser aceptado por los miembros de una o más redes sociales (Aronson *et al.*, 2007).

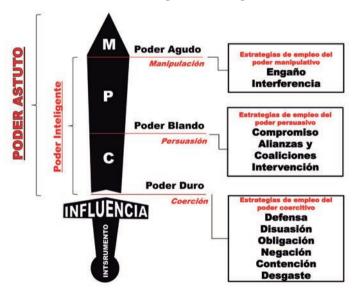
Las redes sociales también podrían fomentar comportamientos de masas que podrían llegar ser peligrosos, ya que antes de la creación de la Internet, la proximidad física solía determinar a los asociados; no obstante, los disidentes de ideas afines que anteriormente tenían dificultades para encontrarse ahora podrían formar grupos con mayor facilidad (Shirky, 2008). Bajo esta lógica, la teoría del contagio del comportamiento en masa de Freud sostendría que las personas que están en una multitud actuarían de manera diferente y serían menos conscientes de la verdadera naturaleza de sus acciones (Levy, 1989). Por otro lado, la teoría de la convergencia de multitud sostendría que el comportamiento en masa no sería un producto en sí de la multitud, sino que sería llevado a la multitud por individuos particulares; por lo tanto, las multitudes representarían una convergencia de individuos de ideas afines. En otras palabras, mientras que la teoría del contagio afirmaría que las multitudes harían que las personas actúen de cierta manera, la teoría de la convergencia postularía que las personas que desean actuar de cierta manera se unirían para formar multitudes. En resumen, las redes sociales podrían ayudar a ciertos actores a formar multitudes e influir en el comportamiento de otros, mediante el poder agudo.

Otro efecto negativo potencial de las redes sociales sería un efecto de saturación que podría llegara afectar a los tomadores de decisiones. La saturación se referiría a la "sobrecarga de comunicación experimentada por los miembros del grupo en posiciones centralizadas en redes de comunicaciones", en el cual "cuanto mayor es la saturación, menos eficiente es el grupo y menos satisfechos están los miembros del grupo" (Shaw, 1976, p. 148). Con base en lo anterior, dos tipos de saturación parecerían ser de interés para el análisis de cómo el poder agudo operaria en las redes sociales: 1) saturación del canal y 2) saturación de la unidad de mensaje. La saturación del canal se referiría al número de diferentes métodos para recibir el mensaje, y la unidad de mensaje se referiría a la cantidad de mensajes recibidos en un canal, en el punto de sobrecarga del receptor. Estos fenómenos estarían correlacionados porque la cantidad de canales con los que debería lidiar una persona influiría también en la cantidad de mensajes que la persona debería leer, interpretar

y responder. Una revisión preliminar sugeriría que las redes sociales impactarían la toma de decisiones al crear más conexiones para recibir información y opiniones, ya que las personas tenderían a confiar en las opiniones de los participantes en las redes en línea en las que han elegido participar. En definitiva, las redes sociales serían ricas fuentes de información que facilitarían el comportamiento en masa, pues aumentarían la presión de grupo y provocarían saturación e impactos negativos asociados.

#### 5.2 Poder astuto o astute power: poder agudo + poder blando + poder duro

Si para Nye (2014), el poder inteligente sería la habilidad de combinar los recursos del poder blando y del poder duro en estrategias eficaces, para los autores de este capítulo un nuevo tipo de poder, al cual se ha denominado poder "astuto", representaría la habilidad de combinar los recursos del poder blando, el poder duro y el poder agudo, en estrategias eficaces que le permitirían a un actor influenciar el sistema internacional, mediante la coerción, la persuasión y el engaño, pero sobre todo, para saber cuándo se le estaría engañando<sup>36</sup> (figura 8).



**Figura 8.** El poder astuto. Fuente: elaboración propia.

<sup>36</sup> De acuerdo con la Real Academia Española, el término "astuto" se referiría a la habilidad para engañar o *evitar el engaño*; implica picardía, sagacidad, sutileza, agudeza e ingenio. Provendría etimológicamente de la palabra latina *astus* (astucia, agudeza mental, trampa), el cual a su vez devendría de un vocablo griego *astu*, que designaría al centro fortificado de una ciudad. Como resultado, algunos entenderían que *astutus* podría derivarse de un significado semejante a *urbanus* (urbano, propio de una ciudad), asignándole las características de educado, civilizado, versado en actividades intelectuales, fino, despierto, etc., y en oposición a *rusticus* (campo), que asumiría el valor de escasamente educado, burdo y algo tonto.

El poder "astuto" sería una forma de "meta-poder", el cual describiría situaciones en las que las relaciones de poder estarían, en sí mismas, integradas en una gran constelación de relaciones sociales que influirían en esas relaciones de poder y, por lo tanto, en los resultados finales que se derivarían de las interacciones entre los actores. De acuerdo con Hall (1997):

El meta-poder se refiere a la configuración de las relaciones sociales, las estructuras sociales y las situaciones mediante la alteración de la matriz de posibilidades y orientaciones dentro de las cuales se produce la acción social; es decir, para eliminar ciertas acciones de los repertorios de los actores, así como para crear o facilitar otros. (p. 405)

Las estructuras de los límites de negociación estarían determinadas por los procesos que ocurren en las relaciones sociales mayores en las que están incrustadas (es decir, endógenas en vez de exógenas). En condiciones de meta-poder, poco se podría inferir sobre el balance de poder en un proceso de influencia, simplemente observando los equilibrios dentro del espacio de influencia existente, ya que podría parecer que un actor estuviese moviendo al otro actor más cerca de su posición preferida dentro del espacio de negociación, a pesar del hecho de no disfrutar de mucha influencia sobre el actor aparentemente obediente.

El meta-poder se equipararía a menudo con el "control de la agenda". 37 Sin embargo, el "control de la agenda" representaría de hecho un subconjunto de meta-poder, ya que dentro de algún proceso de negociación colectiva que estuviese guiado por una agenda formal, los resultados estarían circunscritos por el rango de problemas y las posibilidades estratégicas configuradas por el "organizador" de la agenda. En este sentido, la agenda definiría qué cuestiones se plantearían y, al hacerlo, establecería los límites de la negociación. El trabajo de Bachrach y Baratz (1962), y el trabajo formal sobre el establecimiento y control de la agenda (agenda setting), referido como la "segunda cara" del poder, se habría aplicado teóricamente mucho más directamente a un conjunto restringido de procesos políticos, que a la idea con la cual generalmente trataría el meta-poder. 38 Si bien el "control de la agenda" podría ser consistente con algunos elementos del poder blando (a través de la construcción de reglas y el apoyo de las instituciones), la esencia principal

<sup>37</sup> Nye (2004) se referiría al poder blando como un control sobre la "agenda política" y atribuiría el origen del concepto a la obra de Bachrach y Baratz (1962; 1963).

<sup>38</sup> Como ya se habría explicado anteriormente con relación a las "cuatro caras" del poder, la "primera cara" constituiría una competencia directa entre actores, donde los resultados de la negociación reflejarían la distribución relativa del poder (es decir, la visión convencional de las relaciones de poder). Las otras "tres caras" del poder constituirían relaciones de metapoder.

del poder blando se relacionaría más estrechamente con la "tercera cara" del poder, como se ve en el trabajo de Lukes (2005) e Isaac (1987), en la medida en que representaría la manifestación del empoderamiento a través del proceso de cooptación.

La idea de Lukes (2005) del "poder tridimensional", la idea de Isaac (1987) del "poder estructural" y la idea de Nye (2014) sobre la "cooptación", postularían que la influencia se podría adquirir si un actor fuese capaz de moldear las preferencias e intereses de otros actores para converger más cerca de sus propias preferencias e intereses. Empero, habría una diferencia fundamental; la tercera imagen, o visión radical del meta-poder, destilaría un conflicto de intereses mucho mayor entre los actores, que la propia idea del poder "blando". Esto se debería a que la lógica estaría inspirada en la idea de la hegemonía de Gramsci (1988), que a su vez desarrollaría la idea de Marx (1972) sobre la legitimación ideológica del capitalismo. Es decir, la visión radical del meta-poder contendría un fuerte elemento de conflicto en las relaciones sociales, que explicaría por qué el proceso de cooptación impondría ideas que van en contra de los intereses objetivos de los grupos que se cooptan (Pellicani, 1976; Gramsci, 1988).

Al igual que con la hegemonía del Estado de Gramsci (1988), los neo-marxistas, que estudian las relaciones internacionales, postularían que los Estados "dominantes" también producirían un "bloque histórico" al dominar el sistema político internacional; y esta dominación se ejercería a través de aquellas instituciones que aparentemente estarían configuradas como garantes legítimos de los intereses colectivos de los Estados en el sistema internacional, aunque en realidad estarían orientadas en torno a la defensa de los intereses y preferencias de los Estados dominantes (Cox, 1987; Gill, 1993; Murphy, 1994; Sklair, 1995). Si bien esta hegemonía gramsciana, o la concepción radical de la "tercera cara" del poder, representaría un meta-poder para los Estados dominantes, no obstante, representaría también un tipo de imposición del poder que se manifestaría a través de un adoctrinamiento 'cooptativo'.

La visión radical del poder se basaría en la idea de la falsa conciencia, que sugeriría que los intereses de los Estados "subordinados" no se habrían fusionado realmente con los intereses de los Estados "dominantes", sino que solo un esfuerzo concertado para vender una ideología universal ha inculcado un falso sentido de intereses en aquellos Estados "subordinados" (Marx, 1972; Gramsci, 1988; Lukes, 2005). Por lo tanto, el meta-poder no se calificaría como poder "blando", porque en tal hegemonía hay un elemento de manipulación contradictoria, que sería un medio iliberal de generar cumplimiento: engañar a los Estados "subordinados".

## **5.2.1 EMPLEO DEL PODER ASTUTO Y LA ESTRATEGIA DEL ENGAÑO** (STRATEGY OF DECEPTION)

La historia habría demostrado que una forma de proyectar poder a un público objetivo, sería mediante la presentación de una narrativa a través del engaño, para que este crea una información que podría alinearse con los objetivos del comunicador y permita proteger un secreto o una verdad oculta (Bell y Whaley, 1991; Bennett y Waltz, 2007; Bodmer et al., 2012); de hecho, el engaño podría utilizarse para inflar, oscurecer o manipular los hechos para que concuerden con los objetivos finales del comunicador. Sin embargo, a lo largo de la historia registrada, la capacidad de engañar a otros a través de diversos medios habría sido un desafío, que ha requerido creatividad y estrategias novedosas; en este orden de ideas, una estrategia de engaño podría ser el esfuerzo por hacer que un adversario crea o actúe en algo que no sería verdad, debido a que "el único propósito del engaño es hacer que el oponente actúe de manera calculada para ayudar a los propios planes y perjudicar el éxito de los suyos" (Clarke, 1942, p. 46).

Pues bien, a menudo se confundiría el engaño con la manipulación, aunque desde las teorías en cognición, serían actos distintos. El engaño trataría de la creación intencional de falsas creencias a través de un proceso comunicacional, en el cual la víctima se comprometería con el engañador. Sin embargo, las creencias falsas podrían ser creadas intencionalmente de diferentes maneras, y no necesariamente como resultado de un acto de engaño, sino también como consecuencia de un acto de manipulación. Según Cohen (2018), el engaño se limitaría a los casos en que se comunicaría una falsedad y sería la causa directa de la creencia falsa; en otros casos, se trataría de manipulaciones, ya que sería posible crear intencionalmente creencias falsas diciendo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Esto se podría lograr, por ejemplo, eligiendo una interpretación bastante expansiva de en qué consiste toda la verdad y, en consecuencia, ofrecerle al actor objetivo información tan detallada que predeciblemente confundiría la comprensión de dicho actor, lo que daría lugar a falsas creencias.

Asimismo, las falsas creencias podrían ser creadas intencionalmente mientras se entregan verdades precisas, mediante el uso de "efectos de encuadre". Por ejemplo, a la entrada de una tienda, un pequeño aviso diría que el pago con tarjeta de crédito incurriría en un recargo del 3%. Mientras tanto, el astuto vendedor en una tienda cercana publicaría la misma información presentándola como un descuento en efectivo, en lugar de un recargo de tarjeta de crédito, de este modo anticiparía correctamente que la mayoría de las personas desarrollarían la falsa creencia de que comprar en su tienda es más barato. El astuto actor proporcionaría

información precisa y predeciría que los sesgos cognitivos comunes harían que los receptores de la información hagan inferencias erróneas. En este caso, el mecanismo para crear creencias falsas no consistiría en convencer a nadie de una falsedad, ya que, si se reclamase esto, se tendría que reclamarlo por igual a los propietarios de ambas tiendas, quienes proporcionaron información equivalente. La diferencia sería que el vendedor "astuto" explotó la tendencia del público a un uso subóptimo del juicio y a una reflexión insuficiente, provocando intencionalmente creencias falsas mediante la activación de las fallas de juicio de las víctimas; lo cual se tipificaría como manipulación, y no como engaño (Quintero Rojas, 2018).

Si los engaños necesariamente comunican falsedades, sería útil proporcionar una explicación de lo que equivaldría "convencer" a otro de una falsedad. Por ejemplo, A le diría a B una falsedad X, pero X sonaría demasiado inverosímil para B, razón por la cual B no lo creería. Al mismo tiempo, B estimaría que, en las circunstancias dadas, sería injustificadamente arriesgado que A dijera X, si X no fuera cierto, y no cree que A sea un tomador de riesgos tan audaz. Dado que las últimas consideraciones superarían a las primeras, B llegaría a creer X, tomando en consideración que todo este curso de eventos sería premeditado y destinado por A. En este caso, A intencionalmente le diría X a B, a sabiendas de que X es falso, y B de hecho terminaría creyendo en X. Y, sin embargo, A no cumplió con el criterio de convencer a B de una falsedad, por lo que A no engañó a B; de una manera indirecta, B terminó creyendo X. Es decir, la creación exitosa e intencional de creencias falsas sería insuficiente para constituir un engaño, ya que sería el mecanismo el que marcaría la diferencia, aquí se entiende por mecanismo la afirmación de mentiras descaradas que se sabe serían increíbles pero que funcionarían como un cebo para que B juzgue mal un asunto secundario (la audacia de A).

Por ende, la causa próxima de las falsas creencias sería el juicio deficiente de la víctima, no necesariamente la comunicación de la falsedad; aquí, también, el mecanismo que generaría la falsa creencia fue el mal empleo del juicio de la víctima. Dado que todo el curso de los eventos fue premeditado e intentado por A, este sería un caso clásico de manipulación, al inducir la reflexión auto-frustrante de B. La consideración del mecanismo para crear creencias falsas implicaría que el engaño requeriría de la comunicación de una falsedad; de lo contrario, el agente directo del error sería el propio juicio infeliz de la víctima, y esto, como se acabaría de explicar, es lo que caracterizaría a las manipulaciones.

Daniel y Herbig (1981) indicarían que el engaño "es la tergiversación deliberada de realidad hecha para obtener una ventaja competitiva" (p. 3). Sin embargo, el concepto de engaño podría llegar a abarcar varias ideas subsidiarias (figura 9):



**Figura 9.** El poder astuto. Fuente: elaboración propia, con base en Daniel y Herbig (1981).

En el centro de la figura estaría la "fachada", que representaría guardar secretos por medio de ocultar su acceso o reteniendo la información. La "fachada" sería el centro de una estrategia de engaño, ya que sin importar cuáles serían sus otros objetivos, un engañador desearía siempre proteger la existencia de alguna verdad, ya sea el conocimiento de una realidad existente o de una realidad prevista.

El concepto "mentir" abarcaría al de la "fachada"; si bien el mentir también podría ser retener información, también implicaría algo más: un mentiroso actuaría para alejar a su víctima de la verdad. En este sentido, los mentirosos crearían y perpetrarían falsedades y buscarían atraer la atención de una víctima hacia ellas; en sentido estricto, mentir simplemente significaría hacer una declaración falsa, pero en un sentido más amplio también podría implicar la manipulación del contexto que rodea a la declaración, para mejorar su veracidad. Esto es lo que se entendería por "artificio", un elemento importante de casi todos los engaños estratégicos. El engaño englobaría las anteriores subcategorías, si se toma en cuenta que, aunque los términos se usarían indistintamente, el engaño y la mentira no serían sinónimos exactos; en otras palabras, el solo hecho de mentir no sería suficiente para configurar un engaño, ya que mentir y engañar no sería necesariamente lo mismo. Mentir abarcaría solo a quién ejecutaría la mentira o la acción, mientras que engañar recogería un sentido más amplio y abarcaría a ambas partes, tanto a la

que ejecuta como sobre la que se ejercería la acción; en efecto, "alguien cuyo cuento falso no se cree sigue siendo un mentiroso, pero no ha engañado. Uno no falla en mentir porque el público no está convencido, uno falla en el engaño si el público no cree en la mentira" (Daniel y Herbig, 1981, p. 4).

El objetivo de una estrategia de engaño no sería evitar que esta llegue a ser descubierta, ya que eventualmente casi todos los engaños se descubrirían a medida que se desarrollan los eventos. Por el contrario, el propósito de un engañador sería asegurarse de que sus mentiras sean aceptadas el tiempo suficiente para el logro de alguno de los siguientes tres objetivos: 1) condicionar las creencias de un adversario; 2) influir en las acciones del adversario; y 3) beneficiarse de las acciones del adversario. Llamaría la atención que a menudo se considerarían exitosas las estrategias de engaño que solo lograrían el primer objetivo; sin embargo, para evaluar el impacto real que el engaño tendría en el curso de los eventos, uno debería medir correctamente el éxito frente al tercer objetivo. No obstante, y con respeto al tiempo en el cual se debe realizar la medición del éxito o fracaso de una estrategia de engaño, Moose (1981) afirmaría que no solo se debería medir en el momento inmediato de finalización de la acción de engaño, sino también "efectos sucesivos observables" (p. 137).

Daniel y Herbig (1981) reconocerían dos variantes en toda estrategia de engaño. La primera variante se denominaría "aumento de ambigüedad" o "tipo A", en el cual se buscaría confundir a un adversario de modo que el adversario no estaría seguro de qué creer. Buscaría agravar las incertidumbres que enfrentaría el intento de cualquier Estado para determinar las intenciones de guerra de su adversario, a través de indicadores contradictorios, datos faltantes, eventos que se moverían rápidamente, tiempo transcurrido entre la recopilación y el análisis de datos, lo que afectaría la precisión en las evaluaciones de inteligencia (Betts, 1978). Empero, los analistas de inteligencia se basarían en el supuesto de que, a medida que un adversario avanzase hacia su verdadero objetivo operacional, sus preparativos para hacerlo servirían como consejos para aclarar su intención.

En definitiva, lo que las estrategias de engaño "tipo A" buscarían asegurar, sería que el nivel de ambigüedad siempre se mantenga lo suficientemente alto como para proteger el secreto de la operación real; en este sentido, para que las estrategias de engaño "tipo A" tuviesen un impacto efectivo, se requeriría que las mentiras del engañador fuesen lo suficientemente plausibles y consecuentes con el bienestar del adversario, al punto que el adversario no podría ignorarlas. Con la esperanza de reducir la incertidumbre a la espera de información adicional, un adversario podría demorar la decisión, lo que daría al engañador una mayor libertad para reunir

recursos, y tomar o retener la iniciativa. Si el engañador pudiese asegurarse de que la situación seguiría siendo ambigua, entonces el adversario podría verse obligado a distribuir ineficientemente los recursos en busca de cubrir todas las contingencias más importantes; de este modo, el adversario reduciría la resistencia frente al engañador, para ser influenciado.

Un ejemplo de una estrategia de engaño "tipo A" desarrollada durante la Segunda Guerra Mundial serían el *Bodyguard Plan*, el cual se desarrollaría en apoyo de la invasión de Normandía, ya que uno de los objetivos principales del plan sería el de evitar que los alemanes cambiaran sus fuerzas desde otros frentes europeos para reforzar la costa del Canal. En consecuencia, los aliados propusieron enfrentar este desafío mediante el montaje de una serie coordinada de amenazas de invasión engañosas a Escandinavia, el oeste y sur de Francia, Italia y el este del mediterráneo. Algunas amenazas resultarían más plausibles que otras, pero las múltiples amenazas terminarían aumentando la ambigüedad para los alemanes, por lo que Hitler y sus generales se vieron obligados a considerar un rango mucho mayor de posibilidades que un obvio asalto a través del Canal de la Mancha. El resultado sería que los alemanes mantendrían numerosas tropas en Noruega y en los Balcanes, en detrimento del fortalecimiento de la línea de defensa en Francia.

En contraste con estrategias de engaño que aumentarían las ambigüedades, existiría una segunda categoría más compleja, a la cual Daniel y Herbig (1981) denominarían misleading o estrategia "tipo M". Este tipo de estrategias de engaño buscaría reducir la ambigüedad al aumentar el atractivo de una alternativa equivocada, lo que llevaría a un adversario a que concentre sus recursos operativos en una sola contingencia y maximizaría las posibilidades del engañador para prevalecer en todos los demás escenarios de operación. Un ejemplo de una estrategia de engaño de "tipo M" sería la operación Fortitude South. Los aliados intentaron retratar los desembarcos de Normandía como preliminares a una invasión mucho mayor en el Pas de Calais. Lo harían simulando concentraciones de tropas en el sureste de Inglaterra, orquestando a su vez una sinfonía de informes de agentes, rumores y bombardeos aéreos. Al calcular mal, los alemanes pospondrían fatalmente el refuerzo del frente de Normandía. Durante seis semanas después del día D, las poderosas fuerzas de la Wehrmacht y Waffen SS permanecerían en el área de Calais, preparándose para repeler una invasión que nunca fue intencionada.

Whaley (1969) también describiría las dos variantes de una estrategia de engaño, denominándolas "confusión" (tipo A) y "desorientación" (tipo M); dado que la preocupación de Whaley (1969) se centraría específicamente en cómo el engaño crearía sorpresa, él asumiría que la "desorientación" sería la mejor y más

importante variante de toda estrategia de engaño. No obstante, aunque las dos variantes del engaño (tipo M y tipo A), serían conceptualmente distintas y podrían iniciarse con diferentes intenciones en la mente del engañador, en la práctica sus efectos a menudo coexistirían a medida que evolucione el engaño. Lo que si sería evidente es que toda estrategia de engaño debería realizarse organizadamente mediante un proceso de coherencia estratégica, en el cual el conocimiento de la cultura estratégica del enemigo sería indispensable; si el engañador administrase adecuadamente el conocimiento del adversario, podría determinar qué imágenes y acciones falsas parecerían plausibles, lo que consolidaría una ventaja estratégica.

Sin embargo, las estrategias de engaño vendrían evolucionando de la mano de la globalización y a través de múltiples canales que eliminarían las barreras de tiempo, espacio y distancia. En este sentido, el uso del ciberespacio les permitiría a actores estatales y no estatales perseguir objetivos específicos en el marco de planes estratégicos; para las organizaciones terroristas o criminales, el engaño también sería un instrumento estratégico para desarrollar sus actividades delictivas. La tecnología serviría como un multiplicador de fuerzas en los esfuerzos de engaño y mejorarían la capacidad de connotar y de convencer, lo que establecería una sinergia entre las personas, la tecnología y el engaño; la tecnología digital ha permitido a las personas llevar a cabo actividades engañosas con una eficiencia y efectividad en una escala que no tendría precedentes históricos. En consecuencia, y a medida que el ciberespacio desempeñaría un papel cada vez más crítico en la gestión de los aspectos cotidianos de la comunicación y la infraestructura crítica, los gobiernos y las agencias militares intentarían establecer una posición ventajosa en el ciberespacio a través de estrategias de engaño, en especial si se toma en consideración que el engaño sería el "sine qua non de la guerra cibernética" (Libicki, 2012, p. 30).

El futuro del conflicto, especialmente cuando se aplica al conflicto cibernético, podría pertenecer a lo que Fitton (2016) llamaría la "zona gris"; según Fitton (2016) la zona gris estaría "definida como la región entre la paz y la guerra, que aún no se comprende completamente" (pp. 111-112). Sugiere que esta zona sería utilizada por Estados nacionales y actores no estatales, en el cual se camuflaría quién es el enemigo real, así como sus intenciones; esta ambigüedad haría que la respuesta a los ataques en la "zona gris" sea particularmente difícil para las democracias liberales, por la legitimidad de las respuestas, lo que revelaría que las acciones ofensivas serían especialmente atractivas para los Estados más autocráticos, así como para los actores no estatales. Las ventajas de la 'negabilidad' y de no atribución que los actores no estatales proporcionarían a los Estados, harían que las relaciones entre estos dos tipos de entidades sean atractivas en el ámbito del ciberespacio; en efecto,

varias campañas de desinformación y engaño planeadas por organismos de seguridad de los Estados serían subcontratadas y llevadas a cabo por empresas privadas de dudosa reputación.

Mientras que el futuro sin duda traerá nuevos y creativos métodos de engaño, ya existe uno en pleno desarrollo: las falsas comunidades en línea. Según el Informe de resultados del segundo trimestre de Facebook en junio de 2016, habría más de mil millones de usuarios activos mensuales de Facebook en todo el mundo. De esos usuarios, Facebook había informado que aproximadamente el 8,7% eran falsos usuarios;<sup>39</sup> en gran parte, esas cuentas de usuario falsas serían creadas por personas que, por sus propios motivos y propósitos, habrían creado personas ficticias, incluido el personal militar y de inteligencia que crearían cuentas para operaciones de fachada. Por ejemplo, *Dell Secure Works* identificó al menos 25 perfiles de LinkedIn falsos que se estarían utilizando para recopilar información sobre empresas de la industria de defensa y contratistas gubernamentales (SecureWorks, 2015). Las cuentas estarían vinculadas a piratas informáticos iraníes patrocinados por el Estado y se pensaba que eran un mecanismo para recopilar subrepticiamente la información mediante la subversión de una comunidad en línea de confianza.

Asimismo, habría cientos o miles de personas y comunidades fraudulentas, creadas y gestionadas por *bots*, redes neuronales e inteligencia artificial, con el propósito de actuar como personas influyentes con fines políticos, económicos, financieros o filosóficos. La idea de una comunidad falsa de gran volumen que interactuara como una voz consolidada podría representar una amenaza a la seguridad nacional de los Estados, al afectar el dominio informativo y cognitivo (por el alcance de su influencia). Esto sugeriría que se podrían usar comunidades falsas a gran escala para influir en la opinión pública, influir en las elecciones políticas o apoyar operaciones de guerra psicológica.

Por ejemplo, la Misión de Observación Electoral (MOE) de Colombia presentaría un informe final del impacto que tuvieron las redes sociales durante los procesos electorales de 2018. El informe analizaría 44.871.873 mensajes hechos por los colombianos sobre las elecciones, en donde 4.311.347 de mensajes (10%), fueron mensajes de intolerancia y agresividad (MOE, 2018). El auge de las redes sociales en dicha contienda política también facilitó la difusión de las noticias falsas (fake news), que exacerbarían la contienda electoral; desde el inicio de la campaña presidencial del 2018 muchos adeptos de los candidatos presidenciales utilizaron las

<sup>39</sup> Las estimaciones más serias indicarían que *Twitter* tiene 48 millones de usuarios falsos (15%), mientras que Facebook reconoció oficialmente que al menos 60 millones de sus cuentas serían automatizadas, muchas de ellas manipuladas desde Rusia.

fake news como una herramienta para desprestigiar a sus contradictores. Además, las campañas políticas comprarían paquetes de 150.000 seguidores falsos por menos de 1000 euros a "granjas de engorde de bots" (Semana, 2018b), que trinaban por encargo aquellos mensajes que las campañas políticas querían fuera tendencia. 40 Incluso se ha formado un oficio nuevo, el tweetdeking, y miles de jóvenes se dedican a él en todo el mundo. Utilizarían la popular plataforma TweetDeck, de administración de cuentas de Twitter, dedicándose a trinar por encargo y dar "me gusta" para crear tendencias en las redes; conformarían ejércitos mercenarios en Twitter, y sus clientes son agencias de relaciones públicas y campañas políticas.

# **5.2.2 EMPLEO DEL PODER ASTUTO Y LA ESTRATEGIA DE INTERFERENCIA (**STRATEGY OF INTERFERENCE)

Donde parecería ser poco aconsejable el uso de la fuerza en forma abierta y absoluta, requeriría la conducción de operaciones secretas o encubiertas orientadas a "interferir" en los asuntos internos de un adversario, para alcanzar los propios intereses. Por ende, las estrategias de interferencia serían actividades de un Estado o un actor no estatal para influir en las condiciones sociales, políticas, económicas o militares de otro actor, en busca de asegurar el desconocimiento de su participación, o que esta no llegue a ser de conocimiento público. Tales actividades secretas, cuya principal característica es que podrían ser negadas, serían muy eficaces en ciertas situaciones, pero problemáticas si fallasen o se descubriesen. Casos recientes como la desaparición forzada del jefe de Interpol, Meng Hongwei, quien aparentemente estaría en manos de las autoridades chinas; la creciente evidencia que señalaría la participación del Kremlin en los envenenamientos químicos en el Reino Unido; y el aparente asesinato y desmembramiento del periodista saudí Jamal Khashoggi, por parte de un escuadrón saudí del Reino de Arabia Saudí dentro su consulado en Estambul, apuntarían a estrategias de intervención del empleo del "poder astuto", llevadas a cabo generalmente por regímenes autoritarios. 41

La inteligencia sería uno de los medios más eficientes por el cual un Estado cumpliría con su obligación de proteger los intereses y los derechos de sus ciuda-

<sup>40</sup> Después de los estudios, se evidenciaría que de la cantidad seguidores virtuales de Gustavo Petro (2.841.402), el 40% serían falsos; asimismo, de Sergio Fajardo (1.015.900), el 35% serían falsos; de Germán Vargas Lleras (719.191), el 38% serían falsos; de Marta Lucía Ramírez (321.826), el 30% serían falsos; de Piedad Córdoba (731.713), el 38% serían falsos; y de Iván Duque (132.195), el 16% serían falsos (Semana, 2018a).

<sup>41</sup> Como lo ejemplificarían los casos del presidente chino Xi Jingping, del presidente ruso Vladimir Putin, del presidente egipcio Abdel Fattah al-Sisi, del presidente filipino Rodrigo Dutertes, del presidente turco Recep Erdogan, del presidente norcoreano Kim Jong-un, del presidente venezolano Nicolás Maduro, del presidente nicaragüense Daniel Ortega, del presidente boliviano Evo Morales, del presidente cubano Miguel Díaz-Canel, entre otros.

danos. Si bien la mayor parte de la información se obtendría de fuentes abiertas, otras provendrían de fuentes secretas; es decir, inteligencia procesable obtenida por medios encubiertos, a través de operaciones de interferencia. Además, la demanda actual de inteligencia estaría siendo impulsada cada vez más por la aparición de amenazas diversas y asimétricas de redes terroristas internacionales y agentes subestatales, en una convergencia criminal muy difícil de contrarrestar (Álvarez y Zambrano, 2017). La recopilación de inteligencia en el exterior tendría como objetivo informar a los formuladores de políticas sobre las intenciones, capacidades y actividades de gobiernos extranjeros, individuos, y grupos, en la medida en que representen una amenaza actual o potencial para la seguridad o intereses nacionales; la expectativa sería que otros Estados o actores no estatales nacionales y extranjeros podrían intentar violar los derechos individuales y colectivos que el Estado tendría la obligación de defender (Gendron, 2017).

Las operaciones cibernéticas serían emblemáticas de un nuevo estilo de interferencia, ya que serían negables y escalables, y adecuados tanto para la guerra como para la paz. En consecuencia, los Estados y otros actores habrían venido instrumentalizando el Internet como un arma para el empleo del poder "agudo" mediante estrategias de interferencia, como quedaría demostrado con la intromisión de Rusia en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos en 2016, mediante operaciones cibernéticas en apoyo de una campaña sofisticada de influencia encubierta. En efecto, Moscú pirateó cuentas de correo electrónico pertenecientes al Comité Nacional Demócrata y uno de los principales asesores de Hillary Clinton, no solo para recopilar información sino también para encontrar información vergonzosa con el fin de ser divulgada; los hackers compartieron los correos electrónicos robados con WikiLeaks, que los lanzaría al público y provocaría una cobertura negativa de los medios del candidato demócrata en el periodo previo al día de la votación. Asimismo, en los meses previos a la elección, las compañías rusas vinculadas al Kremlin también crearían un ejército de cuentas de Twitter que respaldaban a Donald Trump, el candidato republicano; como resultado, el ciberespacio daría a los servicios de inteligencia rusos la capacidad de llegar a millones de votantes estadounidenses con propaganda engañosa.<sup>42</sup>

Sin embargo, por supuesto Rusia no sería el único Estado que realiza estrategias de interferencia; en efecto, la mayoría de los Estados lo harían, tanto democráticos como autoritarios. India y China serían un buen ejemplo; ambos Estados

<sup>42</sup> El gobierno ruso y los agentes privados patrocinados por ese Estado también habrían intervenido en las elecciones y políticas internas de otros países, como Francia, los Países Bajos, Alemania, Italia, Ucrania, Moldavia, Estonia, Colombia, entre otros.

tendrían poderosas redes de inteligencia, aunque sus acercamientos al espionaje serían diferentes. China se enfocaría primero en las amenazas internas (Taiwán y Hong Kong), y luego en los Estados Unidos y Japón; en India las estrategias de interferencia se centrarían en Pakistán y las amenazas terroristas internas, y luego en China. En efecto, ambos países no serían aliados, ya que tienen una gran disputa territorial que cubre un área del tamaño de Corea del Norte, así como grandes ejércitos enfrentados a lo largo de los 4000 kilómetros de frontera. A pesar de su cercanía geográfica, no sabrían mucho el uno del otro, evidenciado en los pocos intercambios culturales y las pocas misiones comerciales; China preferiría el glamur de enfrentarse a otros rivales marítimos como Estados Unidos y Japón, mientras que India, si bien habla mucho sobre la amenaza de China, tendría sus recursos y experiencia enfocadas en el control de la amenaza que representa Pakistán y el mundo islámico<sup>43</sup> (Groffman, 2016).

Las Estados también se habrían aprovechado del ciberespacio para lanzar ataques asimétricos cuando serían imprudentes. Quizás el mejor ejemplo de este tipo de operación de interferencia ocurrió en 2014, cuando Corea del Norte pirateó la red de Sony Pictures, destruyó sus servidores y filtró información confidencial en represalia por el lanzamiento de The Interview, una comedia que describía el asesinato del líder de Corea del Norte, Kim Jong Un. Asimismo, en un robo en 2016, piratas norcoreanos lograrían retirar decenas de millones de dólares del banco central de Bangladesh, socavando así la campaña internacional para aislar a Corea del Norte de la economía mundial. De manera similar, China también se estaría involucrando en ciber-delitos para la obtención de ventajas económicas; de acuerdo a Flournoy y Sulmeyer (2018), China ha robado durante al menos una década, la propiedad intelectual de innumerables empresas extranjeras para obtener ventaja en las negociaciones económicas y compensar su falta de innovación propia, hasta el punto que el robo de propiedad intelectual estadounidense llegaría a sumar entre 225 mil millones a 600 mil millones de dólares por año, muchas de las cuales podrían atribuirse a China.

<sup>43</sup> India tendría operativos muy hábiles dentro del ala de investigación y análisis, pero muy pocos especializados en China; China tendría un enorme grupo de recursos distribuido en varios departamentos gubernamentales, aunque los servicios de inteligencia de China generalmente se comportarían como si India no valiera la pena de ser espiada.

#### 6. Conclusiones

El desarrollo del ciberespacio habría cambiado la dinámica de los conflictos, al crear una capa adicional de complejidad en los espacios de batalla tradicionales; el acceso casi global al entorno virtual crearía numerosas oportunidades para llevar a cabo batallas en línea que afectarían eventos tanto en el dominio físico, como en el informativo y cognitivo en los cuales se construirían las actitudes y las creencias de las personas, y en donde "las emociones y las relaciones emocionales afectarían las formas de percepción, pensamiento y actuación de los individuos y grupos" (Álvarez, 2018, p. 12). Desde este punto de vista, el poder "astuto" no sería solo la capacidad de un actor de engañar, persuadir o coaccionar; también sería saber cuándo a ese actor se le estaría engañando, persuadiendo o coaccionando. En este sentido, un Estado que buscaría esgrimir un poder "astuto" para la garantía de su seguridad multidimensional (Álvarez et al., 201a), debería poseer las capacidades para descifrar los signos<sup>44</sup> del adversario y distinguir los indicios auténticos de los falsos. Asimismo, debería tener la habilidad de crear signos equívocos o de esconder aquellos que podrían revelar información vital al rival; según Tubau (2018), se debería prestar atención a lo que diría el adversario mediante los mensajes hablados o escritos, porque "bajo cada una de las frases explicitas o implícitas, se escondería casi siempre una mentira" (pp. 119-120).

Sun Tzu afirmaría que la guerra sería el arte del engaño y de la mentira (Tzu, 2012), en el cual toda estrategia de engaño buscaría crear falsas apariencias para confundir al adversario, con la intención de esconder la verdadera fuerza e intenciones. En este orden de ideas, en las Guerras de Quinta Generación, en donde prevalecerían los escenarios informativo y cognitivo, todo o casi todo sería subtexto y ocultación, por lo que se debería indagar bajo las apariencias y revelar lo que podría estar oculto, y no solamente descubrir lo que diría o haría el adversario, sino también lo que sentiría y pensaría, ya que "sin el reconocimiento de la influencia crucial de las emociones en la toma de decisiones y en el diseño de las estrategias, que parecen controlarnos mucho más de lo que las controlamos, sería casi imposible comprender el curso de la historia, y la prospectiva geopolítica y de seguridad del Sistema Internacional de los próximos años" (Álvarez, 2018, p. 13).

<sup>44</sup> Puesto que la guerra sería un lenguaje repleto de signos, habría que saber leer lo que "hablarían" los adversarios. Umberto Eco definiría la disciplina que se ocupa de los sistemas de signos, de la significación y del sentido como la que estudia todo lo que podría usarse para mentir (Eco, 1975). De acuerdo con este semiólogo, si algo no podría ser usado para mentir, entonces tampoco podría ser usado para decir la verdad. Por ende, la definición de "Teoría de la mentira" podría representar un programa satisfactorio para una semiótica general.

El conocimiento es poder, por lo que tener la primicia interna de un adversario, sería una fuente de influencia demasiado buena como para dejarla pasar. Con base en lo anterior, las actividades estratégicas de contrainteligencia<sup>45</sup> tomarían mayor relevancia, ya que según diversos expertos en inteligencia (Hulnick, 2006; Van Cleave, 2007; Stouder y Gallagher, 2013), el panorama de la contrainteligencia de los Estados estaría cambiando de manera fundamental, gracias a las nuevas modalidades y canales a través de los cuales operarían, en la actualidad, las estrategias de engaño e interferencia de actores estatales y no estatales hostiles. Por lo tanto, las organizaciones responsables de llevar a cabo la contrainteligencia para la salvaguardia de la seguridad y defensa de Colombia deberían adaptar sus operaciones al nuevo paisaje que dibujaría las Guerras de Quinta Generación.

Para enfrentar este desafío, la contrainteligencia colombiana necesitaría una estrategia integral que identificase las amenazas emergentes en los dominios cognitivo e informativo que integre conocimientos y actividades de las diversas entidades de inteligencia, como el Departamento Nacional de Inteligencia, la Inteligencia Militar, la Dirección de Inteligencia de la Policía Nacional y el Ministerio de Defensa. Si bien el logro de niveles ideales de integración y cooperación no sería del todo realista en agencias que históricamente habrían estado desarticuladas, las amenazas que entrañarían el poder astuto de otros Estados, las guerras de quinta generación (Álvarez *et al.*, 2017b), la globalización desviada y la convergencia criminal (Álvarez *et al.*, 2017a), entre otras amenazas a la seguridad multidimensional (Álvarez *et al.*, 2017a), exigiría una articulación más sofisticada desprovista de recelos institucionales, que además superara el fuerte contenido doméstico que caracterizarían las actividades de inteligencia en la actualidad.

En resumen, el desarrollo del poder astuto de Colombia debería orientarse a estrategias de "astucia", entendidas como esfuerzos para identificar, negar, neutralizar y disminuir los efectos (o ganar ventaja) de una operación de engaño o interferencia por parte de actores extranjeros o domésticos; estaría orientada a mitigar los efectos del engaño (como la sorpresa) y explotar el conocimiento de las operaciones de engaño o interferencia del adversario. En este aspecto, sería importante tener en cuenta que no existiría una línea diferenciadora entre las actividades normales de inteligencia y las actividades de inteligencia contra estrategias de engaño; esto se debería a que no existiría diferencias entre las actividades normales de seguridad del adversario y sus operaciones calculadas de engaño. Por ende, una estrategia de

<sup>45</sup> Van Cleave (2007) definiría la contrainteligencia como "el amplio subconjunto de inteligencia centrado en los esfuerzos de inteligencia de un competidor" (p. 26).

"astucia" se podría caracterizar por tres dimensiones: 1) concientización; 2) detección y exposición; y 3) descubrimiento y penetración.

La concientización prepararía al Estado colombiano para registrar señales en el entorno doméstico, regional e internacional que bien podría significar una amenaza o una oportunidad; cualquiera que haya tomado un curso de entrenamiento de seguridad personal sabría que la concientización se consideraría la primera línea de defensa, ya que ser consciente de lo que sucedería en su alrededor a menudo permitiría evitar problemas, incluso antes de que ocurriesen. Un ejemplo simple de conciencia en el contexto de la inteligencia sería cuando un analista reconocería que una situación presentaría al adversario tanto la oportunidad como el motivo para emplear el engaño. Por su parte, la dimensión de detección y exposición implicaría actividades de recopilación y análisis de inteligencia que tendrían como objetivo determinar lo que el adversario estaría tratando de hacer creer y, como resultado, lo que quisiera que el otro hiciera. En esencia, el objetivo sería reconstruir con precisión la historia de engaño del engañador a partir de los datos y la información disponible. Por último, la dimensión de descubrimiento y penetración se enfocaría en revelar lo que sería real. En este caso, los activos de recopilación y análisis de inteligencia se utilizarían para separar lo relevante de lo irrelevante, y lo real de lo falso, con el propósito de determinar cuáles serían las capacidades reales y la intención del adversario.

Idealmente, la elaboración de estrategias "astutas" utilizaría un proceso sistemático que miraría hacia atrás y hacia adelante en el tiempo, en el cual las operaciones de inteligencia y contrainteligencia permitirían crear una ventaja estratégica frente a los adversarios. Por ende, los estrategas efectivos buscarían configurar su entorno operativo de manera que les ofrezca una ventaja competitiva, si se toma en cuenta que el pensamiento estratégico buscaría anticipar el futuro al deliberar sobre el pasado y el presente; pero debido a que el futuro sería desconocido, un estratega sensato entendería que sin un sentido de propósito y dirección otorgado por una Gran Estrategia, un Estado despilfarraría sus capacidades de poder y estaría a merced de la estrategias de engaño e interferencia de sus adversarios.

### Referencias

Adler, E. y Barnett, M. (1998). Security Communities. Cambridge: Editorial University Press.
Álvarez, C. (2018). Introduciendo la geopolítica de las emociones. Revista Fuerzas Armadas, 91(243), 6-14.
Álvarez, C. y Rodríguez, C. (2018). Criminal Ecosystems: Habitats for Convergence and Deviant Globalization. Revista Científica General José María Córdova, 16(24), 1-30.

- Álvarez, C. y Zambrano, J. (2017). Globalización desviada: plataforma de convergencia. En C. Álvarez (ed.), *Escenarios y desafios de la seguridad multidimensional* (pp. 249-306). Bogotá: Ediciones Escuela Superior de Guerra.
- Álvarez, C., Rosanía, N., Sánchez, D. y Jiménez, G. (2017a). Seguridad y defensa: conceptos en constante transformación. En C. Álvarez (ed.), *Escenarios y desafíos de la seguridad multidimensional* (pp. 29-84). Bogotá: Ediciones Escuela Superior de Guerra.
- Álvarez, C., Santafé, J. y Urbano, O. (2017b). Metamorphosis bellum: ¿mutando a guerras de quinta generación? En C. Álvarez (ed.), *Escenarios y desafíos de la seguridad multidimensional* (pp. 145-248). Bogotá: Ediciones Escuela Superior de Guerra.
- Anderson, B. (1991). Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism. London: Verso.
- Aquinas, T. (1949). On Kingship to the King of Cyprus. Toronto: The Pontifical Institute of
- Aquinas, T. (2002). Aquinas: Political Writings. Cambridge: Cambridge University Press.
- Arendt, H. (1972). Crises of the Republic. New York: Harcourt Brace Jovanovich.
- Arendt, H. (2004). The Origins of Totalitarianism. New York: Schocken.
- Aristóteles, A. (1959). Politics. London: William Heinemann Ltda.
- Armitage, R. y Nye, J. (2007). CSIS Commission On Smart Power: A Smarter, more Secure America. Washington: The CSIS Press Center For Strategic y International Studies.
- Aronson, E., Wilson, T. y Akert, A. (2007). Social Psychology. Upper Saddle River: Pearson Prentice Hall.
- Art, R. y Waltz, K. (1996). *The Use of Force: Military Power in International Politics*. Lanham: Rowman y Littlefield.
- Ayoob, M. (2002). Humanitarian Intervention and State Sovereignty. *The International Journal of Human Rights*, 6(1), 81-102.
- Bachrach, P. y Baratz, M. (1962). Two Faces of Power. American Political Science Review, 56(4), 947-952.
- Bachrach, P. y Baratz, M. (1963). Decisions and Nondecisions: An Analytical Framework. *American Political Science Review*, 57(3), 632–642.
- Baldwin, D. (2016). *Power and International Relations: A Conceptual Approach*. Princeton: Princeton University Press.
- Barnes, B. (1988). The Nature of Power. Cambridge: Polity.
- Barnett, M. y Levy, J. (1991). Domestic Resources of Alignment: The Case of Egypt (1962-73). *International Organization*, 45(3), 369-395.
- Beginning to AD 1760. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bell, J. y Whaley, B. (1991). *Cheating and Deception*. London: Transaction Publishers.
- Bennett, M. y Waltz, E. (2007). Counterdeception: Principles and Applications for National Security. Norwood: Artech House.
- Berthomieu, C., Ehrhart, C. y Hernández, L. (2005). El neoestructuralismo como renovación del paradigma; problemas del desarrollo. *Revista Latinoamericana de Economía*, 36(143), 9-32.
- Betts, R. (1978). Analysis, War and Decision: Why Intelligence Failures are Inevitable. *World Politics*, 31(1), 61-89.
- Bodmer, S., Kilger, M., Carpenter, G. y Jones, J. (2012). *Reverse Deception: Organized Cyber Threat Counter-exploitation*. New York: McGraw Hill Professional.
- Brooking, E., y Singer, P. (noviembre de 2016). War Goes Viral. *The Atlantic*. Recuperado de https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2016/11/war-goes-viral/501125/

- Buzan, B., y Wæver, O. (2003). Regions and Powers. Cambridge: Cambridge University Press.
- Campbell, K. y O'Hanlon, M. (2006). *Hard Power: The New politics of National Security*. New York: Basic Books.
- Cancelado, H. (2010). Poder y sistema internacional: un aporte apócrifo a las relaciones internacionales. *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad, 5*(1). 33-50.
- Carrascal Jácome, M., Cortes Nieto, Y. & Fernandez-Osorio, A. (2018). (Ed.). Operaciones de mantenimiento de la paz: aproximación a un sistema nacional. Bogotá D. C.: Sello Editorial ESMIC
- Carr, E. (1946). The Twenty Years Crisis, 1919-1939: An Introduction to the Study of International Relations. New York: Harper and Row.
- Cassinelli, C. (1961). Political Authority: Its Exercise and Possession. *The Western Political Quarterly*, 14(3), 632-657.
- Chavarro Miranda, F., Grautoff Laverde, M., & Riaño Cruz, J. (2017). Modelo de crecimiento económico y gasto público focalizado en seguridad: enfoque desde la estrategia militar en Colombia (2002-2009). *Revista Científica General José María Córdova*, 15(20), 27-45. https://doi.org/10.21830/19006586.174
- Cimbala, S. (2008). Byzantine War and Strategy: Pertinent Lessons for Today and Tomorrow. *The Journal of Slavic Military Studies*, 21(1), 1-16.
- Clarke, D. (1942). 'A' Force War Diary (Vol. II). London: Ministry of Defence.
- Clausewitz, C. (1976). On War. Princeton: Princeton University Press.
- Clegg, S. (1989). Frameworks of Power. London: Sage.
- Cline, R. (1977). World Power Assessment. Boulder: Westview Press.
- Cohen, S. (2018). Manipulation and Deception. Australasian Journal of Philosophy, 96(3), 483-497.
- Cooper, R. (2004). Hard Power, Soft Power and the Goals of Diplomacy. En D. Held y M. Koening (eds.), *American Power in the 21st Century* (pp. 167-180). Cambridge: Polity.
- Corredor, J., Pinzón, O. y Guerrero, R. (2011). Mundo sin centro: cultura, construcción de la identidad y cognición en la era digital. *Revista de Estudios Sociales*, (40), 44-56.
- Cox, R. (1987). Production, Power, and World Order: Social Forces in the Making of History. New York: Columbia University Press.
- Creus, N. (2013). El concepto de poder en las relaciones internacionales y la necesidad de incorporar nuevos enfoques. *Estudios Internacionales*, 45(175), 63-78.
- Daft, R. y Lengel, R. (1984). Information Richness: a New Approach to Managerial Behavior and Organizational Design. En L. Cummings y B. Staw (eds.), Research in Organizational Behavior (pp. 191-233). Homewood: JAI Press.
- Dahl, R. (1957). The Concept of Power. *Behavioral Science*, 2(3), 201-215.
- Dahl, R. (1958). A Critique of the Ruling Elite Model. American Political Science Review, 52(2), 263-469.
- Dahl, R. (1961). Who governs? New Haven: Yale University Press.
- Dahl, R. (1968). Power. En D. Sills (ed.), International Encyclopedia of the Social Sciences (pp. 405-415). New York: Free Press.
- Dahl, R. y Stinebrickner, B. (2003). Modern Political Analysis. Upper Saddle River: Prentice-Hall.
- D'Andrade, R. (1984). Cultural Meaning Systems. En R. Shweder y R. LeVine (eds.), *Culture Theory: Essays on Mind, Self, and Emotion* (pp. 88-119). Cambridge: Cambridge University Press.
- D'Andrade, R. (1992). Schemas and Motivation. En R. D'Andrade y C. Strauss (eds.), Human Motives and Cultural Models (pp. 23-44). Cambridge: Cambridge University Press.

- Daniel, D. y Herbig, K. (1981). Propositions on Military Deception. En D. Daniel y K. Herbig (eds.), *Strategic Military Deception* (pp. 3-30). New York: Pergamon Press.
- Davis, D. y Moore, W. (1997). Ethnicity Matters: Transnational Ethnic Alliances and Foreign Policy. *International Studies Quarterly*, 41(2), 171-184.
- Dekker, W. (2010). The Complexity of Compellence: Revisiting the Causal Logic of Denial. *Comparative Strategy*, 29(5), 450-468.
- Deudney, D. y Ikenberry, J. (1999). The Nature and Sources of Liberal International Order. *Review of International Studies*, 25(2), 179-196.
- Dibb, P. (2002). The Future of International Coalition: How Useful? How Manageable? *The Washington Quarterly*, 25(2), 129-144.
- Donskis, L. (2011). Niccolo Machiavelli: History, Power, and Virtue. Amsterdam: Rodopi.
- Dorussen, H. (1999). Balance of Power Revisited: A Multi-Country Model of Trade and Conflict. *Journal of Peace*, 36(4), 443-462.
- Dowding, K. (1991). Rational Choice and Political Power. Aldershot: Elgar.
- Dowding, K. (2011). Encyclopedia of Power. Beverly: Sage.
- Engelbrecht, J. (1992). War Termination: Why Does a State Decide to Stop Fighting (Ph.D. unpublished thesis, Columbia University, Ann Arbor).
- Fernandez-Osorio, A. (2017). The Participation of Colombia in United Nations' Multidimensional Peace Operations. *Journal of International Peacekeeping*, 21(1-2), 83 124. https://doi.org/10.1163/18754112-02101003
- Ferris, J. (2016). Conventional Power and Contemporary Warfare. En J. Baylis, J. Wirtz y C. Gray (eds.), *Strategy in the Contemporary World* (pp. 230-246). Oxford: Oxford University Press.
- Finnemore, M. (2003). *The Purpose of Intervention: Changing Beliefs About the Use of Force.* Ithaca: Cornell University Press.
- Fitton, O. (2016). Cyber Operations and Grey Zones: Challenges for NATO. *Connections: The Quarterly Journal*, 15(2), 109–119.
- Flournoy, M. y Sulmeyer, M. (2018). Battlefield Internet: A Plan for Securing Cyberspace. *Foreign Affairs*, 97(5), 125-153.
- Foucault, M. (1980a). Microfísica del Poder. Madrid: Piqueta.
- Foucault, M. (1980b). *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings 1972–1977*. Brighton: Harvester.
- Foucault, M. (1982). The Subject and Power. Critical Inquiry, 8(4), 777-795.
- Foucault, M. (2008). *The Birth of Biopolitics: Lectures at the College de France 1978-1979*. Basingsoke: Palgrave Macmillan.
- Freedman, L. (2003). The Evolution of Nuclear Strategy. London: Palgrave Macmillan UK.
- Frühling, S. (2009). Offense and Defense in Strategy. Comparative Strategy, 28(5), 463-477.
- Gallarotti, G. (2011). Soft Power: What it is, Why it's Important, and the Conditions for its Effective Use. *Journal of Political Power*, 4(1), 25-47.
- Gallarotti, G. (2015). Smart Power: Definitions, Importance, and Effectiveness. *Journal of Strategic Studies*, 38(3), 245-281.
- Garay Acevedo, C., & Guecha, A. del P. (2018). Los derechos humanos en Colombia. *Revista Científica General José María Córdova*, 16(23), 83-105. https://doi.org/10.21830/19006586.307
- Garnham, D. (1986). War Proneness, War Weariness, and Regime Type: 1816-1980. *Journal of Peace Research*, 23(3), 279-289.

Gat, A. (1988). Clausewitz on Defense and Attack. Journal of Strategic Studies, 11(1), 20-26.

Gates, W. y Terasawa, K. (1992). Commitment, Threat Perceptions, and Expenditures in a Defense Alliance. *International Studies Quarterly*, 36(1), 101-118.

Gendron, A. (2007). Just War, Just Intelligence: An Ethical Framework for Foreign Espionage. International Journal of Intelligence and CounterIntelligence, 18(3), 398-434.

Gibler, D. y Wolford, S. (2006). Alliances and Democracy: an Examination of the Relationship Between Regime Type and Alliance Formation. *Journal of Conflict Resolution*, 50(1), 129-153.

Gill, S. (1993). *Gramsci, Historical Materialism and International Relations*. Cambridge: Cambridge University Press.

Gramsci, A. (1988). Prison Letters. London: Zwan.

Gray, C. (2000). Deterrence and the Nature of Strategy. Small Wars y Insurgencies, 11(2), 17-26.

Gray, C. (2011). Hard Power and Soft Power: The Utility of Military Force as an Instrument of Policy in the 21st Century. Carlisle: Strategic Studies Institute.

Gray, C. (2012). Geopolitics and Deterrence. Comparative Strategy, 31(4), 295-321.

Grieco, J. (1997). Realist International Theory and the Study of World Politics. En M. Doyle y G. Ikenberry (eds.), *New Thinking in International Relations Theory* (pp. 163-201). Boulder: Westview Press.

Grocio, H. (1609). The Free Seas. Indianapolis: The Liberty Fund (reed. 2004).

Groffman, N. (2016). Indian and Chinese Espionage. Defense y Security Analysis, 32(2), 144-162.

Guzzini, S. (1993). Structural Power: the Limits of Neorealist Power Analysis. *International Organization*, 47, 443-479.

Guzzini, S. (2013). Power, Realism and Constructivism. London: Routledge.

Haas, M. (2003). Ideology and Alliances. Security Studies, 12(4), 34-79.

Hall, P. (1997). Meta-power, Social Organization, and the Shaping of Social Action. Symbolic Interaction, 20, 397-418.

Hart, L. (1929). The Decisive Wars of History. London: G. Bell & Sons.

Haugaard, M. (2012). Rethinking the Four Dimensions of Power: Domination and Empowerment. *Journal of Political Power*, 5(12), 33-54.

Herrero, R. (2015). Dualidad, estructura y forma: el análisis de redes sociales y su contribución al estudio empírico del poder. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

Hindness, B. (1989). Political Choice and Social Structure. Aldershot: Edward Elgar.

Hobbes, T. (1651). Leviathan. Cambridge: Cambridge University Press (reed. 1991).

Holler, M. (2009). Niccolò Machiavelli on Power. Perspectives in Moral Science, 0, 335-354.

Holsti, K. (1964). The Concept of Power in the Study of International Relations. *Background*, 7(4), 179-194.

Howe, R. (1994). A Social-Cognitive Theory of Desire. *Journal for the Theory of Social Behaviour, 24*, 1-23. https://www.foreignaffairs.com/articles/china/2017-11-16/meaning-sharp-power

https://www.foreignaffairs.com/articles/china/2018-01-24/how-sharp-power-threatens-soft-power

Hulnick, A. (2006). What's Wrong with the Intelligence Cycle. *Intelligence and National Security*, 21(6), 959-979.

Huntington, S. (1993). The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order. Foreign Affairs, 72(3), 22-49. Huntington, S. (1996). *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. New York: Simon v Schuster.

Indyk, M. (1993). Special Report: Clinton Administration Policy toward the Middle East. Washington: Washington Institute for Near East Policy.

Isaac, J. (1987). Power and Marxist Theory: a Realist View. Ithaca: Cornell University Press.

Jameson, K. (1986). Latin American Structuralism: a Methodological Perspective. World Development, 14(2), 223-232.

Jenkins, H. (2006). Convergence Culture: Where Old and New Media Collide. New York: New York University Press.

Jenofonte, (1871). Apología de Sócrates. En P. Azcárate (ed.), *Platón, obras completas* (pp. 41-86). Madrid: Medina y Navarro Editores.

Kahai, S. y Cooper, R. (2003). Exploring the Core Concepts of Media Richness Theory: The Impact of Cue Multiplicity and Feedback Immediacy on Decision Quality. *Journal of Management Information Systems*, 20(1), 125-188.

Kalijarvi, T. (1953). Modern World Politics. New York: Thomas y Crowell.

Kaplan, M. (2000). Algunos obstáculos en la investigación de sistemas internacionales. México: Limusa.

Kennan, G. (1946). The Long Telegram. Washington: Secretary of State.

Kennan, G. (1947). The Sources of Soviet Conduct. Foreign Affairs, 25(4), 566-582.

Keohane, R. y Nye, J. (1977). Power and Interdependence. New York: Longman.

Kober, A. (2002). Low-Intensity Conflicts: Why the Gap Between Theory and Practise? *Defense and Security Analysis*, 18(1), 18-32.

Kober, A. (2005). From Blitzkrieg to Attrition: Israel's Attrition Strategy and Staying Power. Small Wars y Insurgencies, 16(2), 216-240.

Kull, S. y Destler, I. (1999). *Misreading the Public: The Myth of New Isolationism*. Washington: Brookings Institution.

Kupchan, C. (1998). After Pax Americana: Benign Power, Regional Integration and the Sources of a Stable Multipolarity. *International Security*, 23(2), 40-79.

Lake, A. (1994). Confronting Backlash States. Foreign Affairs, 73(2), 45-55.

Lake, D. (1992) Powerful Pacifists: Democratic States and War. *American Political Science Review*, 86(1), 24-37.

Larson, E. (1996). Casualties and Consensus: The Historical Role of Casualties in Domestic Support for US Military Operations. Santa Monica: Rand Corporation.

Lee, D. (2006). US Preventive War against North Korea. Asian Security, 2(1), 1-23.

Lévi-Strauss, C. (1969). Las estructuras elementales del parentesco. Barcelona: Paidós Ibérica.

Lévi-Strauss, C. (1977). Antropología estructural. Buenos Aires: Eudeba.

Libicki, M. (2012). Crisis and Escalation in Cyberspace. Santa Monica: RAND Corporation.

Little, R. (2007). The Balance of Power in International Relations: Metaphors, Myths and Models. New York: Cambridge University Press.

Locke, J. (1690). An Essay Concerning Human Understanding. Oxford: Oxford University Press (reed. 1975).

Locke, J. (1991). Dos ensayos sobre el gobierno civil. Madrid: Espasa Calpe.

Long, A. (2003). Defense Pacts and International Trade. *Journal of Peace Research*, 40(5), 537-525.

Luhmann, N. (1988). Die Wirtschaft der Gesellschaft. Frankfurt: Suhrkamp.

Lukes, S. (2005). Power: a Radical View. Basingstoke: Palgrave Macmillan

Lukes, S. (2015). Robert Dahl on Power. Journal of Political Power, 8(2), 261-271.

Lynn-Jones, S. (1998). Realism and America's Rise: A Review Essay. International Security, 23(2), 157–82.

Malkasian, C. (2004). Toward a Better Understanding of Attrition: The Korean and Vietnam Wars. The Journal of Military History, 68(3), 911-942.

Mamdani, M. (2010). Responsibility to Protect or Right to Punish? *Journal of Intervention and Statebuilding*, 4(1), 53-67.

Mann, M. (1986). The Sources of Social Power (Vol. I): A History of Power from the

Mann, M. (1993). The Sources of Social Power (Vol. II): The Rise of Classes and Nation

Mansbridge, S. (1994). Using Power: Fighting Power. Constellations, 1(1), 53-72.

Mansfield, E. (1994). Alliances: Preferential Trading Arrangements and Sanctions. Journal of International Affairs, 48(1), 119-139.

Maquiavelo, N. (1532). The Prince. New York: Mentor Books (reed. 1952).

Maquiavelo, N. (1882). Discourses on the First Ten Books of Titus Livius, en Diplomatic Writings of Niccolò Machiavelli, Boston: James R. Osgood and Co.

Maquiavelo, N. (1950). *The Prince and the Discourses*. New York: The Modern Library.

Marx, K. (1972). The German Ideology. En R. Tucker (ed.), The Marx-Engels Reader (pp. 110-164). New York: W.W. Norton.

Mays-Vallenilla, E. (1982). El Dominio del Poder. Madrid: Editorial Ariel.

McClory, J. (2011). *The New Persuaders II: a 2011 Global Ranking of Soft Power*. London: Institute for Government.

Mead, W. (2002). Special Providence: American Foreign Policy and How it Changed. New York: Routledge.

Mearsheimer, J. (2001). The Tragedy of Great Power Politics. New York: W.W. Norton. Medieval Studies.

Michael, G. (2012). *Lone Wolf Terror and the Rise of Leaderless Resistance*. Nashville: Vanderbilt University Press.

MOE (2018). Monitoreo de opinión pública en redes sociales durante las elecciones presidenciales 2018. Bogota: Misión de Observacion Electoral.

Montesquieu, C. (1777). The Spirit of the Laws. Cambridge: Cambridge University Press (reed. 1989).

Moore, B. y Bruder, K. (2008). Philosophy: The Power of Ideas. New York: McGraw-Hill.

Moose, P. (1981). A Systems View of Deception. En D. Daniel y K. Herbig (eds.), *Strategic Military Deception* (pp. 136-150). New York: Pergamon Press.

Morgan, P. (2012). The State of Deterrence in International Politics Today. Contemporary Security Policy, 33(1), 85-107.

Morgenthau, H. (1948). Politics Among Nations. New York: Alfred A. Knopf.

Morriss, P. (2002). Power: a Philosophical Analysis. Manchester: Manchester University Press.

Morrow, J. (1986). A Spatial Model of International Conflict. *American Political Science Review, 80*(4), 1131-1150.

Morrow, J. (1991). Alliances and Asymmetry: An Alternative to the Capability Aggregation Model of Alliances. *American Journal of Political Science*, 35(4), 904-933.

Mousseau, M. (1997). Democracy and Militarized Interstate Collaboration. *Journal of Peace Research*, 34(1), 73-78.

Múnera, L. (2005). Poder: Trayectorias Teóricas de un Concepto. *Revista Colombia Internacional*, (62), 32-49.

- Murphy, C. (1994). International Organization and Industrial Change: Global Governance since 1850. New York: Oxford University Press.
- Murphy, M. (1997). Consent, Custom, and the Common Good in Aquinas's Account of Political Authority. *The Review of Politics*, 59(2), 323-350.
- Napoleon, B. (1831). Military Maxims. Dublin: Richard Milliken.
- Ninkovich, F. (1981). *The Diplomacy of Ideas: US Foreign Policy and Cultural Relation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Nye , J. (1990b). Bound to Lead: The Changing Nature of American Power. New York: Basic Books.
- Nye, J. (1990a). The Changing Nature of Power. Political Science Quarterly, 105(2), 177-192.
- Nye, J. (2002). Limits of American Power. Political Science Quarterly, 117(4), 545-559.
- Nye, J. (2004). Soft Power: The Means to Success in World Politics. Washington: Public Affairs Institute.
- Nye, J. (2008). Public Diplomacy and Soft Power. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 616, 94-109.
- Nye, J. (2011) Power and Foreign Policy. Journal of Political Power, 4(1), 9-24.
- Nye, J. (2014). Soft Power: The Means to Success in World Politics. New York: Public Affairs.
- Nye, J. (24 de enero de 2018). How Sharp Power Threatens Soft Power: The Right and Wrong Ways to Respond to Authoritarian Influence. *Foreign Affairs*.
- Oest, K. (2007). The End of Alliance Theory? Copenhagen: Institut for Statskundskab.
- Olson, M. y Zeckhauser, R. (1966). An Economic Theory of Alliances. *Review of Economics and Statistics*, 48, 266-279.
- Olson, M., Pearson, F. y Talentino, A. (2011). Unilateral and Multilateral Military Intervention: Effects on Stability and Security. *Democracy and Security*, 7(3), 227-257.
- Ørebech, P. (2014). UN Charter Article 51 and the Right to Anticipatory Self-defense: Validity of the US Preventive War Doctrine against Al Qaeda. *Middle East Critique*, 23, (1), 53-72.
- Pallaver, M. (2011). *Power and Its Forms: Hard, Soft, Smart* (Ph.D. unpublished thesis, The London School of Economics and Political Science, London).
- Palmer, G. y David, S. (1999). Multiple Goals or Deterrence: A Test of Two Models in Nuclear and Nonnuclear Alliances. *The Journal of Conflict Resolution*, 43(6), 748-770.
- Pane, K. (2011). Understanding Deterrence. Comparative Strategy, 30(5), 393-427.
- Pape, R. (1990). Coercive Air Power in the Vietnam War. International Security, 15(2), 103-146.
- Pape, R. (1993). Why Japan Surrendered. *International Security*, 18(2), 154-201.
- Pape, R. (3 de noviembre de 2003). The World Pushes Back. *The Boston Globe*. Recuperado de http://archive.boston.com/news/packages/iraq/globe\_stories/032303\_world.htm
- Parsons, T. (1963). On the Concept of Power. *Proceedings of the American Philosophical Society, 107*, 232-262.
- Pellicani, L. (1976). Gramsci: An Alternative Communism. Stanford: Hoover Institute.
- Platón (1872). Cartas de Platón. En P. Azcárate (ed.), *Platón: Obras Completas* (pp. 275-344). Madrid: Medina y Navarro Editores.
- Platón (1945). The Republic of Plato. New York: Oxford University Press.
- Posen, B. (2002). The Struggle Against Terrorism: Grand Strategy, Strategy, and Tactics. *International Security*, 26(3), 39-55.
- Power, D. y Phillips, G. (2011). Impact of Social Media and Web 2.0 on Decision-Making. *Journal of Decision Systems*, 20(3), 249-261.

- Powers, K. (2004). Regional Trade Agreements as Military Alliance. *International Interactions*, 30(4), 373-395.
- Prebisch, R. (1950). The Economic Development of Latin America and its Principal Problems, CEPAL. Recuperado de http://archivo.cepal.org/pdfs/cdPrebisch/002.pdf
- Priest, D. (28 de septiembre de 2000). A Four Star Foreign Policy? U. S. Commanders Wield Rising Clout, Autonomy. *Washington Post*.
- Pugh, J. (2005). Democratic Peace Theory: A Review and Evaluation. Boston: University of Massachusetts.
- Quintero Rojas, K. (2018). Los integrantes de la fuerza pública como víctimas del conflicto y la revictimización. *Revista Científica General José María Córdova*, 16(24), 109-127. https://doi.org/10.21830/19006586.358
- Reiter, D. y Stam, A. (2002). Democracies at War. Princeton: Princeton University Press.
- Resnick, E. (2015). I Will Follow: Smart Power and the Management of Wartime Alliances. *Journal of Strategic Studies*, 38(3), 383-409.
- Rosen, S. (1972). War, Power, and the Willingness to Suffer. En B. Russett (ed.), *Peace, War and Numbers* (pp.167-183). Beverly Hills: Sage.
- Rosenberg, E. (1982). Spreading the American Dream. New York: Hill and Wang.
- Rosenzweig, P. (2013). Cyber Warfare: How Conflicts in Cyberspace are Challenging America and Changing the World. Oxford: Praeger.
- Rousseau, J. (1762a). El contrato social. Ámsterdam: Marc-Michel Rey.
- Rousseau, J. (1762b). Emilio o de la educación. Ámsterdam: Marc-Michel Rey.
- Rousseau, J. (1924). Discurso sobre el Origen de la Desigualdad entre los Hombres. Madrid: Calpe.
- Rummel, R. (1983). Libertarianism and Interstate Violence. Journal of Conflict Resolution, (27), 27-71.
- Sadan, E. (1997). Empowerment and Community Planning: Theory and Practice of People-Focused Social Solutions. Tel-Aviv: Hakibbutz Hameuchad Publishers.
- Sandler, T. (1993). The Economic Theory of Alliances: A Survey. *Journal of Conflict Resolution*, 37(3), 446-483.
- Schelling, T. (1966). Arms and Influence. New Haven: Yale University Press.
- Schmidt, B. (2004). Realism as Tragedy. Review of International Studies, 30(3), 427-41.
- Schmidt, B. (2007). Realism and Facets of Power in International Relations. En F. Berenskoetter y M. Williams (eds.), *Power in World Politics*. London: Routledge.
- Semana (10 de febrero de 2018a). ¿Cuál Candidato Tiene Más Seguidores Falsos? *Semana*. Recuperado de: https://www.semana.com/confidenciales/articulo/seguidores-falsos-de-los-candidatos/556738
- Semana (2 de marzo de 2018b). El Mercado Negro de Seguidores Falsos. *Semana*. Recuperado de: https://www.semana.com/tecnologia/articulo/seguidores-falsos-en-campanas-politicas/555727
- Shaw, M. (1976). Group Dynamics: The Psychology of Small Group Behavior. New York: McGraw-Hill.
- Shirky, C. (2008). Here Comes Everybody: The Power of Organizing without Organizations. New York: Penguin Press.
- Sick, G. (1998). Rethinking Dual Containment. Survival Global Politics and Strategy, 40(1), 5-32.
- Simon, H. (1953). Notes on the Observation and Measurement of Political Power. *Journal of Politics*, 15, 500-516.
- Simon, M. y Gartzke, E. (1996). Political System Similarity and the Choice of Allies: Do Democracies Flock Together, or Do Opposites Attract? *The Journal of Conflict Resolution*, 40(4), 617-635.

- Singer, D. (1963). Inter-Nation Influence: A Formal Model. *American Political Science Review*, 57, 420-430.
- Singer, D. (1966). Formal Alliances, 1815-1939: A Quantitative Description. *Journal of Peace Research*, 6(3), 257-282.
- Singer, D. y Small, M. (1969). Formal Alliances, 1816-1965: An Extension of the Basic Data. *Journal of Peace Research*, 6(3), 257-282.
- Singer, H. (1950). The Distribution of Gaines Between Investing and Borrowing Countries. *American Economic Review*, 40(2), 473-485.
- Siverson, R. y Emmons, J. (1991). Birds of a Feather: Democratic Political Systems and Alliance. *The Journal of Conflict Resolution*, 35(2), 285-306.
- Sklair, L. (1995). Sociology of the Global System. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Smith, A. (1995). Alliance Formation and War. *International Studies Quarterly*, 39(4), 405-425.
- Snyder, G. (1997). Alliance Politics. New York: Cornell University Press.
- Snyder, R., Bruck, H. y Sapin, B. (1954). *Decision-Making as an Approach to the Study of International Politics*. Princeton: Princeton University Press.
- Spykman, N. (1942) America's Strategy in World Politics: The United States and the Balance of Power. New York: Harcourt, Brace y Co.
- Stam, A. (1996). Win, Lose, or Draw: Domestic Politics and the Crucible of War. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- States 1760–1914. Cambridge: Cambridge University Press.
- Steigerwald, D. (1994). Wilsonian Idealism in America. New York: Cornell University Press.
- Stouder, M. y Gallagher, S. (2013). Crafting Operational Counterintelligence Strategy: A Guide for Managers. *International Journal of Intelligence and CounterIntelligence*, 26(3), 583-596.
- Strausz, R. y Possony, S. (1950). International Relations. New York: McGraw-Hill.
- Sullivan, M. (1995). *The Mechanism for Strategic Coercion. Denial or Second Order Change?* Alabama: Air University Press.
- Suzanne, N. (Abril de 2004). Smart Power. *Foreign Affairs*. Recuperado de https://www.foreignaffairs. com/articles/united-states/2004-03-01/smart-power
- Tellis, A. (2000). Measuring National Power in the Postindustrial Age: Analyst's Handbook. Santa Monica: RAND.
- Thies, W. (2003). Compellence Failure or Coercive Success? The Case of NATO and Yugoslavia. *Comparative Strategy, 22*(3), 243-267.
- Tocqueville, A. (1988). Democracy in America. New York: Harper Perennial
- Tovar, J. (2014). El Idealismo Wilsoniano en la Política Exterior Estadounidense, ¿Una Doctrina Recurrente? *Revista Española de Ciencia Política*, 35, 137-160.
- Tsebelis, G. (2002). *Veto players: How Political Institutions Work*. Princeton: Princeton University Press. Tucídides, (1986). *Historia de la guerra del peloponeso*. Barcelona: Orbis.
- Tzu, S. (2012). El arte de la guerra. Barcelona: Shambhala.
- Valdés, J. y Duarte, F. (2013). Del poder duro al poder inteligente: la nueva estrategia de seguridad de Barack Obama o de la sobrevivencia de la política exterior de estados Unidos. *Revista Norteamérica*, 8(2), 41-69.
- Van Cleave, M. (2007). Strategic Counter Intelligence: What Is It and What Should We Do About It? *Studies in Intelligence*, 51(2), 24-49.

- Walker, M. y Ludwig, J. (16 de noviembre de 2017). The Meaning of Sharp Power: How Authoritarian States Project Influence. Foreign Affairs. Recuperado de
- Walker, M., Ludwig, J., Cardenal, J., Kucharczyk, J., Mesežnikov, G. y Pleschová, G. (2017). *Sharp Power: Rising Authoritarian Influence*. Washington: National Endowment for Democracy.
- Walt, S. (1987). The Origins of Alliances. New York: Cornell University Press.
- Waltz, K. (1986). Reflection on Theory in International Politics: A Response to My Critics. En R. Keohane (ed.), *Neorealism and its Critics* (pp. 322-45). New York: Columbia University Press.
- Waltz, K. (1959). Man, the State, and War. New York: Columbia University Press.
- Waltz, K. (1964). The Stability of a Bipolar World. Daedalus, 93(3), 881-909.
- Waltz, K. (1967). International Structure, National Force, and the Balance of World Power. Journal of International Affairs, 21, 215-31.
- Waltz, K. (1979). Theory of International Politics. Reading: Addison-Wesley.
- Waltz, K. (1990). Realist Thought and Neorealist Theory. Journal of International Affairs, 44(1), 21-37.
- Waltz, K. (1988). International Politics and Foreign Policy. *International Organization*, 44(2), 275-316.
- Waltz, K. (1989). The Origins of War in Neorealist Theory. En R. Rotberg y T. Rabb (eds.), *The Origin and Prevention of Major Wars* (pp. 39-52). Cambridge: Cambridge University Press.
- Walzer, M. (1977). Just and Unjust Wars: A Moral Argument. New York: Basic Books.
- Walzer, M. (2004). Arguing About War. New Haven: Yale University Press.
- Ward, H. (1987). Structural Power a Contradiction in Terms? *Political Studies*, 35, 593-610.
- Weber, M. (1947). The Theory of Social and Economic Organization. New York: Free Press.
- Weber, M. (1948). Class, Status and Party. En H. Gerth y C. Wright (eds.), *Essays from Max Weber*. London: Routledge.
- Weber, M. (1978). Economy and Society. Berkeley: University of California Press.
- Weitsman, P. (2004). *Dangerous Alliances: Proponents of Peace/Weapons of War*. Stanford: Stanford University Press.
- Weldes, J. (1996). Constructing National Interests. European Journal of International Relations, 2, 275-318.
- Weldes, J. (1999). Constructing National Interests: The U. S. and Missiles in Cuba. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Wendt, A. (1987). The Agent-Structure Problem in International Relations Theory. *International Organization*, 41(3), 335-370.
- Wendt, A. (1999). A Social Theory of International Politics. Cambridge: Cambridge University Press.
- Whaley, B. (1969). Stratagem: Deception and Surprise in War. Cambridge: MIT Center for International Studies.
- Wilson, E. (2008). Hard Power, Soft Power, Smart Power. The Annals of the American Acadmey of Political and Social Science, 616, 110-124.
- Wilson, W.T. (1972). The Papers of Woodrow Wilson. The Journal of Southern History, 38(2), 336-338.